

Errores y mentiras

Por un instante, al oír a Blaze Kenyon burlarse de su madre muerta, un deseo de venganza se apoderó de Chrissy, pero se dio cuenta de que vengarse sólo serviría para perder su trabajo, que quedar a merced de Blaze. ¡Y además tenía que velar por la pequeña rosie! No le quedó más remedio que aceptar el puesto de ama de llaves que le ofrecía Blaze. A fin de cuentas, se dijo, no iba a ser u dueño y señor, y no tendría que estar sometida nunca más a su poder de seducción.

Capítulo 1

CHRISSY se bajó con prisas del autobús, pisando un charco. Tanto el uniforme como el abrigo quedaron salpicados de barro. Con un suspiro, empezó a andar a toda prisa, pues llegaba tarde al trabajo.

Al cruzar una calle estrecha, un coche se abalanzó sobre ella. Sólo pudo oír el chirrido de los frenos antes de perder el equilibrio y caer de espaldas sobre el asfalto. Conmocionada, aunque ilesa, fue incapaz de ponerse en pie. Por escasos centímetros no había sido atropellada por un lujoso deportivo negro.

La puerta del coche se abrió. Lo primero que vio de su ocupante fue un par de impecables zapatos italianos.

-¿Por qué no mira por dónde va, estúpida?

Notó algo extrañamente familiar en la bien modulada voz que se dirigía a ella con tanto enfado. Levantó la vista poco a poco, fijándose en el elegante traje del conductor.

-¿Y bien? -continuó el hombre, inflexible-. ¿Es que no tiene nada que decir?

Chrissy, sin apenas fijarse ya en la corbata de seda roja y la chaqueta azul marino del hombre, lo miró directamente a la cara, entre impaciente y temerosa por confirmar sus sospechas.

-¿Es que el accidente la ha dejado muda?

Desde luego, tenía un grave problema en el habla, porque, con la sorpresa, la lengua se le había quedado pegada al paladar: tenía delante al impresionante, inolvidable e inconfundible Blaze Kenyon.

Ya en un tiempo le había parecido increíblemente atractivo, pero inaccesible, a no ser, pensó entonces, que se fuera tan guapa como él. Chrissy se había preguntado a menudo por qué los hombres guapos sólo se sentían atraídos por mujeres igual de hermosas que ellos.

Incluso en aquellos instantes, cuando se dirigía a ella preso de la furia, escrutándola con sus brillantes ojos azules y el negro cabello revuelto por el viento, Chrissy sentía la tentación de pellizcarlo para ver si era real. Blaze se agachó para

palparle las piernas en busca de alguna posible lesión.

-Supongo que te has dado cuenta de que estás en un charco -le dijo con una sonrisa brillante y llena de encanto, que ella ya conocía.

Bruscamente, Chrissy le apartó las manos para que dejara de palparla con tanta familiaridad. Blaze no estaba acostumbrado a aquel tipo de reacción, y frunciendo el ceño, se levantó.

Ella se incorporó lentamente, aunque se sentía casi incapaz de sostenerse. Ni siquiera entonces Blaze la reconoció y sintió una corriente de amargura.

-Po... podrías haberme matado -le espetó-. Ibas muy... muy rápido.

-¡Santo cielo! -dijo Blaze mirándola con más atención-. ¡Chrissy!

-Chris... Christabel -dijo ella corrigiéndole, esforzándose por controlar el tartamudeo que la invadía en los momentos de nerviosismo.

Blaze se quedó mirándola, fijándose en sus manos sucias, las medias torcidas y los rizos castaños que se escapaban del maltrecho moño.

-No has cambiado nada -dijo por fin.

Enrojeció hasta la raíz del pelo, incapaz de manifestar que, durante los tres últimos años, sí había cambiado, lo que resultaba obvio hasta para el observador más despistado.

-Tú... tú tampoco -se obligó a decir.

-¿Eres enfermera? -preguntó Blaze señalando el cuello de su uniforme.

-¿Te importa? -dijo ella entre dientes, intentando controlar el tartamudeo con todas sus fuerzas, con lo que normalmente sólo conseguía empeorarlo.

-Simple curiosidad. No esperaba encontrarme hoy con una Hamilton -repuso Blaze fríamente-. ¿Estás segura de que estás bien?

-Dudo que eso te importe -contestó Chrissy, utilizando la hostilidad que sentía hacia él como si fuera una especie de armadura.

-Creo que sólo te has hecho daño en tu orgullo y en tu trasero -dijo Blaze irónicamente.

Chrissy se quedó sorprendida por el modo en que, segundos antes, Blaze había pronunciado su apellido. Aunque hacía tres años que no lo veía, todavía conseguía ponerla nerviosa.

-Tengo que ir a trabajar -le dijo, con la mayor dignidad de que fue capaz-. Me... me alegro de haberte visto.

-¿Te alegras? -repuso Blaze con una carcajada-. Casi te atropello. Deberías pensártelo mejor antes de tirarte bajo las ruedas.

-¡Yo no me he tirado! -exclamó Chrissy furiosa.

-Por suerte, tengo buenos reflejos -murmuró Blaze, que parecía más interesado por su propia reacción que por el shock sufrido por Chrissy.

-Me voy. Tengo que trabajar -repitió Chrissy secamente.

Sin más palabras, empezó a andar calle abajo, plenamente consciente de que él la estaba mirando. Necesitaba darse un masaje en la parte de su anatomía que había resultado más dañada en el incidente, pero lo pospuso hasta llegar al elegante bloque

de apartamentos situado unos metros más adelante y estar segura de que nadie la veía. Su abrigo estaba hecho un guiñapo y ella empapada de pies a cabeza.

-¿Qué te ha pasado? -exclamó al ver su desdichada apariencia una chica rubia, vestida con un uniforme similar al suyo, que salió a abrirle la puerta de unos de los apartamentos del piso de abajo.

-Me he caído, Glynis -dijo Chrissy-, ¿No tendrás algo que me pueda poner?

-Lo siento... pero se supone que tienes que tener tu propio uniforme de repuesto -repuso su compañera con retintín.

-Este mes todavía no me puedo comprar otro. Lavo éste todas las noches.

-Tú sabrás lo que haces -dijo Glynis con indiferencia mientras se repantingaba en un sofá y encendía el televisor con el mando a distancia.

-¿Ha llamado el señor Cranmore? -preguntó Chrissy mientras intentaba vanamente limpiarse el uniforme con unos pañuelos de papel. Ya sería el remate que su jefe decidiera hacer una inspección precisamente ese día.

-Tranquila -gruñó Glynis-. Te preocupas demasiado.

-¿No tendríamos que empezar el trabajo?

-Pásale el aspirador a este cuarto. No hay otra cosa que hacer -dijo su compañera mientras se encendía un cigarrillo-. No entiendo para qué necesitan los servicios de una agencia de limpieza con una pareja tan limpia.

-¿No es mejor que no fumes aquí? -dijo Chrissy incómoda mientras sacaba el aspirador.

-Necesito un descansito.

Si Martín Cranmore sorprendiera a cualquiera de sus empleados vagueando, eso supondría el despido inmediato. Sin embargo, tenía cierta debilidad por Glynis, con la que, gracias a sus ojitos azules y su sedoso pelo rubio, parecía tener algunas contemplaciones. Las otras chicas la odiaban y ninguna quería trabajar con ella, ya que nunca hacía su parte del trabajo y tampoco se le podían echar las culpas.

Chrissy había sido contratada por la agencia de limpieza Silent Sweep hacía sólo tres semanas, y necesitaba conservar ese trabajo desesperadamente. La agencia tenía un estricto código de conducta para sus empleados, y Chrissy había visto cómo su compañera se saltaba la mayor parte de las normas en un solo día. Había además una larga lista de cosas que hacer en cada sesión, y tenían que hacerse incluso aunque no pareciera que fueran necesarias, pues los clientes pagaban por un servicio eficaz, silencioso e invisible.

Blaze Kenyon. Mientras Chrissy trajinaba con el aspirador le vino a la cabeza su encuentro de aquella mañana. Se le apareció como un genio malo, provocó en su mente nostalgia por su hogar y una sucesión de recuerdos dolorosos.

Podía hacer frente a la nostalgia. Después de todo, se dijo, tampoco había mucha justificación para el sentimentalismo: su madre había muerto y sus hermanos se habían casado, pero, además, recordó, por muy mal que le fueran las cosas, jamás podría volver a la casa de su padre.

Los recuerdos se hicieron aún más dolorosos. Blaze había cometido una gran

crueldad al decirle que estaba igual que entonces. Ella había sido siempre la vergüenza de su familia, la pobrecita hermana obesa de Elaine. ¿Recordaría Blaze su último encuentro con ella? Se estremeció ante la simple idea de que él lo hiciera. No, no lo recordaría. El whisky ingerido en un duelo familiar le había hecho más insensible que de costumbre a los sentimientos de los demás. Humillar a la hermanita de Elaine no le habría supuesto ni el más mínimo cargo de conciencia. Había sido muy cruel con ella, tanto que a Chrissy aún le quedaban cicatrices.

Glynis, con un bostezo, se dirigió al apartamento del tercer piso, el siguiente de la lista. Chrissy se dirigió directamente a la cocina, quedándose muda ante el umbral.

-¡Oh, no! -exclamó al ver el panorama ante ella.

Glynis profirió un juramento al ver las pilas de platos sucios amontonados entre restos de comida descompuesta.

-La dueña ha hecho una fiesta y lo ha dejado todo sin recoger para que se lo limpiemos -dijo-. Bueno, pues ya se puede ir olvidando -dijo agresivamente.

-Teníamos previstas un par de horas extra, y ahora ya sabemos por qué -dijo Chrissy mientras abría la ventana para airear la cocina-. Yo empezaré aquí mismo y tú puedes encargarte del salón- sugirió.

Glynis murmuró una grosería y salió. Chrissy trabajaba rápida y eficientemente, esperando que, por una vez, Glynis hiciera su parte. Tenían que seguir la programación al detalle y acabar mientras los dueños no estaban en sus casas.

-¿Qué te parece?

Chrissy se volvió, y se quedó atónita al ver al Glynis pavoneándose en un elegante traje de cóctel.

-No he podido resistirme... ¿Verdad que es maravilloso? Y ella nunca se dará cuenta. El dormitorio es un caos, esto estaba tirado en el suelo...

-¡Por Dios santo, quítatelo y déjalo donde estaba! -exclamó Chrissy horrorizada.

-¡No te pongas así! -gruñó Chrissy-. Ya he arreglado el salón, y puedo acabar aquí si quieres. Odio hacer los baños.

-Quítatelo -repitió Chrissy.

Glynis le dirigió una mirada asesina.

-De acuerdo, de acuerdo... La verdad es que no es muy divertido trabajar contigo.

Chrissy acababa de entrar en el baño cuando oyó abrirse la puerta de la calle y las voces de dos personas, hombre y mujer, que entraban. Dio un salto, preguntándose frenética si Glynis habría tenido tiempo de cambiarse. Una mujer morena asomó la cabeza por la puerta.

-¿Han terminado?

-Me temo que no. ¿Quiere que lo dejemos? -respondió Chrissy, sin mencionar que ellas habían sido contratadas por un período de tiempo específico, y que ya llevaban trabajando media hora más de lo estipulado.

-¿Cuánto tiempo tardarán en terminar?

-Unos veinte minutos...

-Supongo que será mejor que se queden, de otro modo no estará terminado, y yo he pagado para eso -dijo la mujer.

-¿Con quién estás hablando? -intervino una voz familiar.

Consternada, Chrissy vio aparecer a Kenyon en el umbral.

-¿Qué... qué haces tú... aquí? -preguntó sin poder creer que se hubieran dado dos coincidencias tales el mismo día.

Kenyon la miró fijamente.

-Iba a recoger a Leila cuando casi te atropello. ¿Qué estás haciendo en este cuarto de baño?

-¡Se supone que tiene que limpiarlo! -intervino la mujer morena, cortante- No irás a decirme que la conoces...

-¿Trabajas de asistenta? -Blaze no podía disimular su asombro.

Leila puso un brazo alrededor del de él.

-Vamos, cariño... cuanto antes acabe, antes se irá -le dijo suavemente, a la vez que le dirigía a Chrissy una mirada asesina.

Chrissy se sintió profundamente humillada. No se avergonzaba de su trabajo. El horario le convenía y el salario era razonable. Hacía tres años no hubiera podido imaginar que tendría que limpiar casas ajenas para sobrevivir, pero muchas cosas habían cambiado en ese periodo. Aunque no sentía tampoco falso orgullo por su trabajo, se sentía agradecida por tenerlo.... hasta que Blaze Kenyon la miró, haciéndola sentir como si fuera lo peor de lo peor.

-Esto ya está -susurró Glynis desde el pasillo-. Voy a acabar con la cocina. Cuando tires las flores de la entrada, nos vamos.

Chrissy estaba recogiendo los pétalos que habían caído en la alfombra cuando oyó a Blaze. La puerta del salón no estaba cerrada y él tenía una voz profunda y bien modulada que hacía que cada palabra fuera nítida como el cristal.

-Cuando les llamo nuevos ricos, quiero decir exactamente eso. Los Hamilton vivían entre bonsais y cosas por el estilo. Jim Hamilton es uno de los hombres más vulgares que he conocido...

Chrissy se estremeció, tenía la cara tan tensa que le dolían los músculos, y le zumbaban los oídos.

-Y la madre era aún peor -continuó Blaze suavemente-. Belle fue incapaz de ponerse a la altura de las aspiraciones de su familia, bebía mucho, y cometía las peores meteduras de pata que te puedas imaginar. Cuando todo aquello fue demasiado para ella, se escapó con un viajante que resultó ser un bígamo. Hamilton pensaba que esa era la historia más divertida que había oído en su vida, y noche tras noche, se dedicaba a contarla una y...

-¿Qué estás haciendo? -dijo Glynis a sus espaldas cuando la vio allí quieta.

Chrissy sostenía el jarrón en las manos. Blaze estaba tranquilamente sentado en el sofá. Levantando el jarrón, se lo lanzó con flores y todo directamente a la cabeza.

Lelia gritó como si creyera que había intentado apuñalarle. El jarrón contenía una cantidad abundante de agua, y un diluvio cayó sobre la víctima de la ira de Chrissy.

Blaze se levantó, sacudiéndose las flores del traje. -¡E... e... eres u... u...n cerdo!
-gritó Chrissy.

Blaze se la quedó mirando fría y amenazadoramente mientras intentaba enjuagarse el agua del pelo y de la chaqueta.

-¡E...e... eres un cerdo! -repitió enardecida.

-¡Está loca! -gritó la morena.

-No, enfadada -murmuró Blaze secamente.

-¡Haré que la despidan por esto! -exclamó Leila, marcando frenéticamente el número de la agencia. Glynis entró con una toalla, disculpándose profusamente.

Chrissy permaneció erguida, parpadeando asombrada. Dentro de su cabeza resonaban las palabras de Blaze ridiculizando a su pobre madre, y haciendo que su triste historia pareciera una anécdota. ¡Era un cretino y un esnob! Como nieto de un conde, había nacido y le habían criado entre algodones, en un mundo de riquezas y privilegios heredados. Arrogante y aristocrático, no podía ni imaginar lo que significaba intentar ser aceptado en un medio social más elevado.

-Su jefe quiere decirle algo -Leila le pasó el teléfono como si fuera un verdugo que le pusiera la soga al cuello.

Vacilante, Chrissy se adelantó. Martin Cranmore estaba absolutamente furioso en el otro extremo de la línea: de forma clara y contundente la despidió. Con la cara completamente blanca, sin mirar a nadie, se volvió y salió de la habitación, buscando el bolso y el abrigo.

Glynis le agarró por el brazo, completamente fascinada.

-¿Qué le has hecho? ¿No sabes quién es?

Poniéndose el abrigo, Chrissy permaneció en silencio.

-Es ese entrenador de caballos tan famoso. ¡Todas las mujeres están locas por él, por lo que dicen los periódicos, podría montar un harén! -dijo Glynis presa de la excitación.

Blaze pareció recuperarse enseguida, mostrándose perfectamente sereno. Si lo pensaba, Chrissy apenas podía creer lo que había hecho: probablemente nunca nadie lo había atacado con flores. Los maridos inquietos y los padres cuidadosos evitaban su compañía. Aunque la mayor parte de los hombres sentaban la cabeza a partir de los treinta, Blaze no lo había hecho: los escándalos parecían perseguirle, y él reaccionaba con total tranquilidad e indiferencia a los rumores y reproches. Chrissy no creía haberle puesto en ningún apuro, y suponía que, después de una hora, él estaría burlándose de lo ocurrido.

Pero ella no podía tomárselo a broma. Acababa de echar por la borda su trabajo, que había sido su único reducto de seguridad. Había tenido que vender la última de las joyas de su madre tres meses antes. El dinero obtenido se había terminado y se estaba retrasando en el pago del alquiler cuando, después de mucho rogar a Martín Cranmore, había obtenido el trabajo. La desesperación le había hecho olvidar el orgullo, y el trabajo le había dado esperanzas, lo consideraba el primer paso para su supervivencia.

Y ahora se había quedado sin el puesto y sin el salario de las tres semanas anteriores. La lealtad está bien cuando te la puedes permitir, pensó Chrissy amargamente, pero ella tenía que haber pensado que no podría afrontar el coste de haber arrojado el florero a la cabeza de Blaze. La invadió la desolación. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Cómo iba a sobrevivir?

Estaba lloviendo a cántaros. Con la cabeza agachada, cruzó la acera y se echó a andar. Hundiendo las manos en los bolsillos, ni siquiera trató de evitar los charcos. De repente, un coche se paró a su lado.

-¡Entra! -dijo Blaze de forma conminatoria- ¡Y quítate primero ese abrigo!

Chrissy se quedó mirando la immaculada tapicería de cuero color crema.

-¿Qué... qué es lo que qui... quieres?

Blaze la respondió con un gruñido de impaciencia. Las lágrimas se mezclaban en sus mejillas con las gotas de lluvia.

-Ve... vete. No pienso disculparme.

-Te estoy ofreciendo llevarte a casa.

-Eso es una tontería -murmuró-. ¿Po... por qué qui... qui..., quieres hacer eso?

-¿Parirías considerarlo un intento tardío de hacer las paces?

-No.

-¡Oh Chrissy! ¡Cómo he echado de menos tu deliciosa conversación! Pero si no entras, saldré y te obligaré a hacerlo. ¡Se me está mojando la tapicería!

-No... no quiero que me lleves. To... to... todo esto te parece muy divertido ¿ve... verdad?

-Me parece horrible -dijo Blaze con un suspiro-. Seguro que si te estuvieras ahogando y vieras una rama delante de ti, la echarías a un lado y preferirías hundirte como una piedra.

Chrissy estaba a punto de quedarse sin respiración.

-Te... te odio.

-Y yo te quiero por eso, cariño. Eres única -se burló Blaze- ¿Ves a ese policía?

Ella giró la cabeza y le vio venir hacia donde estaban.

-Eso, quédate ahí parada -le animó Blaze-. Eso puede ser muy divertido, así parecerá o que me estás haciendo proposiciones o que ando a la busca de una chica para pasar el rato. La próxima vez que lo hagamos por lo menos péinate un poco, porque con esa pinta vas a arruinar mi reputación.

Atemorizada, Chrissy se metió en el coche y cerró la puerta.

-Procura no mojar el compact-disc.

Incómoda, ella se sentó con el pelo chorreando.

-¿Cómo está Belle? -preguntó Blaze arrancando el coche.

Al oír eso, Chrissy se puso rígida, y se le quedó mirando con ojos brillantes llenos de pena y de rabia.

-Me gustaba tu madre -dijo Blaze tras un instante.

-¡Me extraña que supieras que existía! -exclamó ella con los ojos ardiendo por las lágrimas contenidas. Permanecieron un momento en silencio, por fin, ella consiguió

hablar de nuevo-. Ha muerto -concluyó sencilla, amargamente.

-¿Cuándo?

-El año pasado.

-¿Cómo ocurrió?

-Pulmonía -repuso, tras una pausa.

-Lo siento. Tienes que haberlo pasado mal. Estabais muy unidas -le dijo de forma tan sincera que la dejó asombrada.

Sin embargo, Chrissy casi no pudo evitar reírse al oírlo. ¿Habían estado unidas de verdad su madre y ella? Belle Hamilton había abandonado a su marido y a su familia sin avisarles. Chrissy la había sorprendido en una ocasión tomando café en la cocina con Dennis Carruthers, pero eso no le había hecho sospechar nada. Su madre siempre se mostraba hospitalaria con los trabajadores y viajantes, de hecho, con cualquier persona humilde que entrara en la casa. Prefería agasajarles a ellos que reunirse con sus estirados vecinos. Nadie sospechó nada de Dennis hasta que fue demasiado tarde. Su madre había quemado sus naves al fugarse con él.

-¿Por qué no volviste a casa?

Chrissy se puso aún más pálida.

-No pude hacerlo -inmediatamente lamentó haber dicho aunque fuera sólo eso. Pero, se disculpó, había algo tan irreal en el hecho de estar hablando con Blaze Kenyon, era tan perturbador que él le prestara atención...

-¿Dónde vives?

Aún confusa, se lo dijo, y le pidió que la dejara en una parada de autobús, cosa que él simplemente ignoró. Con los ojos aún llenos de lágrimas, se le quedó mirando. Realmente era un hombre muy guapo, y aunque se sentía inmune a su atractivo físico, no pudo evitar mirarlo. Todos sus rasgos indicaban que había sido educado y criado de una forma esmerada ¿Qué podía saber él de los dramas que había tenido que afrontar su familia?

Chrissy se había criado mientras el matrimonio de sus padres se tambaleaba, sin poder hacer nada más que ofrecerle a su infeliz madre todas sus simpatías. Su padre había sido un modesto propietario de una hamburguesería hasta que ganó una fortuna en las quinielas. De la noche a la mañana, sus vidas cambiaron por completo, y no para mejor precisamente. Al principio, las ambiciones de su padre había sido razonables, modestas incluso. Había iniciado un negocio de catering, y al ver que prosperaba rápidamente, su ambición creció al ritmo de su cuenta corriente.

Con el fin de hacer ostentación de sus recién adquiridas riquezas, compró una mansión en Berkshire sin siquiera consultar a su madre. Al verse repentinamente separada de sus amigos y parientes, su madre se había sentido perdida. Lo peor era que Jim, un hombre dominante y de mucho genio, se había vuelto más y más agresivo a medida que sus riquezas e importancia crecían. Cuando sus nuevos vecinos se mostraron remisos a recibir a los Hamilton en sus exclusivos círculos sociales, él echó la culpa de ese fracaso a Belle.

Cuando empezaron a tolerarles, que no a admitirles, la brecha entre sus padres

era ya insuperable. Totalmente rechazada por su marido y sus dos hijos mayores, Belle había sido presa fácil para un hombre más joven con el pico de oro. En su afán de encontrar la felicidad con Dennis, su madre había cometido un terrible error de juicio. Sin embargo, Chrissy estaba convencida de que había sido empujada a ello por su padre.

-Pensaba que la mayor parte de esta zona iba a ser remodelada -musitó Blaze-. Tienes a la brigada de demolición prácticamente a la puerta.

Estaban en una sucia calle, con estrechas casas adosadas, al lado de un gigantesco solar en construcción. Algunas de las casas estaban incluso apuntaladas.

-No es precisamente Buck House, ¿verdad? -dijo Chrissy irónicamente con voz afectada.

Blaze aparcó el coche, evitando cuidadosamente la basura desperdigada fuera de un contenedor.

-¡Pero qué esnob estas hecha! -murmuró secamente-. Yo sólo estaba intentando entablar conversación.

Chrissy, que estaba intentando abrir la portezuela, le dirigió una mirada incrédula.

-No... no ha... hacías eso. Tú no puedes hacer nada sin intentar mostrarte superior a los demás.

Sin decir nada más, salió del coche y se puso a buscar las llaves en el bolso. Se dirigió a una de las casas del extremo de la calle y abrió la puerta.

-¿Es usted, señorita Hamilton?

Tragando saliva, nada más entrar vio a su casera que le cerraba el paso a la escalera.

-Hoy llega pronto.

-Si me perdona, señora Davis...

-¿Qué pasa con el alquiler? ¿Ya tiene el dinero? -dijo la anciana secamente-. Porque si no lo tiene, tendrá que marcharse hoy mismo. ¡Déme la llave!

-Señora Davis, le aseguro que...

-Debí estar loca cuando la admití en mi casa... Una no puede fiarse de las promesas de las mujeres solas con niños pequeños -bufó la señora Davis-. Pero me dio lástima, y claro... Pero quiero mi dinero y...

-¿Cuánto dinero le debe la señorita Hamilton? -intervino una voz fría y cortante.

La casera se volvió asombrada. Pálida como la tiza y muerta de vergüenza, Chrissy hundió la cabeza entre los hombros. Blaze estaba en la puerta, perfectamente tranquilo, sacando la cartera del bolsillo de su chaqueta.

-Tres semanas, me debe tres semanas -repuso la señora Davis dramáticamente, señalando el importe.

Antes de que Chrissy pudiera decir nada, él entregó a la casera un puñado de billetes.

-¡No puede aceptar su dinero! -protestó.

-¡Claro que puedo! No me importa quien pague mientras pague -repuso la anciana,

sonriendo a Blaze-. Y no olvide que se tiene que marchar antes del sábado. Ya he alquilado una furgoneta para la mudanza.

Chrissy se sentía tan turbada mientras la casera se retiraba a su piso de la planta baja, que apenas pudo mirar a Blaze.

-Te lo devolveré -le prometió-. Ta... tan pronto como pueda -admitió.

-No te des prisa.

Se sentía fatal debiéndole un favor. Pero no había tenido más remedio que aceptar su caridad. La señora Davis no le perdonaría el dinero, y ella tampoco estaba en condiciones de devolvérselo a Blaze. Por otra parte, su intervención había evitado que la echaran a la calle. Le costó un esfuerzo enorme superar el sentimiento de humillación. Levantando la cabeza, por un momento se enfrentó a los ojos azules que la escrutaban impenetrables.

-Gracias -se obligó a sí misma a decir-. A lo mejor nos vemos de nuevo -concluyó violenta.

Sin esperar respuesta, corrió escaleras arriba y abrió la puerta de su habitación aliviada. No podría haber resistido un segundo más en su compañía.

-¿Qué haces aquí tan pronto? -le preguntó Karen, la canguro, levantándose del sillón con el ceño fruncido.

-Es una larga historia.

Se arrodilló y Rose corrió a sus brazos.

-¡Maldita sea! -exclamó a su espalda una voz.

Chris se volvió como si le hubiera picado una serpiente. No se había dado cuenta de que Blaze la había seguido escaleras arriba, tan silencioso como un felino siguiendo a su presa. Mientras Rosie la besaba encantada, permaneció paralizada, totalmente consciente de la penetrante mirada del asombrado Blaze.

Capítulo 2

SE PRODUJO un silencio terrible. Karen se quedó fascinada, como les ocurría a casi todas las mujeres cuando veían a Blaze. Quizá incluso lo hubiera reconocido, ya que aparecía con frecuencia en las revistas y páginas de cotilleos de los periódicos.

-Te veré luego, Karen -dijo Chrissy precipitadamente.

Mientras la chica se iba con evidente desgana, Blaze inspeccionó cada rincón de la abarrotada habitación, desde los destartados muebles a los manoseados juguetes. Con una gracia de movimientos que era sin duda heredada, se volvió para quedar frente a Chrissy.

-Supongo que tenía que estar preparado para esto -dijo con una mueca-. Pero no lo estoy. Sigo pensando en ti como una chiquilla.

-Ya casi tengo ventiún años.

Mientras hablaba, Rosie se revolvió y ella la volvió a dejar en el suelo. Rezaba para que Blaze se fuera, y no podía imaginar qué era lo que le había llevado a seguirla.

-Toda una mujer experimentada -musitó Blaze con sarcasmo.

Ella se sonrojó violentamente. ¿Sería que él dividía a todas las mujeres en dos grupos, aquéllas con las que se acostaba sin problemas y aquéllas con las que creía que no debería hacerlo? La idea la puso enferma, pero también despertó los recuerdos de su último encuentro con él. Desesperadamente, reprimió esos pensamientos.

Blaze había usado y abusado de las mujeres, pensó con disgusto. En un tiempo había pensado que su hermana Elaine era demasiado calculadora como para ser herida por ningún hombre. Sin embargo, se había enamorado de Blaze, y tras un breve flirteo, él la había abandonado sin el más mínimo remordimiento, humillándola y empujándola a un matrimonio sin amor. Su confiada hermana sólo había merecido unas líneas en la columna de cotilleos, había sido una muesca más en la cama del seductor, y por una vez, Chrissy había sentido pena por Elaine.

-Así que es por esto por lo que no puedes volver a casa.

Inesperadamente, Blaze se acuclilló al lado de Rosie y se quedó mirando el conejito rosa que ésta le tendía.

-Ez mi conejito -le dijo la pequeña dándose importancia.

-Me guztan loz conejitoz -contestó Blaze sonriéndole de una forma absolutamente encantadora, olvidando por un momento su cinismo habitual. Acarició los rizos de la niña y se incorporó de nuevo.

Asombrada por esa insólita muestra de humanidad, Chrissy se dejó llevar y se quedó mirándole boquiabierta. De repente le parecía que le faltaba aire.

-Probablemente es una pregunta tonta -dijo Blaze tras un suspiro-, pero, ¿cómo demonios te metiste en este lío?

Él había deducido que Rosie era su hija. Pero todo el mundo pensaba lo mismo. Dadas las circunstancias, era una deducción lógica, y ella no veía posible decirle la verdad. Rosie era su hermanastra, el último resultado del desgraciado «matrimonio» de su madre con Dennis Carruthers.

-Creo que es mejor que te vayas -le dijo.

-Tienes razón. Debería irme y pensar que nunca me bajé del coche -murmuró Blaze ásperamente-. Pero tengo la sospecha de que no me voy a olvidar fácilmente de esto. Creo que estás en la bancarrota, y sin empleo además...

-¿Y... y... y de quién es la culpa? -le interrumpió.

-Si digo algo que no esté fundamentado en los hechos, puedes interrumpirme y corregirme -contestó él tras una pausa.

Su ofrecimiento la sumió en la confusión. ¡Dios santo! ¡Cómo- odiaba a ese hombre! Pero lo cierto era que no había dicho ninguna falsedad. Las cosas eran tal y como las había contado. Los Hamilton se habían comportado como nuevos ricos. Su padre había dedicado su fortuna a cosas absolutamente vulgares que él creía que necesitaban para impresionar a sus vecinos y ganarse su respeto. Pero lo único que había conseguido era sus burlas.

-He oído que te tienes que marcharte de aquí -continuó Blaze-. ¿Tienes ya un sitio donde ir?

-No -admitió sin reservas. Él sabía tan bien como ella que no tenía forma de

encontrar otro lugar sin adelantar una suma de dinero.

Londres era un lugar terrible y amenazador para vivir sin amigos. Los que había hecho habían ido alejándose después de que se viera obligada a dejar el curso que estaba haciendo para ser profesora, ya que tuvo que afrontar el cuidado de su hermanita. De un gigantesco salto, Chrissy había pasado de ser una despreocupada adolescente a tener que hacerse cargo de las responsabilidades de un adulto. Parecía haber crecido diez años en los últimos seis meses.

Blaze profirió un juramento.

-¿Y qué piensas hacer este fin de semana? -le espetó ásperamente- ¿Dormir en la calle?

-Ya nos las arreglaremos -murmuró.

-¿De la misma forma que lo has hecho hasta ahora? -dijo cruelmente-. ¿Le has pedido ayuda a tu padre?

-Hace tres años que no hablo con él -confesó insegura-. Se puso furioso cuando me vine a vivir con mi madre. No sabe nada de Rosie, aunque daría igual si lo supiera. Para él lo único que cuenta es que le traicioné cuando me vine con mamá...

-¿Y tus hermanos? -le interrumpió Blaze-. ¿No podría alguno de ellos...?

Chrissy sonrió ante lo insólito de la idea de que Rory o Elaine salieran en su defensa o le dieran dinero. Rory vivía en California con su mujer y sus hijos y, como Elaine, se había quedado estupefacto por lo que había hecho su madre. Ninguno había sido capaz de perdonarla. Incluso cuando su madre yacía en la unidad de cuidados intensivos, y su vida pendía de un hilo, Elaine se había negado a ir a Londres, a pesar de la insistencia de Chrissy.

Nunca había tenido la oportunidad de hablarles a sus hermanos de Rosie, y en el caso de que lo hubiera hecho, tal revelación sólo habría provocado horror y disgusto en ellos. Rosie era la hija que Belle había tenido en un matrimonio ilegal con otro hombre, y su historia había hecho correr ríos de tinta cuando Dennis fue arrestado. Además, Belle no había sido la única estafada, ya que había otras dos esposas de las que el viajante no se había divorciado.

-En cualquier caso, nunca me he llevado bien con mi padre -señaló Chrissy, deseando dar por finalizado el tema sin tener que mentir.

-¿Quién podría hacerlo? -dijo Blaze cínicamente-. Vendería a su abuela con tal de sacar dinero.

Mientras lo decía, su mirada se tornó fría y llena de furia. Chrissy se sorprendió por su vehemencia ¿Qué le había hecho su padre para despertar de tal modo su ira? Antes de que pudiera preguntarle nada, él se levantó la manga y echó un vistazo al reloj.

-Tengo una reunión de negocios dentro de una hora.

-Te enviaré el dinero -repitió ella.

-Olvídalo -repuso él tranquilamente-. Considéralo una pequeña compensación por la pérdida de tu empleo.

-No... no quiero tu limosna -dijo ella, sintiendo cómo se ponía colorada.

-Te lo doy para descargar mi conciencia -dijo él con un brillo en la mirada-. Te lo debo, y ahora necesitas una ayuda -concluyó con una mueca, como preguntándose cuál sería el mejor modo de poner fin a la situación.

-¡No... no necesito tu ayuda! ¡No quiero tu podrido dinero! -estalló Chrissy.

-Me parece que tendrás que aguantarte -dijo Blaze de forma terminante-. Si no es una pregunta indiscreta, ¿dónde está el padre de Rosie?

-¡Entre rejas! -repuso Chrissy con fiereza.

-¿En la cárcel? -exclamó Blaze, repentinamente interesado. Blaze, el hombre impasible, parecía auténticamente sorprendido. Por un momento cerró los ojos; Chrissy se fijó en sus largas y hermosas pestañas, herencia, junto con su piel morena, de su padre español-. Desde luego, cuando te lanzaste lo hiciste de lleno -le espetó por fin.

Chrissy apenas pudo dar crédito a lo que estaba oyendo, pero, recordó, ése era el auténtico Blaze, tan poco convencional. Se enorgullecía de decir exactamente lo que pensaba, de forma tan sincera que a menudo confundía a los que tenía alrededor. No tenía tiempo para andarse con disimulos. Su fiera energía contenía un punto de impaciencia, como si el puro desasosiego corriera por sus venas.

-Quiero que te vayas -dijo.

Blaze se la quedó mirando impávido. Chrissy estaba al límite de su resistencia y él lo sabía, y ella le odiaba por eso.

-Así que sólo te quedan dos opciones: ir a tu casa y suplicar, o pedir ayuda a los servicios sociales -dijo-. No vas a conseguir salir de ésta tú sola.

-¿Te quieres largar de una vez? -gritó casi Chrissy abriendo la puerta con violencia. Estaba temblando.

Por un instante, Blaze se calló y se quedó mirando sus ojos verdes, y, por primera vez, ella sintió que conectaba con él. Sintió que se quedaba sin respiración, mientras una especie de corriente le recorría de pies a cabeza.

Blaze adelantó la mano y le acarició el labio; su roce le pareció de fuego sobre su piel palpitante.

-Eres muy vehemente, realmente sensible. Y eso te hace vulnerable. Lo vas a pasar mal, lo sabes, ¿verdad?

Electrizada por sus palabras y su caricia, se apartó bruscamente, nerviosa y confusa por las sensaciones que se agolpaban en su interior. La compasión que percibió en sus palabras tuvo el efecto de un ácido sobre su piel.

-¡Ve... vete! -gritó.

Cuando Blaze se fue, la habitación entera pareció desolada. Chrissy parpadeó, temblando de pies a cabeza. Ya antes él la había hecho sentirse de aquel modo: atrapada, hipnotizada, perdida. Parecía incluso que dejara de existir cuando él estaba tan cerca. Pero esta vez, al menos, él no había perdido los estribos.

Aunque muy pocos lo percibieran, lo cierto era que bajo aquella impecable fachada y tras la cínica sonrisa, latía un genio impredecible. Sólo una vez había sufrido Chrissy sus consecuencias, ya que, sin querer, había traspasado un límite invisible.

Pero, por supuesto, él no se acordaba de ese incidente, ¿por qué habría de hacerlo? Ella era sólo la pequeña Chrissy, una más de esos indeseables Hamilton. ¿Por qué iba a recordar el modo tan cruel en que la humilló?

Apenas podía creer que ese incidente de su pasado aún pudiera conmoverla tan profundamente. Sólo una vez él se había acercado a ella con un propósito inequívocamente sexual, cuando apenas tenía diecisiete años, y era una ingenua e inexperta adolescente. Se trató solamente de un momento, pero Chrissy nunca olvidó cómo él había asumido que ella aceptaría sus proposiciones del mismo modo en que lo habían hecho tantas mujeres.

Tampoco había podido olvidar su fiera reacción. Avergonzada y confusa por lo que él le había hecho sentir, se vio obligada además a soportar sus insultos.

-¡Si no tienes cuidado, acabarás siendo una furcia como tu hermana! Aunque te pareciera que me gustabas, aún mantengo un nivel -remató Blaze.

Su brutalidad no se vio satisfecha con ese cruel insulto a Elaine. Con una desvergüenza total, Blaze le dijo exactamente lo que pensaba de ella y lo que ocurriría si continuaba comportándose de la forma promiscua que él, tan ridículamente, se había imaginado. Más que otra cosa, a Chrissy le atormentaba el modo en que él, un libertino, le lanzaba reproches morales.

No soportaba que, aunque sólo hubiera sido por un momento, él pensara que ella lo deseaba, que era otra vampiresa haciendo todo lo posible por conseguirle. Sólo con recordarlo se ponía enferma. Aunque no podía negar que, desde el punto de vista físico, Blaze le parecía muy atractivo, nunca le había podido soportar. Como ser humano casi le despreciaba.

Sin embargo, él la había besado de forma salvaje, y ella, entre incrédula y horrorizada, había respondido a ese beso. Aquella traición a sí misma la repugnaba, y la condena explícita de Blaze la había sumido, además, en una angustia casi mortal.

-¿Qué vas a hacer entonces? -gimió Karen al despedirse-. No te imaginas lo preocupada que estoy.

-No tengo más remedio que pedir ayuda a los servicios sociales -suspiró Chrissy-. Seguramente se harán cargo de Rosie.

-¡Bobadas! -dijo Karen-. Estaréis juntas.

-Yo no tengo ningún derecho, Karen -le recordó Chrissy dolorosamente-. Y si le preguntan a Dennis lo que le parece mejor, seguro que da permiso para que la adopten. Nunca quiso a la niña.

-¿Y qué tiene esto que ver con él? -gruñó Karen.

-Es su padre, y el único que tiene derecho sobre su custodia...

-Es una niña preciosa, pero no veo por qué tienes que llevar esta carga siendo tan joven -dijo Karen bruscamente-. Lo que quiero decir es que no es responsabilidad tuya a fin de cuentas. Y por otro lado, ¿qué es lo que puedes tú hacer por ella?

-¡Karen! -Chrissy estaba sobrecogida ante el razonamiento de su amiga.

-Escucha, no es fácil admitirlo, lo sé, pero la adopción es la solución más razonable, así la niña tendrá una casa y una familia. Tienes que ser práctica Chrissy -dijo Karen atropelladamente-. Yo no puedo conseguir un trabajo, así que me vuelvo a Liverpool. ¿Cómo te las vas a arreglar con una chiquilla?

-¡Otros lo hacen!

-¡Porque no les queda otro remedio! Pero tu caso es diferente. Rosie merece otra cosa -añadió-. Tenías que enfrentarte a los hechos tarde o temprano. Incluso aunque consigas otro trabajo, no podrás cuidarla adecuadamente, apenas tendrás para sobrevivir.

Chrissy sintió un gran alivio cuando llegó el taxi. Le gustara o no, su amiga le había hecho pensar en determinadas cosas. Karen había cuidado de la niña a cambio sólo de la manutención, y habían acordado que sería de forma temporal. Era sólo cuestión de tiempo el que tuviera que encontrar otra canguro, y con su salario no hubiera podido pagarle... a menos que se hubiera quedado sin comer.

Karen también le había dicho algo en lo que hasta entonces se había negado a reflexionar ¿Se estaba comportando de modo egoísta al querer retener a Rosie a su lado? La niña no tenía las ropas necesarias, casi ni juguetes, y carecía de la educación adecuada. Todo eso costaba dinero, y ella no lo tenía. Pero lo peor de todo era ser consciente de su incapacidad para proporcionar cierta seguridad a su hermana. Ni siquiera sabía dónde iban a dormir. ¿Qué clase de vida era esa para Rosie?

Chrissy también se sentía atemorizada ante la perspectiva de tener que acudir a los servicios sociales, ya que no era la tutora legal de Rosie. Las autoridades no tenían más prueba de la existencia de su hermanita que la mera inscripción de la niña en el registro. Cuando Belle aún vivía, se habían mudado tres veces de apartamento, siempre a otro más pequeño, más barato. Por otra parte, su madre siempre se había negado a reclamar la ayuda que le correspondía por la niña. Eso y todos los traslados habían evitado que se vieran perturbadas por las autoridades.

Pero ahora, ¿qué ocurriría si se veía obligada a pedirles ayuda? ¿Perdería a Rosie? Ese temor le había llevado incluso a no declarar de la forma legalmente adecuada su verdadera relación con la niña. Además, le preguntarían sin duda a Dennis lo que quería que hicieran con la niña, y él, que ya se había puesto furioso cuando su madre se quedó embarazada, seguramente daría permiso para que la adoptaran.

Chrissy no se podía imaginar que llegaría a querer a un hijo propio tanto como quería a Rosie. Belle nunca pudo superar lo que Dennis le había hecho. Y había sido el embarazo lo que había acabado con Belle, no tanto por haber concebido un niño a los cuarenta y cinco años como por la vergüenza por lo que había ocurrido antes: el abandono de Dennis cuando vio que su mujer no tenía más dinero; el arresto, la publicidad dada al caso, el terrible sentimiento de humillación que Belle había tenido que soportar.

Chrissy esperaba que su madre se recuperara después del parto, pero no ocurrió así, sino que se hundió más aún en la depresión. Belle incluso perdió todo interés por mantener un aspecto presentable y por su salud, y en cuanto al cuidado de su hija, hizo

lo mínimo imprescindible. Como su madre se negara a avisar a un médico, Chrissy intervino y lo llamó ella misma; como resultado, Belle organizó una escena terrible e incluso la amenazó con echarla de casa si se le ocurría algo parecido.

De forma irremediable, los problemas de salud de su madre empeoraron bravamente: lo que empezó siendo una fuerte gripe, degeneró en una pulmonía. Aunque la llevaron al hospital, fue demasiado tarde.

Belle no puso nada de su parte para intentar recuperarse, simplemente se dejó llevar. Poco antes de que muriera estaban a punto de trasladarse de nuevo, y tras el funeral, Chrissy realizó la mudanza prevista. Sólo el médico le había preguntado por Rosie, y Chrissy le mintió: le dijo que llevaría a la niña con sus parientes, y al no saber nada de las circunstancias familiares de Belle, él no hizo más preguntas.

A las ocho y media de la mañana siguiente, llamaron enérgicamente a la puerta. Cuando abrió, Chrissy se quedó estupefacta al toparse con Blaze Kenyon. Aprovechándose de su sorpresa, él empujó la puerta y se plantó en la habitación.

-¿Has desayunado?

-¿Desayunado? -repitió ella.

-Quería encontrarte en casa, por eso he venido tan temprano -continuó, mientras se agachaba para responder al saludo de Rosie-. ¡Pero qué niña tan cariñosa! ¿Verdad? ¿Ya has encontrado una canguro para ella?

-No -totalmente estupefacta, Chrissy vio cómo la niña se abalanzaba sobre él. Los hombres eran una cosa rara en su pequeño mundo, y Blaze estaba siendo objeto de su total atención.

-Agarra a Rozi -le pidió con su media lengua.

-Un minuto, bonita -le dijo él incorporándose. Sacó un teléfono móvil que llevaba a la cintura, y tras marcar un número, pidió un taxi a la dirección de Chrissy.

-¿Pa... para qué quieres un taxi? -preguntó.

Blaze levantó a Rosie y la sostuvo en brazos.

-No hay sitio en mi coche para la niña -repuso.

-Pero si no vamos a ninguna parte -objetó Chrissy cruzándose de brazos.

-Os invito a desayunar. ¿La niña necesitará un biberón o algo así? -preguntó, mirando a Rosie dubitativamente.

-Ya tiene casi dos años y medio -contestó Chrissy secamente.

Blaze se encogió de hombros despreocupadamente. -No sé absolutamente nada de críos -dijo tranquilamente.

Chrissy se dijo que la única explicación para su conducta era que pensara que necesitaban una buena comida; enrojeció de ira.

-Escucha, no vamos a ninguna parte, no necesitamos desayunar...

-Estás tan flaca que parece que estés anoréxica. No lo estarás, ¿verdad?

-preguntó repentinamente preocupado.

-Por... por supuesto que no -dijo ella vencida.

Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro.

-No soporto a las anoréxicas. Me encanta comer.

Desde luego, nadie lo diría viendo su esbelto y bien cuidado cuerpo. No parecía tener ni un gramo de grasa superflua. A su pesar, Chrissy no pudo evitar quedarse mirándolo: llevaba unos pantalones vaqueros negros que realzaban sus piernas, y un jersey ajustado que permitía apreciar su musculoso torso y un estómago tan liso como una tabla.

A requerimiento de Rosie, Blaze se agachó a por el conejito de peluche, recibiendo a cambio una sonrisa de la encantada niña. Chrissy apenas daba crédito a sus ojos: no había el menor indicio de impaciencia en su rostro.

-Tengo una oferta de trabajo para ti -dijo Blaze como de pasada.

Chrissy se puso inmediatamente tensa, como un perro olfateando una presa.

-¿Dónde? ¿Para qué? -preguntó.

-Hablaemos mejor con el estómago lleno. No te pongas nerviosa -dijo-. No es en Londres, y puede que no te convenga.

Así que para eso había ido. La conciencia le remordía y había querido hacer algo por ella. Se resistió: quizá se pasaba de testaruda, pero él era el último hombre a quien quería deberle un favor, su orgullo la llevaba a rechazar la oferta.

Pero, ¿podría el orgullo ayudar a Rosie? ¿Y por qué se sentía tan excitada? Quizá no consiguiera el trabajo, y, de lograrlo, ¿dónde iban a vivir?, ¿qué pasaría con Rosie?

En el taxi, Rosie se sentó muy quietecita al lado de Blaze.

-No..., no quiero con Kissy -dijo de repente.

-¿Kissy? -Blaze se quedó mirando a Chrissy decepcionado-. No es Kissy, es mami -le dijo a Rosie con firmeza-. Mamá, a ver, dilo.

Rosie obedeció.

-¿Qué diantres estás haciendo? -le espetó Chrissy furiosa.

-No me gustan nada las mujeres que no dejan que sus hijos les llamen mamá.

-No es asunto tuyo -estalló Chrissy- ¿Cómo te atreves a entrometerte?

-Sé muy bien lo que hago -dijo él implacable-. Tiene que saber quién eres.

Chrissy se mordió la lengua. Estaba muy enfadada, ¿pero qué importaba?

Después de ese día, era poco probable que volvieran a verse, y Rosie pronto le olvidaría. Ya que no podía decirle la verdad, se mantendría en silencio.

Blaze los llevó a un hotel muy bonito, donde el encargado los trató de la forma más amable que se podía imaginar. Tras acomodar a Rosie, Chrissy no pudo disimular su impaciencia.

-¿Qué hay del trabajo? -le recordó.

-Podrás vivir en la casa, se admiten niños. Es una mansión muy grande -le informó, recostado en la silla y mirándola atentamente con sus ojos claros-. Sólo vive en ella una persona, que de vez en cuando recibe invitados.

Chrissy frunció el ceño, no era lo que ella había esperado.

-¿Es una mansión privada?

El asintió con la cabeza.

-¿Dónde está?

-Cerca de la casa de tu familia.

Chrissy se agitó sorprendida: aquello tampoco se lo esperaba.

-¿Cómo de cerca? -insistió.

-A unos siete kilómetros de Southfork.

Chrissy asintió. Aunque su padre había llamado a su propiedad Las Torres, lo que no se ajustaba demasiado a las características de la casa, los vecinos habían mantenido el nombre tradicional de la zona.

-¿En qué consiste el trabajo? -le apremió, intentando no pensar en lo que supondría trabajar tan cerca de su antiguo hogar.

Blaze estaba ocupado con una ración enorme de pescado con salsa. Mientras acababa, Chrissy estuvo a punto de ponerse a gritar, estaba enteramente en sus manos. Por fin, él dejó a un lado los cubiertos y bebió un sorbo de café antes de responder.

-Cocinar..., vigilar el trabajo de la casa. La verdad, las obligaciones son bastante vagas. Si no te adaptas, no creo que te convenga.

-¿Quieres decir que tendré que matarme a trabajar?

-No, se puede emplear a otras personas si es necesario, pero hasta ahora no lo ha sido -le aseguró-. La casa ha sido completamente remodelada, y está todo bastante desordenado todavía, con la mayor parte de las habitaciones sin muebles. El propietario aún no se ha trasladado, y podrás hacer las cosas a tu manera. Por supuesto, dispondrás de teléfono y de coche. ¿Qué te parece?

-¿Y qué me dices del sueldo?

Blaze se volvió hacia ella con una amplia sonrisa.

-Creo que no es mucho, pero a cambio habrá un montón de gastos que tendrás cubiertos.

-Estaré en Jauja -concedió Chrissy con una mueca. Intentó reprimir su entusiasmo y pensar con la cabeza. Sonaba demasiado bien para ser verdad, así que, se dijo, tenía que haber una trampa por algún lado-. ¿Y por qué me lo ofreces a mí? -preguntó.

-La persona que iba a encargarse se echó atrás en cuanto vio el estado de la casa -confesó Blaze.

-Pero... no tengo referencias...

-Si sabes cocinar, no importan nada las referencias -le aseguró.

-¿Y cómo es él? Me refiero al dueño -se interesó Chrissy.

Blaze se arrellanó en el asiento con aire pensativo, no exento de cierta ironía.

-No creo que se vaya a meter en tu cama en medio de la noche, si eso es lo que te preocupa...

-¡E... eso ni siquiera se... se me había ocurrido! -exclamó Chrissy sonrojándose.

-Sin embargo, es un hombre muy solicitado -continuó Blaze burlón.

-Eso no... no es de mi incumbencia -respondió sin levantar la vista del plato.

-Por otra parte, le gusta la vida tranquila. Prefiere estar con sus caballos que con gente, y pasa la mayor parte del tiempo en el campo. No creo que sea muy meticuloso, así que no te exigiré que tengas la casa reluciente.

-Si se casa, cambiará -musitó ella absorta.

-No se casará nunca -repuso Blaze con una sonrisa irónica-. No le ve ninguna ventaja.

-¿Y cuándo me harán la entrevista para el puesto? -insistió Chrissy.

-La estás haciendo ahora -contestó Blaze descuidadamente. Toda su atención parecía centrarse en la pequeña Rosie, que intentaba alcanzar un champiñón de su plato.

-Estáte quieta Rosie, no quieras cosas de otro plato -le riñó Chrissy-. Así que conseguiré el trabajo si tú me recomiendas -continuó volviéndose hacia Blaze.

-Si lo quieres, es tuyo.

-El dueño debe de ser muy amigo tuyo -dijo, intentando sonsacarle más información, pero al no obtener respuesta, cambió de tema-. ¿Cuándo empiezo?

-Tan pronto como puedas.

Rosie se dedicaba ahora a lanzar ávidas miradas a las rajadas de tomate del plato de Blaze.

-Deberías haberme dejado que le pidiera una buena comida. La pobrecita se muere de hambre -dijo Blaze con tono de reproche.

-No, lo que pasa es que le encanta comer la comida de otros platos -respondió Chrissy, mirando la elegante forma en que él bebía su café.

Si por fin conseguía el trabajo, volverían a verse, ya que la propiedad de su difunto abuelo, Torbald Manor, estaba sólo unas cuantas millas de la casa donde iba a trabajar. ¿Viviría todavía allí? Chrissy no conocía muy bien las leyes de la aristocracia relativas a la herencia. Sabía que el título lo ostentaba un tío de Blaze y que, aunque él hubiera sido el siguiente en la línea sucesoria, no podría obtenerlo, debido a que su madre nunca se había casado con su padre.

-¡Es ilegítimo! -había exclamado Elaine al enterarse- ¿Puedes creerlo? ¡Y en semejante familia!

-¿Has acabado? -preguntó Blaze repentinamente.

-Sí -respondió, dejando la taza a un lado. Podía sentir su impaciencia.

-Tengo que estar en Brighton a mediodía.

En el taxi, Blaze hizo una llamada con su teléfono móvil, refiriéndose en la conversación a caballos y un accidente con un lenguaje terrible. Chrissy hubiera querido taponarle los oídos a Rosie; le lanzó una mirada iracunda, pero él ni se dio cuenta.

Cuando el vehículo se detuvo, Blaze lanzó una mirada a su reloj; de repente se acordó de un detalle.

-¡El transporte!... Eso puede ser un problema.

-¿El transporte? -repitió Chrissy.

-¿Podrás tomar el tren a Reading?

Ella asintió.

-Muy bien, hazlo mañana por la tarde, ¿de acuerdo? -le dijo mientras abría el coche. Garabateó algo en una hoja de un taco de notas-. Llama a este número cuando llegues, y alguien acudirá en tu busca. Pregunta por el capataz...

-¿Por quién?

-Pregunta por Hamish -repuso lentamente-. Te llevará hasta la mansión.

Se acomodó en el asiento del conductor y arrancó rápidamente. Chrissy se dirigió a la casa con Rosie en brazos. Su casera, la señora Davis, la estaba esperando en el recibidor, completamente rodeada de bultos y paquetes.

-Parece que ha podido resolver sus problemas -dijo con retintín.

-Perdón, ¿cómo dice?

-No se crea que no sé quién es ese tipo. Anoche precisamente lo hablaba con mi Stan: «Mejor tarde que nunca», le dije. Parece que ha decidido por fin hacerse cargo de sus responsabilidades, ¿verdad?

-No sé de lo que me está hablando -dijo Chrissy dignamente, intentando cruzar el recibidor.

La señora Davis apretó los labios, enfadada por que su intento de acercamiento no hubiera obtenido respuesta.

-Él no quería que nadie lo supiera, ¿verdad? Pero cualquiera que tenga ojos en la cara se daría cuenta de que la niña es su vivo retrato: los mismos ojos, el mismo pelo... Podría haber vendido la historia a los periódicos. Sé que pagan un montón de dinero por esta clase de cosas...

Chrissy no podía creer lo que estaba oyendo, esa mujer estaba insinuando que Rosie era la hija de Blaze.

-Pe... pero si no... no es su hija -tartamudeó horrorizada-. No tiene nada que ver con él.

La señora Davis retrocedió, pero no se quedó sin decir la última palabra.

-Pero él paga el alquiler, ¿verdad? -dijo con una mueca.

¡Todo eso porque Rosie tenía el pelo negro y los ojos azules! ¡Menuda desvergüenza la de aquella mujer! Debía de pasar la mayor parte del tiempo leyendo periódicos sensacionalistas. Por suerte, ni siquiera con toda su maledicencia, entretendría a Chrissy mucho más tiempo.

Chrissy abrazó a la niña radiante de alegría.

-¡Tenemos un trabajo de verdad, Rosie! ¡Y podremos usar el coche! Te aseguro que el dueño de la casa va a comer como un príncipe -exclamó rebosante de confianza-. Haremos todo lo que pida.

Repentinamente se dio cuenta de que Blaze no le había dicho el nombre de su nuevo jefe, y al hablar de la casa se había referido a ella solamente como «la mansión», y ella, a pesar de conocer bien las casas que rodeaban su antiguo hogar, no era capaz de imaginar de cuál se trataba.

-Siento mucho haber llegado tan tarde -repitió Chrissy, intentando mostrarse lo más cordial posible.

-Ya -respondió secamente Hamish, en lo que parecía la muestra máxima de sus dotes oratorias: poco más había dicho desde que se encontrara con ella en la estación. En Londres, una amenaza de bomba había complicado muchísimo el tráfico ferroviario. A pesar de contar con esta justificación, Hamish siguió mostrándose igual de taciturno.

Era un escocés muy delgado, que aún conservaba algo de la apariencia de ex-jockey. Cuando se fijó en Rosie, su perplejidad se hizo manifiesta: evidentemente, no se esperaba una pareja como aquella, y Chrissy notó cómo se fijaba con disgusto en que no llevaba anillo de casada. Podía cortarse la tensión.

Chrissy se sentía muy inquieta ¿Por qué se había empeñado tanto Blaze en que aceptara ese trabajo? ¿Qué pasaría si su jefe se mostraba tan distante e hiriente con ella como Hamish?

Rosie se había dormido en sus brazos, completamente exhausta. Chrissy no se sentía mucho mejor, y lo único que deseaba era meterse en la cama. Ya se preocuparía al día siguiente por su futuro.

Ya era noche cerrada, y a la luz de los faros apenas se destacaban las sombras de los árboles y la entrada de los caminos; sin embargo, ella sabía exactamente cómo era el paisaje que los rodeaba, aunque no supiera exactamente adónde se dirigían. De repente, Hamish salió de la carretera y tomó uno de los caminos. Chrissy podía recordar que cuando ella vivía allí estaba impracticable, cubierto de maleza. Ahora estaba impecable.

-;Pero si es la casa de la señora Easton! -exclamó.

-Westleigh Hall -le corrigió Hamish.

-¡Si estaba casi en ruinas! -dijo, aunque ella no había visto nunca la casa, ya que se encontraba bastante apartada. Sin embargo, podía recordar a su dueña por haberla visto en la iglesia, donde destacaba por sus estrafalarios sombreros. Cuando la anciana murió, la casa se quedó deshabitada.

-Prácticamente -dijo Hamish secamente. Parecía que podía haber dicho mucho más, pero la miró y apretó los labios con firmeza.

Pasaron el portón y la casa del guarda. La mansión, de líneas irregulares, estaba construida con piedra gris, y apenas se podía distinguir ningún detalle en la oscuridad que les rodeaba.

Hamish aparcó y recogió el equipaje, mientras Chrissy salía con Rosie en brazos, procurando no despertarla. La puerta estaba abierta: Hamish entró primero, buscando el interruptor.

-No debe de haber luz -musitó.

-No puede ser -se lamentó Chrissy.

A tientas, Hamish se adentró en la casa y se puso a revolver en los armarios. Volvió con una linterna, y Chrissy pudo ver que se encontraban en medio de una cocina muy poco acogedora.

-Hay algo de comida en la nevera -dijo el hombre-. Yo me voy ya.

Y se fue. Chrissy se hundió en una silla, sólo quería llorar. No había calefacción, ni luz. Pero, ¿qué esperaba?, se dijo. No era una invitada de lujo, sino el ama de llaves. Levantándose, acomodó a Rosie en un destartado sillón, la tapó con su mantita y se dispuso a buscar una cama para ambas, rezando para que la niña no se despertara.

Subió las escaleras muerta de miedo: la luz de la linterna parpadeaba, envolviéndola en sombras amenazadoras. Abrió habitación tras habitación, alumbrando tres cuartos de baño completos, aunque sólo parecía haber un dormitorio amueblado.

Al final de un largo corredor, se abrió de repente un estrecho pasillo con un tramo de escaleras que debían de conducir, pensó, a la buhardilla. Aterrada, entrevió que faltaban varios peldaños.

Desde luego, Blaze no había exagerado al describirle las malas condiciones de la casa. Supuso que la única habitación amueblada había sido preparada para ella.

Entró en el dormitorio, donde había un diván y una gran cama de matrimonio. Tras abrir las maletas, preparó una camita en el diván para Rosie, que tenía el sueño muy inquieto. Chrissy estaba tan cansada que hubiera sido una tortura dormir con ella.

De nuevo en la cocina inspeccionó el contenido de la nevera: se limitaba a tres botellas de champán, un tomate pasado y embutido mohoso. Encontró galletas en un armario, aunque lo que de verdad le hacía falta era una taza de té caliente.

Por desgracia, la cocina no funcionaba. Con un suspiro, Chrissy renunció al té; tomó a Rosie en brazos y la acomodó en el diván.

Por supuesto, en el baño tampoco había agua caliente; temblando de frío se metió entre las frías sábanas, apagó la lámpara y se acurrucó para entrar en calor. Se durmió instantáneamente, agotada por todo lo ocurrido en los días pasados.

Y entonces fue cuando empezó un sueño que, a diferencia de todos los que había tenido hasta entonces, parecía tan real que por un momento creyó estar despierta. Después del frío que había pasado, se sintió arder en medio de una increíble ensoñación erótica.

Pero, desde luego, no podía ser real que unas manos masculinas la acariciaran por debajo del camisón. Tampoco podía ser ella la que reaccionara a tales caricias, la que notara cómo se le erizaban los pezones casi hasta dolerle. Y sobre todo, no era ella la que respondía ardientemente al hombre que la buscaba en la oscuridad con urgencia y deseo.

La excitación que la dominaba no podía ser real. Sentía dentro de sí una corriente de fuego, como plomo fundido corriéndole por las venas. Entonces, de repente, oyó en la oscuridad a Rosie, que se revolvía en su camita. Abrió los ojos y se quedó completamente despierta, sintiendo encima de ella el peso de un hombre!

Horrorizada, se deshizo del abrazo que la envolvía, y se separó de él.

-¡Suéltame! -gritó.

En ese momento ocurrieron dos cosas: de repente, quedó libre, y también notó la furia del hombre que tenía al lado. Ningún despertar podía haber sido más violento, más aterrador. Su sexto sentido le hizo saber antes de verle la cara quién había

intentado aprovecharse de su cuerpo mientras dormía, pero ante la revelación, casi hubiera preferido que se tratara de un perfecto desconocido.

-¿Qué diablos estás haciendo en mi cama? -gritó Blaze, mirándola furioso.

Capítulo 3

CHRISSEY lo miró detenidamente y cerró los ojos. -¿No... no te parece que deberías ponerte algo? -iQuiero una explicación! -exclamó Blaze. Chrissy, que mantenía los ojos cerrados, no podía olvidarse de su imagen. Un metro ochenta centímetros de virilidad y ninguna prenda de ropa para ocultarla. Estaba paralizada por la vergüenza, la incredulidad y el desconcierto. ¿Qué hacía él en aquella casa?

-¿Quieres marcharte de aquí? -le espetó, abriendo los ojos y captando una última visión de su cuerpo antes de que se pusiera los pantalones.

-iEsta es mi habitación!

Chrissy estaba temblando.

-Vas... vas a despertar a Rosie...

-¿Rosie? -exclamó Blaze con indignación. Se acercó a la cama y vio a Rosie en el diván, el bulto que formaba su cuerpo y el cabello rizado que asomaba por encima de las mantas-. ¿También ella está aquí? Podrían vernos... podrían verla. ¡Maldita sea!

Se inclinó, tiró de Chrissy, sacándola en brazos de la cama, y, dirigiéndose a la puerta, la dejó en el rellano del pasillo.

-Vamos abajo -dijo.

-Me gustaría saber qué estás haciendo aquí -dijo Chrissy, temblando de frío.

-Vamos abajo -repitió Blaze con arrogancia-. Y será mejor que tengas una buena explicación.

Chrissy, ignorando las palabras de Blaze, volvió a la habitación y se acercó a su maleta, que estaba abierta sobre el suelo. Sacó un suéter y se lo puso.

-Como despiertes a la niña, me voy a enfadar -dijo Blaze como si fuera un ángel vengador.

-Cuando está dormida, no se despierta ni con un terremoto -murmuró Chrissy.

-¿Y tengo que dar gracias por eso? -dijo Blaze bajando las escaleras de dos en dos.

-¿Cómo te atreves a ponerme las manos encima? -le preguntó Chrissy con rabia.

-iMaldita sea! ¡No sabía que eras tú! -dijo Blaze, y entró en la cocina, encendiendo la luz.

-Pensé que se había ido la luz -dijo Chrissy.

-Sólo estaba desconectada -dijo Blaze, y la miró directamente a los ojos-. ¿Qué estabas haciendo en mi cama?

-Es la única que hay en toda la casa -protestó Chrissy, preguntándose por qué se sentía culpable.

-Esta tarde tenían que haber traído los muebles -dijo Blaze, e hizo una larga pausa que aprovechó para estudiar a Chrissy detenidamente, con una mirada intensa,

en la que algo había cambiado-. Cuando he llegado, no me he fijado, he ido a conectar la luz y he subido para meterme en la cama.

-Ésta... ésta es tu casa, ¿verdad?

-Sí, y me pongo como el bebé Osito cuando me encuentro en mi cama a alguien a quien no he invitado -dijo Blaze con una sonrisa.

Westleigh Hall era suyo, pero no le había dicho nada a Chrissy al contratarla. Chrissy se sonrojó. Ante sí tenía al hombre que le había dado trabajo, Blaze Kenyon. ¿A qué estaba jugando? ¿Qué iba a ocurrir a continuación? ¿Le había ofrecido trabajo sólo para reírse de ella?

Tenía la impresión de que su nuevo jefe la había aceptado sin darle referencias y sin que tuviera experiencia porque andaría mal de dinero, pero el Ferrari de Blaze la obligaba a rechazar tal idea. Era difícil creer que Blaze no hubiera podido encontrar a alguien más adecuado para el puesto... a una mujer que no tuviera que cargar con una niña.

-No sabía que fuera tu cama... Es la única que he visto -volvió a decir-. Teníamos que dormir en alguna parte. No había luz, ni comida, ni calefacción...

-Dinero para comida -dijo Blaze dándole un fajo de billetes y una pequeña hoja de papel con una lista de la compra. Ambas cosas estaban sobre el frigorífico, que era más alto que ella. Con la única ayuda de una linterna, no podía haberlos visto.

-Llegamos a las diez y no he visto la nota.

-Yo esperaba cenar algo -dijo Blaze algo sombrío.

Chrissy entendió por qué algunas veces las mujeres desean ver muertos a algunos hombres. Pensó en su triste llegada a aquella casa y en la ausencia de alguien que los recibiera.

-Si los muebles no han llegado -dijo Blaze con impaciencia-, Hamish tenía que haberte llevado a su casa para pasar la noche con él y con Floss. ¿No estabas preparada para aceptar la oferta? Y eso parece llevarnos a lo que ha ocurrido entre nosotros...

-¡No quiero oír una palabra de eso! -exclamó Chrissy.

-¿Y por qué no? Un poco más y habríamos acabado haciendo el amor.

-¡No! -exclamó Chrissy estremeciéndose.

Blaze se fijó en sus largas piernas, que el suéter apenas ocultaba. Chrissy tenía una larga melena rizada y oscura que le caía a ambos lados de la cara, con luminosos mechones rojizos, realzando la profundidad de sus ojos verdes.

-Eres muy atractiva -dijo Blaze con un tono de voz diferente. Parecía un animal de presa abriendo sus fauces.

Chrissy lo miró e hizo esfuerzos por decir algo, lo que logró con dificultad.

-¿Quieres leche y azúcar con el café?

Se hizo el silencio. Chrissy pretendió no darse cuenta. Blaze no podía haber dicho en serio lo que había dicho, por supuesto que no. Lo único que había pasado era que había bordeado los límites de lo que debía ser su relación, que estaba en su

naturaleza relacionarse con las mujeres de un modo tan evidentemente físico. O tal vez que, después de haberla tocado, aunque ella estuviera medio dormida, se sentía obligado a exagerar la atracción que sentía por ella. Fuera lo que fuese, si seguía ignorándolo, acabaría por dejar de estremecerse al tenerlo cerca.

-Blaze...

-Una cucharada de azúcar, sin leche -dijo Blaze.

Chrissy se relajó y le sirvió una taza de café, que dejó a medio metro de él.

-Sólo muerdo en noches de luna llena -dijo Blaze-. Tómate un café conmigo.

No era una invitación, era una orden. Chrissy volvió a ponerse tensa y se dio cuenta de que, sin remedio, dependía de la voluntad de Blaze. Se sirvió un café y se sentó a la mesa junto a Blaze, con evidente fastidio.

-Ya sé que no te gusto, pero tranquilízate -dijo Blaze-, no me importa.

Involuntariamente, Chrissy se topó con la profunda mirada de sus ojos azules.

-Lo cual tiene el valor de la novedad -añadió Blaze lentamente.

-Mejor -dijo Chrissy, y contuvo un bostezo.

Blaze sonrió con ironía.

-Pero puede ser preocupante, si empiezo a cansarme de esa novedad -advirtió.

Eran las tres de la mañana y Chrissy no estaba de humor para juegos dialécticos.

-¿Dónde voy a dormir?

-Sube a mi habitación. Yo me quedaré aquí un rato.

Chrissy vaciló.

-¿Un rato?

-Mira -dijo Blaze de mala gana-, me niego a despertar a Hamish y a Floss. La cama es muy grande, puedo acostarme completamente vestido en la mitad que...

-¡No!

-¡Maldita sea! No pienso dormir en el suelo. No seas tan mojigata, ni siquiera te vas a dar cuenta.

Chrissy apretó los labios y, al ver la expresión decidida de Blaze, suspiró. Al fin y al cabo, la cama era muy grande y Blaze se iba a acostar completamente vestido.

Además, ella se levantaría mucho más temprano que él.

El ruido de un portazo la despertó a la mañana siguiente. Se incorporó sobre la cama y sacudió la cabeza para despejarse. La puerta golpeó otra vez, no estaba bien cerrada. Entonces entró una chica morena con pantalones y botas de montar, cruzó la habitación apresuradamente y recogió una cartera de ejecutivo que había sobre la cómoda. No vio a Chrissy hasta que se volvió para dirigirse a la puerta. Habría sido difícil saber quién de las dos se sintió más avergonzada.

-Perdón... Quiero decir, no sabía que hubiera alguien... -dijo la chica, fijándose en el montón de ropa de hombre tirada por el suelo. Apartó la mirada de la ropa, y de Chrissy, y añadió:- El señor me ha dicho que le baje esto.

-Muy bien... -musitó Chrissy, y la chica salió de la habitación.

Miró de reojo al lado vacío de la cama y se maldijo por no haber puesto el despertador la noche anterior. No necesitaba preguntarse qué había pensado aquella chica, porque lo tenía escrito en el rostro. Consultó el reloj, eran más de las nueve. Blaze habría asumido que ya estaba levantada.

Saltó de la cama, se quitó el camisón y se puso un pantalón y una camiseta negros.

-¡Rosie, es hora de levantarse!

Pensaba que su hermana seguía dormida, pero el diván estaba vacío. No podía empezar a llamarla a gritos como una loca, de modo que fue por la casa mirando en todas las habitaciones, hasta que llegó, sin aliento, a la cocina. Estaba vacía, pero vio a su hermana entre los arbustos que había en el jardín trasero. Blaze sostenía su mano mientras hablaba con Hamish.

-Yo me ocupé de ella -dijo Chrissy irrumpiendo entre los dos hombres.

-Buenos días, señorita Hamilton -dijo Hamish.

Al otro lado del jardín estaba la chica morena, hablando con otra chica sin dejar de observar a Chrissy, que sentía una gran vergüenza al imaginar lo que a buen seguro estaba diciendo.

-Lo siento, no me acordé de poner el despertador -dijo.

-Tenías que dormir, y yo me levanté a las cinco y media. Floss nos va a dar el desayuno -dijo Blaze.

-¿La has vestido tú? -le preguntó cuando Hamish se alejó.

-¿No lo dirás en serio? Ha sido Floss, le encantan los niños y no ha podido tener -dijo Blaze y siguió a Chrissy hasta la puerta-. Se ha ofrecido a cuidar de ella mientras tú vas a la compra.

-Es muy amable, pero...

-Me ha recordado que no tengo sillita para niños en el Land Rover.

-Pero sólo hay tres kilómetros al pueblo.

-No. No puedes aceptar riesgos así, si quieres trabajar para mí. ¿Está claro?

Chrissy se enfureció. Por nada del mundo quería aprovecharse de Floss, que debía de ser la esposa de Hamish. Era su primer día de trabajo y ya lo había empezado mal, levantándose tarde y no ocupándose del desayuno.

-Sí.

-Hay un taller de repuestos en el cruce, puede que tengan sillitas. Si no tienen, tendrás que ir a Reading -dijo Blaze poniendo un fajo de billetes sobre la mesa.

Chrissy apretó los dientes.

-Cuando me pagues, voy a deberte el sueldo de un mes.

-No me sirves de nada si no puedes moverte -dijo Blaze dándole las llaves del coche-. Y no puedes andar por ahí sin un céntimo. Puedes devolverme el dinero a plazos cuando estés bien instalada.

-Gracias -dijo Chrissy mirando el suelo.

-Cuando vuelvas, averigua dónde están mis muebles. El número está subrayado en el bloc.

Mientras subía las escaleras, Chrissy pensó en lo mucho que empezaba a deberle a Blaze. El le estaba dando una oportunidad cuando la mayoría de la gente ni siquiera se habría molestado, él hacía posible que su hermana y ella pudieran sobrevivir. Pero, ¿por qué? No podía dejar de preguntarse cuáles eran sus motivos. No podía pensar en él como en el buen samaritano. ¿Sentía lástima por ella? ¿O le divertía darle trabajo a una Hamilton? Cuando su padre lo supiera, se pondría furioso.

-¿Hay alguien en casa?

Una mujer gruesa, con el cabello rubio y canoso, entró en el vestíbulo.

-Soy Floss, la mujer de Hamish. No le perdono que anoche no la trajera a casa para, por lo menos, tomar una taza de té.

Floss era tan cálida y amable como su marido frío y distante. Al cabo de unos minutos estaba ayudando a Rosie a ponerse su abrigo para llevársela a su casa, con el beneplácito de Chrissy.

-Me sienta muy mal tener que dejártela así -confesó Chrissy.

-No seas tonta. Tú concéntrate en organizar esta casa. Blaze... bueno, es un buen jefe, pero espera resultados.

Chrissy se dio cuenta de la advertencia.

-Me sorprende que no te ofreciera el empleo a ti.

-Lo hizo, pero yo le dije que no -dijo Floss riendo-. Lleva muchas horas. Cuando esté aquí, no vas a parar de trabajar. Yo sólo habría aceptado algo a tiempo parcial.

Un Land Rover completamente nuevo estaba aparcado frente a la casa. No era el vehículo en que la había llevado Hamish la noche anterior.

-¿Tengo que conducir este coche? -preguntó Chrissy con desmayo.

-¿No sabes conducir? -le preguntó Floss.

-Sí, pero esperaba que fuera un coche más pequeño.

Era un coche precioso, aunque más grande y con más potencia de todos los que ella había conducido hasta entonces, y a medio camino del taller empezó a disfrutar de su conducción. Era un placer disfrutar de un medio de transporte propio, aunque el precio de la sillita de coche para bebés rebajó su entusiasmo. Por semejante precio podrían haberle dado un trono dorado. El sueldo de una semana, pensó, cuando todavía le quedaban muchas cosas que comprar.

La villa de Sotton no había cambiado mucho. El pub había sido remozado y le habían cambiado el nombre, y habían ampliado el supermercado. Fue un alivio no encontrar en él caras conocidas. Llenó el carrito con todo lo que se le antojó y se dirigió al coche. Cuando estaba cargando la última bolsa, se desencadenó el desastre.

-Chrissy... -dijo una voz femenina que denotaba incredulidad.

Chrissy giró sobre sus talones. Su hermana, Elaine, se dirigía a ella desde un Porsche blanco. Mientras hablaba, Elaine se bajó del coche.

-¡No puedo creerlo! ¿Qué estás haciendo aquí?

-La compra -dijo Chrissy cerrando el maletero del Land Rover-. ¿Cómo estás? ¿Y Steve? -dijo inclinándose para ver si su cuñado estaba en el Porsche.

Elaine hizo un gesto de desdén.

-No está aquí -dijo-. ¿Haciendo la compra? ¿Para quién estás haciendo la compra?

-Trabajo de asistente -dijo Chrissy, decidiendo dar las malas noticias de una vez.

-¡Dios mío! -exclamó Elaine con horror-. ¿No lo dirás en serio?

Chrissy se puso pálida.

-Mira, tengo que irme. Te agradecería que no se lo dijeras a papá a no ser que tengas que...

-Oh, ya se lo dirás tú -dijo Elaine con sarcasmo-. No me costó decirle que Belle había muerto, pero esto... esto es como una broma pesada. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ha ocurrido trabajar de asistente?

-En realidad soy más cocinera que asistente -dijo Chrissy, que sintió escalofríos ante la referencia de su hermana a la muerte de su madre. Lo mismo habría dado que estuviera hablando de un primo lejano.

-Vamos al pub, te invito a tomar algo -dijo Elaine.

-No tengo tiempo.

-Si no te quedas a tomar algo, iré a decírselo todo a papá inmediatamente -amenazó Elaine.

La amenaza surtió efecto. Chrissy sabía que su padre acabaría por saber dónde estaba, pero quería retrasar el momento el mayor tiempo posible. Entonces, muy probablemente, Jim Hamilton se dirigiría al Hall y haría una escena, y cuando eso ocurriera, ella quería tener el puesto de trabajo asegurado.

Observó a Elaine entrar en el pub, con paso elegante, y su tipo de modelo, mesándose los cabellos, consciente de que todos los hombres del lugar se fijaban en ella. Estaba muy guapa, como siempre. Al igual que Rory, se parecía a su madre. Chrissy, por su parte, era una copia exacta de su abuela, de modo que a Elaine y a ella nadie las tomaba por hermanas.

Desde que era pequeña, la comparaban con su hermana mayor, siempre con un resultado desfavorable para ella. Incluso su madre lo hacía.

-Es una pena que no seas como tu hermana y como yo -le dijo suspirando una vez.

Chrissy había sido un accidente, no un embarazo planeado. Elaine la llevaba diez años y Rory doce, y tal diferencia de edad la convirtió en una niña solitaria, expuesta a las burlas de sus hermanos mayores. Hasta cierto punto, llegar a la pubertad, en la que se convirtió en una chica muy poco atractiva, se convirtió en un alivio. Era como si encontrara consuelo en permanecer aislada, no querida. Pero cuando todas sus amigas empezaron a salir con chicos, se sintió sola. Empezó y abandonó sucesivas dietas con monótona regularidad.

-Deberías volver a poner eso en la nevera -le dijo Blaze una vez refiriéndose a una tableta de chocolate, mientras estaba en su casa esperando a su hermana-. ¿O quieres comer hasta ponerte mala?

-Está gorda como una vaca -dijo Elaine-, igual que la abuela. Yo me moriría si estuviera como ella.

-Comer no te va a devolver a tu madre -dijo Blaze, demasiado perspicaz incluso

para su propio bien.

Elaine se sentó junto a ella, devolviéndola al presente.

-¿Por qué nos haces esto? -le preguntó-. Belle ya se encargó de hacernos pasar el ridículo.

-Necesitaba trabajo y fue el único que me ofrecieron -dijo Chrissy-. ¿Steve vive contigo?

-Le he dejado... aunque él no lo sabe todavía -dijo Elaine-. Ya se lo diré cuando llegue la ocasión.

-Lo siento...

-No lo sientas. He dejado que piense que he prolongado mi visita a papá, pero no tengo planes para volver a Edimburgo. Antes o después se enterará.

Chrissy sentía aprecio por su cuñado. Le parecía un hombre amable y tranquilo y, al menos hacía tres años, completamente enamorado de Elaine.

-¿Qué ha ido mal? -preguntó con interés sincero.

-En realidad, nada -dijo Elaine encogiéndose de hombros-. El dinero ha sido un problema, pero hasta hace muy poco papá nos ha ayudado.

-¿Y ahora ya no lo hace?

-Bueno, se ha puesto un poco pesado, pero no es por eso por lo que dejó a Steve -dijo Elaine-. No, lo he decidido en cuanto oí que Blaze volvía.

-¿Blaze? -repitió Chrissy con perplejidad.

Con una brillante sonrisa, Elaine se recostó en su silla, complacida de haber despertado el interés de su hermana.

-Quiero que vuelva a...

-¿Qué?

-¿Crees que no puedo? La última vez lo estropecé todo por ser demasiado impaciente, pero ahora pienso tener mucho más cuidado.

-Elaine, saliste con él hace cuatro años, y ni siquiera estuvisteis juntos mucho tiempo...

-No sabes por qué nos separamos. Quiero volver con él. Me casé con Steve por despecho. Blaze se habría olvidado de aquel asunto con el viejo -dijo Elaine con cierto nerviosismo, como si se hubiera puesto a la defensiva-. No fue culpa nuestra, y a Blaze ni siquiera le gustaba el viejo...

-¿Qué viejo? -dijo Chrissy frunciendo el ceño.

Elaine se puso tensa.

-¿Cómo ha salido este tema? No tiene nada que ver contigo.

-Me gustaría saber de qué estás hablando.

-Es agua pasada, y no es asunto tuyo -dijo Elaine,apuró su copa y se levantó-. Todavía no me has dicho para quién trabajas.

-No lo conoces -dijo Chrissy.

En realidad, pensaba, era ella quien no lo conocía. Elaine hablaba de su relación con él como si hubiera sido el romance de la década, pero ella jamás lo vio así, nadie lo vio así. Su padre se negó a reconocer que Blaze había dejado a su hija, nadie podía

abandonar a su hija, y cuando eso sucedió, Jim Hamilton se lo tomó como una ofensa personal.

-De modo que se cree que no eres lo bastante buena para él -decía-. Pues si tengo oportunidad, pienso demostrarle de qué pasta está hecho un Hamilton.

-No seas infantil -le dijo Elaine, devolviéndola de nuevo a la realidad.

-Si no lo sabes, no se lo dirás a papá -dijo Chrissy con tranquilidad.

-No importa, no creo que fuera a verte -dijo Elaine-. Pero no me creo que seas tan pobre, no puede ser.

-¿Me estás ofreciendo un préstamo?

-No.

A Elaine se le escapaba el dinero entre los dedos, pero no era dada a los impulsos caritativos.

Chrissy suspiró.

-Supongo que tengo que decírtelo. Necesitaba el dinero porque tengo que criar a una niña.

A medio camino del Porsche, Elaine se paró en seco y miró a su hermana con horror.

-¿Una niña?

-Una niña.

-¿Cómo puedes ser tan tonta? -le espetó Elaine-. Nos quieres arruinar, ¿verdad? Como si no tuviéramos bastante con Belle.

Chrissy volvió a Westleigh con muchas cosas en la cabeza. Elaine se había presentado portando un secreto. ¿Quién era el viejo? ¿Quién no había tenido la culpa de qué? Había hablado de culpa en plural y también había dicho que a Blaze no le gustaba el viejo... Chrissy frunció el ceño. ¿Se referiría Elaine al último lord Whitley, el abuelo de Blaze?

Pero no podía ver ninguna conexión. El viejo conde había muerto de un ataque al corazón dos meses después de que Blaze hubiera cortado con su hermana, y Elaine se había casado una semana después del entierro. Aquellos días, precisamente, ella se tropezó con Blaze de improviso, y aprendió en sus propias carnes que no todo el mundo recibe con buenas maneras unas palabras de afecto y consuelo.

Hamish le impidió llegar con el coche a la parte de atrás de la casa.

-Sólo los caballos pueden ir a la parte de atrás -le dijo secamente.

-Lo siento -dijo Chrissy tragando saliva.

-El señor la está buscando -dijo Hamish.

Iba por el camino de entrada cuando un hombre alto de pelo corto salió por la puerta y se acercó a ella.

-Deja que te ayude.

-Voy por otras dos -dijo Chrissy con una sonrisa de agradecimiento.

-Soy Pierce Balfour, uno de sus nuevos vecinos -dijo el hombre-. Y tú sólo puedes ser Chrissy...

-Quizás, mientras charlas con ella, Pierce, puedas averiguar qué hacía en el pub

en horario de trabajo. Chrissy se topó con la fría mirada de Blaze y se le hizo un nudo en la garganta.

-Sólo han sido diez minutos...

-Hamish te ha visto -dijo Blaze desde la puerta-. Puedes hacer lo que quieras con tu tiempo, pero no con el mío.

-No volverá a ocurrir -murmuró Chrissy.

-¿Y cuándo tienes tiempo libre? -dijo Pierce con interés-. Es fantástico tener caras nuevas por aquí. Me gustaría invitarte a cenar.

-En el paquete va incluida una niña -dijo Blaze con sarcasmo-. Y ahora mismo, no tiene tiempo libre.

Sonrojada y furiosa, Chrissy se dirigió a la cocina para dejar un par de bolsas. Al volver a salir, oyó que Pierce le decía a Blaze que ya no estaban en el siglo diecinueve y si estaba bromeando en cuanto a lo de la niña. Cuando volvió a pasar, oyó a Blaze comentar los peligros de una relación con una madre soltera. Las madres solteras solían pegarse a los hombres con los que salían como lapas.

Furiosa, Chrissy desempaquetó en tiempo récord. No podía recordar la última vez que había salido con un hombre, pero después de aquellos comentarios, tampoco saldría con Pierce, suerte tendría si volvía a mirarla. Quien hubiera dicho que las mujeres eran los animales más chismosos de la creación se había equivocado.

Reconoció las pisadas de Blaze.

-¿Quieres comer? -le preguntó con frialdad.

-Lo he dicho por tu propio bien. Estaba pensando en Rosie. A Pierce no le gustan los niños -dijo Blaze.

-¿Quieres comer? -repitió Chrissy.

-Tampoco es bueno que te acostumbres a ir al pub, los vecinos se van a hacer una idea equivocada de ti.

Chrissy dio media vuelta. Aquello era el colmo.

-¡Yo no me he acostumbrado a ir al pub! ¡Y no quiero que te metas en mi vida personal!

-Tu vida personal es un desastre -murmuró Blaze secamente-. Necesitas ayuda.

-¿De verdad? -replicó Chrissy con rabia contenida y con frustración. De repente, no sabía por qué, deseaba decirle a Blaze toda la verdad acerca de Rosie-. ¿Estás diciendo que mi vida es un desastre porque tengo a Rosie? ¿Es que tu madre sentía lo mismo por ti?

-No hacía ni dos semanas que llevaba casada -dijo Blaze sin parpadear- cuando se encontró a mi padre en la cama con su secretaria. Quiso anular el matrimonio, pero mi padre no aceptó. Cuando yo tenía cinco años, me dijo que en toda su vida sólo había querido a Jaime, pero eso no le impidió acostarse con todos los hombres que se cruzaban en su camino, con la esperanza de reemplazarlo.

Chrissy se quedó pálida, y, de repente, dejó de sentir rabia. Estaba sorprendida por la franqueza de Blaze.

Sabía muy poco de lady Barbara Kenyon, ya que había muerto antes de que su

familia se trasladara a vivir a Berkshire, dejando que Blaze fuera educado por su abuelo. Pero recordaba haber oído decir a alguien que Blaze era «igual que su madre».

-¿Qué edad tenías cuando murió?

-Once años.

-¿Cómo eras? -le preguntó Chrissy, observando a Blaze detenidamente, buscando en su rostro el rastro del niño que había sido.

-Demasiado bueno -dijo Blaze con ironía-. Me echaron de todos los colegios privados habidos y por haber. Tenía que ser más duro que los demás para poder sobrevivir.

Se hizo el silencio entre ellos y Chrissy pensó en aquel rostro endurecido por las experiencias de la vida. La mirada de Blaze seguía siendo intensa y los rasgos muy masculinos, denotando una abrumadora seguridad en sí mismo. Sin embargo, Chrissy no podía dejar de pensar en lo solo que había estado cuando era pequeño y empezaba a comprender cuál era la fuente de su cinismo.

-Demonios -dijo Blaze-, ya veo que también tienes tendencia a la compasión. Eres como un bombón con el corazón derretido. No te fíes de las historias tristes que te cuente un hombre. Si no te conociera, diría que eres virgen -dijo sometiéndole a Chrissy a una intensa mirada-. Pero en estos tiempos sólo encuentras vírgenes de tu edad en los conventos.

-Dime una cosa, ¿tienes que sacar el tema del sex... sexo en todas tus conversaciones?

Blaze se echó a reír a carcajadas.

-No sé por qué tu familia se molestaba tanto por tu tartamudeo, es encantador. Me parece muy atractivo. En cuanto a por qué siempre tengo que sacar el tema del sex... sexo, es obvio. Porque pienso en él.

Chrissy apartó la mirada. ¿Su tartamudeo atractivo? Un punto de vista sorprendente para un hombre famoso por su gusto por las mujeres despampanantes y descaradas. Se estaba riendo de ella, burlándose, igual que un hermano mayor, se dijo. Pensaba en ella como una mujer inocente, casi virgen, porque se sonrojaba al oír hablar de sexo, eso era todo.

Probablemente le divertiría todavía más saber que había acertado. Pero si no había hecho el amor, no había sido por propia elección. Si hubiera seguido en la universidad, podría haber tenido alguna oportunidad de salir con alguien, pero con Rosie no pudo. Además, las experiencias de su madre y de Elaine le hacían ser muy precavida. No le parecía muy buena idea meterse en la cama con alguien a quien no conociera bien.

-Floss viene a rescatarte -murmuró Blaze-. En cuanto a mí, procura no olvidar que soy un bastardo por nacimiento y naturaleza.

-No te preocupes, no lo olvidaré -dijo Chrissy, cuando, en realidad, ya empezaba a pensar de otro modo. Blaze la desconcertaba, y no sabía cuál sería su próximo paso, porque no se ceñía a los límites que esperaba de él.

-No voy a comer en casa, voy a estar dos días en Newmarket. Los obreros

volverán en lunes, vigila las obras y... sí, los muebles llegan esta tarde. Decide dónde quieres poner...

-¿Quieres que yo decida dónde van los muebles? -preguntó Chrissy sorprendida. En ese mismo instante Floss entraba en la cocina con Rosie de la mano.

-Y no me decepciones -dijo Blaze-. Lo único que quiero es convertir esta casa en un hogar habitable.

-¿Eso es todo? -repitió Chrissy-. Yo no puedo hacer eso, lo que necesitas es un decorador.

-Ya ha echado a dos -dijo Flass con humor.

-¿Y tú crees que a mí se me va dar mejor? -preguntó Chrissy.

-No creo que se te dé peor. Y compra una cocina. La que quieras.

-Pero si no sé cuáles son tus gustos.

Hamish entró por la puerta interrumpiendo la conversación.

-¿Listo, señor?

Chrissy observó marcharse a los dos hombres. Le daba vueltas la cabeza.

-Ponle delante un caballo o una mujer y está en su elemento. Ponle delante una casa y saldrá corriendo -dijo Floss riendo a carcajadas-. Imagina que tú tienes la varita mágica para ayudarle a decorar la casa.

Chrissy pensó que tenía ganas de romperle la crisma. Era un hombre con preferencias muy tajantes y no tenía ningún derecho a delegar en ella una tarea exclusivamente suya. Ella no quería tal responsabilidad. De todas formas, de no ser por ese pequeño detalle, la perspectiva de decorar una casa le parecía muy divertida.

-Siento mucho el comportamiento de Hamish -dijo Floss-. No es por ti, es por tu padre. Hamish y yo llevamos toda la vida trabajando para la familia Whitley. Lord Whitley era un hombre honrado, a pesar de que era muy estirado. No merecía que alguien se aprovechara de él como...

-¿Cómo qué? -preguntó Chrissy, sin saber de qué hablaba Floss, pero con una desesperada necesidad de saberlo.

Floss frunció el ceño.

-No lo sabes... ¿De verdad no lo sabes?

-No tengo ni idea de qué estás hablando -dijo Chrissy-. Cuéntamelo.

Floss suspiró, se sentía incómoda.

-Si lo hubiera sabido, no habría dicho nada... Bueno, no te preocupes por Hamish, ya se acostumbrará a ti. Esmuy terco, pero...

-Floss, ¿qué tenía que ver mi padre con lord Whitley?

-No tengo derecho a decírtelo -dijo Floss haciendo ademán de salir de la cocina-. Y no se lo preguntes a Blaze, no hay por qué volver a recordárselo. Pero no tienes que preocuparte por nada, Blaze no te habría contratado si tuviera algo contra ti.

Era evidente que Floss creía que había sido indiscreta y que ni un terremoto sería capaz de hacerla hablar. Abandonó la cocina, dejando a Chrissy a solas con sus pensamientos.

No le preguntaría nada a Blaze, pero de alguna manera tendría que desentrañar

el misterio que Floss había sugerido. Tenía que tratarse de algo lo bastante incómodo y desagradable como para silenciar la alegre chachara de Floss, sin duda, el mismo tema que Elaine no había querido aclarar, algo ya preocupante, porque, normalmente, Elaine no tenía el menor problema en sacar a la luz su más oscuro pasado.

Capítulo 4

CHRISSEY estaba vistiéndose a Rosie cuando Blaze irrumpió en la cocina. Sobresaltada, centró su atención en abrochar el último botón del jersey de su hermanita, maldiciéndose por llevar un camisón tan revelador y porque no le hubiera dado tiempo a peinarse.

-¿Cuán... cuándo has vuel.. vuelto? -preguntó por fin.

Rosie emitió unos ruiditos de contento y alargó sus manitas hacia Blaze, quien la levantó con una sonrisa.

-Ayer noche.

Nerviosa, Chrissy se cruzó de brazos.

-Estoy vistiéndose aquí a la niña porque esta habitación es más caliente...

-Espero que eso no suponga un gran problema -dijo Blaze, mirándola tan intensamente con sus azules ojos que ella se sintió aún más turbada.

-Iré a vestirme y luego prepararé el desayuno -dijo, empezando a sonrojarse.

-No tengo prisa. Siento bastante curiosidad...

Ella se volvió desde lo alto de la escalera; en un momento él se puso a su lado.

-¿Po... por qué? -preguntó ella con indisimulada ansiedad.

-Por esto -dijo mientras abría la puerta de su dormitorio-. ¿Cómo lo hiciste?

-¿Hacer el qué? -preguntó Chrissy mientras intentaba recuperar a Rosie, pero la niña no quería irse con ella.

Blaze le puso una mano en la espalda y la empujó al interior de la estancia.

-Estuve a punto de sacarte de la cama de madrugada y preguntarte.

-¿Preguntarme el qué? -dijo Chrissy francamente angustiada, mientras con la mirada recorría el dormitorio intentando descubrir qué era lo que había llamado su atención. Se había pasado el día anterior escogiendo, desembalando y colocando los muebles.

-Floss nunca estuvo en mi dormitorio en la otra casa, de modo que no ha podido ser ella -dijo Blaze-. Así que, ¿cómo lo hiciste? Cuando llegué no podía dar crédito a mis ojos: aunque la casa es distinta, la habitación ha quedado exactamente igual, ¡incluso has puesto las figuritas en su sitio!

Chrissy se había quedado paralizada, mirando fijamente los adornos de porcelana que él le señalaba, totalmente estupefacto por su intuición. Apenas podía creer lo que su subconsciente había hecho sin que ella se diera cuenta, utilizando sus recuerdos olvidados para recrear la habitación. ¡Cómo había podido ser tan estúpida!

-Y tú nunca viste mi habitación en la otra casa...

Chrissy tenía el rostro ceniciento y no paraba de temblar, intentando

desesperadamente conciliar los confusos recuerdos del pasado para inventarse una historia que sonara creíble. Parecía que hasta el más pequeño detalle de la antigua habitación de Blaze hubiera quedado grabado en su memoria.

-Sí..., sí es... estu...ve una... una vez -logró articular al fin-. La vi en... en una de... de esas vi...visitas turísticas.

-¡Pero si no permitíamos la entrada a las habitaciones de la familia!

-Pu...pues la... vi -insistió a la desesperada, deseando que se la tragase la tierra.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Blaze repentinamente-. Estás pálida como un fantasma.

En ese momento se oyó un ruido en las escaleras, y Chrissy se volvió dando gracias por la interrupción. Al poco, apareció Hamish en el umbral y se les quedó mirando con sus ojos de hielo; parecía un tanto escandalizado por su actitud y por el atuendo de ella.

-¿Chrissy? -preguntó Blaze.

Enrojeciendo hasta la raíz del pelo, ella tomó en brazos a Rosie y salió de la habitación.

-I... iré a pre... preparar el de... desayuno -musitó.

-Vístete primero -le recomendó Blaze secamente-. No tienes por qué dar el espectáculo delante de los obreros.

Tuvo que refrescarse un buen rato para calmarse. Si hubiera sabido que él había vuelto, no se le habría ocurrido bajar a la cocina en camisón. ¡Le había dado un buen motivo para mostrarse sarcástico! Pero la mortificación sufrida palidecía al lado de la que había sentido ante la mirada de Hamish, quien al verla en camisón en la habitación de Blaze, debía haber pensado lo peor de ella.

Blaze, aparentemente ajeno a la evidente tensión, se sentó en la cocina para desayunar, iniciando una conversación de negocios con Hamish,

«Jockey Club..., caballo ganador..., carreras de vallas.... Sandown...». Chrissy apenas oía retazos de la conversación, totalmente centrada en el mundo de la hípica, mientras servía café a los dos hombres y trajinaba con los platos. Tenía que hacer auténticos esfuerzos para que no le temblaran las manos, y sentía que Blaze había empezado a desmoronar el muro interior que se había construido hacía tres años bajo el que había enterrado los amargos recuerdos de aquella noche tan lejana.

Sucedió la víspera de la boda de Elaine. Chrissy había estado en la iglesia arreglando las flores, y al volver a casa, atajó por el poco frecuentado camino de Torbald Manor.

Al llegar a la primera curva tuvo que frenar bruscamente ya que un Porsche plateado que parecía haber chocado con un roble ocupaba la mayor parte del camino. Por supuesto, reconoció el coche al primer vistazo y, naturalmente, a la vista de lo que parecía un accidente, se detuvo. Con el corazón latándole con fuerza, inspeccionó el interior, pero el coche estaba vacío.

Cuando volvía a su coche, oyó lo que parecía el romper de cristales en las cercanías. En ese momento debió haber seguido su camino sin detenerse, pero en vez

de eso, no pudo reprimir su curiosidad y se dirigió a los árboles al lado del camino. Era un atardecer cálido de verano, y la luna empezaba a brillar. Vio a Blaze apoyado en un árbol, con un hilillo de sangre en la sien, manando de una brecha. A pocos metros había una botella de whisky rota, y se podía notar un fuerte olor a alcohol.

Aunque en circunstancias normales nunca se hubiera acercado a Blaze, en ese momento no pudo hacer otra cosa que dirigirse a él.

-Has... has te... tenido un... un accidente -dijo-. Ne... necesitas un... un... un me... mé..., dico.

-Estás en una propiedad privada -respondió Blaze tan orgulloso como de costumbre-. Lárgate.

-No... no pue... pue... do de... de... dejarte así -protestó Chrissy con vehemencia.

-¿Por qué no? -repueso Blaze agriamente, volviéndose a Chrissy y mirándola con ojos enfebrecidos.

-No... no pue... puedo. Has... has te... te... tenido un accidente.

-¿Y? -dijo encarcando una ceja.

-Deberías estar en un hospital, ¡y no puedes beber en este estado!

-¡Perdón enfermera! Ya lo intentaré mañana

A pesar de sus sarcasmos, parecía muy vulnerable. De repente ella se acordó de que su abuelo acababa de morir. Debía de estar destrozado. A pesar de lo que se decía en la comarca acerca de las malas relaciones entre ambos, parecía muy afectado por la muerte del anciano. Se acercó a su lado.

-Mi más sincero pésame -dijo suavemente.

-«Pésame» ¡Qué bonito! ¿Crees que por mucho que lo sientas el viejo va a resucitar?

-Yo sólo quería ser amable -dijo Chrissy humildemente.

-Y yo sólo querría poder decir lo siento -murmuró Blaze como si ella no estuviera allí.

-Puedo llevarte a tu casa y llamar a una ambulancia.

-Decir perdón por estar vivo -continuó Blaze-, él siempre parecía echármelo en cara. ¿Sabías que mi concepción fue inmaculada?

-Si dejas que te ayude, te llevaré a casa -dijo Chrissy ya desesperada.

-Las mujeres siempre quieren llevarme a casa. Y eso que a ti ni siquiera te conozco -dijo, temblando aún con más fuerza.

Estaba tan aturdido que no la había reconocido, y por extraño que fuera, eso la hizo sentirse más audaz. Levantándose, le agarró con determinación el brazo.

-Vamos -insistió-. Te llevaré a tu casa.

-De acuerdo -concedió.

Con ayuda de Chrissy se fue incorporando, pero le fallaron las fuerzas y casi cayó de nuevo sobre ella, que quedó atrapada entre su cuerpo y el tronco del árbol. Chrissy consiguió librarse de su peso con dificultad, y lentamente, le fue llevando hacia el camino. Él se acomodó en el coche con sorprendente facilidad.

Torbald Manor estaba completamente a oscuras. Nadie respondió al timbre.

-No hay nadie -murmuró Blaze-. Les he mandado a todos a casa.

-¿Tienes la llave?

Le ayudó mientras recorrían varias estancias hasta que llegaron al pie de las escaleras. Blaze parecía totalmente incapaz de mantenerse en pie, y apenas pudo indicarle dónde estaba su dormitorio. Aliviada, Chrissy se dirigió al teléfono, y justo cuando marcaba el número del médico, él pareció reconocerla al fin.

-¡Santo cielo! ¡Pero si es la pequeña Chrissy Hamilton! ¡Pensar que parecía una mosquita muerta! -barbotó mientras se abalanzaba hacia ella.

-No... no sé de... de qué me hablas -exclamó, intentando zafarse- ¡Me estás haciendo daño!

-Yo creo que te gusta -rió Blaze, echándole su cálido aliento en la cara y devorándola con ojos brillantes-. Chrissy Hamilton en mi dormitorio, deseando jugar a los médicos.... ¡Menuda sorpresa!

-No te entiendo -murmuró Chrissy temblando, casi hipnotizada por su mirada.

El la abrazó con más fuerza, con el rostro contraído en una mueca salvaje.

-Ahórrate el numerito, nena ¿Crees que no sé lo que quieres? -susurró lascivamente-. Esos ojazos verdes me dicen qué es lo que estás buscando.

Chrissy no podía pensar con claridad, paralizada por la oleada de sensaciones que experimentaba. Sentía el calor del cuerpo de Blaze que hacía arder el suyo, podía sentir su olor masculino. Apenas podía respirar, abrumada por un cúmulo de sensaciones que nunca había experimentado.

Entonces Blaze la besó.

Aquello fue lo peor, se dijo a sí misma, volviendo por un instante al presente. Pero en ese momento la poseyó el recuerdo de lo que había sentido entonces, la manera en la que había perdido el control, cómo había derribado sus defensas por completo ante la violenta y ardiente caricia de sus labios. En unos segundos sintió que su cuerpo respondía a deseos y sentimientos que nada tenían que ver con lo que le advertía su inteligencia. Nunca hasta ese momento había entendido lo que significaba caer en la pasión, y haberlo descubierto en brazos de Blaze Kenyon le hacía sentirse profundamente humillada.

Se daba cuenta de que él no la deseaba, sólo pensaba que ella sí lo deseaba a él. Siempre recordaría la expresión de disgusto con la que él la había apartado de su lado. No le hizo falta decirle que la encontraba gorda y poco atractiva: su mirada fue mucho más elocuente. Cayó sobre la cama atontada, mientras él le lanzaba una andanada de improperios; incapaz de mirarlo, fue en aquellos momentos cuando se quedaron impresos en su memoria todos los detalles de la habitación.

Aunque hizo lo posible por no escucharle, podía recordar todas las barbaridades que él le dijo, desde que él no la tocaría ni muerto, hasta que ella sólo era una chiquilla estúpida que seguramente acabaría muy mal. También le dijo que, de encontrarse mejor, él mismo hubiera ido a casa de su padre para decirle la clase de hija que tenía. Aterrorizada, pensó que si su padre se enteraba, la mataría. No hizo ningún intento por defenderse, ya que su propia debilidad había bastado para derrotarla.

-¡Vete al infierno! -le había gritado Blaze al fin, echándola de la habitación. Ella se fue corriendo, llorando y sintiéndose enferma por la humillación recibida.

-Chrissy, ¿estás bien? -preguntó Blaze sacándola bruscamente de su ensimismamiento-. ¿Qué te pasa hoy? -continuó extrañado-. Te he dicho que me gustaría almorzar pronto.

-Mu... mu... muy bien -tartamudeó.

Blaze se levantó de la mesa mirándola intrigado, descolgó su chaqueta y se dispuso a salir, con la niña pe-, gala a sus talones.

-¡Rosie! -exclamó Chrissy yendo tras ella.

-Puede venirse conmigo un rato, y así tomar el aire. Te la traeré si enreda demasiado -dijo Blaze dándose la vuelta y levantando a Rose en sus brazos.

-El patio no es un sitio adecuado para los niños -intervino Hamish secamente.

-Pero esta niña vive aquí -dijo Blaze tajante, llevando de la mano a Rosie-. Le conviene aprender lo que puede hacer y por dónde ha de ir.

Chrissy apretó los dientes. Podía ser que la evidente adoración de la niña halagara la vanidad de Blaze, pero más tarde o más temprano, sus caprichos le irritarían, y entonces ella tendría que intervenir haciendo de mala, apartando a Rosie de su camino. ¿Es que no se daba cuenta de lo que hacía? ¿Por qué le daba alas a la niña? Cuando Blaze se hartara, la pequeña se iba a quedar muy desilusionada.

Estaba cocinando cuando Hamish entró, con el gesto torcido.

-Te crees que eres muy lista -le espetó desde el otro lado de la mesa-. Has camelado también a Floss. Ella siempre piensa lo mejor de la gente, y no se da cuenta de lo que está pasando justo delante de sus narices.

Chrissy sintió que las mejillas le ardían.

-Creo que esta mañana ha habido un malentendido, Hamish...

-Te lo diré de una vez -la interrumpió el hombre secamente-: Vete por donde has venido. Aquí no eres bienvenida.

Lo inesperado de este ataque dejó a Chrissy indefensa. Se daba cuenta de que no le gustaba a Hamish, quien, además, no aprobaba su conducta. Sin embargo, no esperaba semejantes improperios. Pálida y muy tensa, intentó en vano defenderse.

-Pien... pienso que...

-Sí, eso haces, estarte ahí maquinando. Pero no sacarás nada ni para ti ni para tu hija -la interrumpió groseramente Hamish-. Ya te llevaste lo tuyo cuando murió el viejo, y no tendrás más. Blaze no ha olvidado. Cuando tu hermana se acercó a él en Newmarket, la manejó como le dio la gana, y contigo hará lo mismo.

-¿Mi hermana? -preguntó Chrissy atónita- ¿Elaine estaba en Newmarket?

-¡Ofreciéndose a él como una cualquiera! -remató Hamish con rudeza.

Chrissy se quedó pasmada al enterarse de que su hermana andaba de nuevo detrás de Blaze. Él no le había dicho absolutamente nada. Notó cómo se ruborizaba, mortificada de nuevo por la condena del viejo. Sin embargo, procuró sobreponerse, al darse cuenta de que, a diferencia de su esposa, Hamish no tenía ningún recelo para hablar de lo ocurrido tres años atrás.

-¿Y qué es lo que se supone que saqué? -preguntó con toda la dignidad que fue capaz de aparentar-. ¿A qué diablos te refieres?

-Hace tres años, aprovechando que Blaze estaba en el extranjero, tu hermana y tu padre le hicieron una visita al viejo lord Whitley. Fueron de lo más amable, estoy seguro -ironizó Hamish-. Debió serles fácil exprimir a un anciano de más de ochenta años.

-¿Exprimir? -repitió Chrissy sin entender nada.

-¡Sabes muy bien lo que hicieron! -le espetó Hamish amargamente.

-Te... te aseguro que... que no... no lo sé -insistió Chrissy.

-Blaze la había abandonado y ella quería vengarse ¿no es eso? Todo el mundo sabía que a lord Whitley le encantaba jugar a las cartas, pero no tenía dinero suficiente para embarcarse en partidas de póquer en las que se apostaban grandes cantidades. Tu padre le prestó miles de libras...

-No te creo -le interrumpió Chrissy respirando con dificultad.

-Entre tu padre y tu hermana acabaron con él -sentenció Hamish crudamente-. Lord Withley era un caballero y consideraba esos préstamos deudas de honor, pero no podía afrontar los pagos. ¡No tenía dinero y tu padre le persiguió como un perro de presa!

-¡No te creo! ¡No es cierto! -exclamó Chrissy aturdida.

-La vergüenza y las preocupaciones le provocaron un ataque al corazón. Siempre había sido un hombre muy fuerte, hasta que empezó todo este maldito asunto de las cartas -afirmó Hamish tajantemente-. Era demasiado orgulloso para pedirle a Blaze que le ayudara, y desde entonces el chico se culpó por haber permitido que tu hermana conociera a su abuelo: ella le dijo al lord que conocía a su nieto, y así pudieron enredarle. El pobre anciano pensaba que estaba jugando a las cartas con amigos ¡Todo fue un gran timo! ¡Una sucia venganza! Como no podían atacar a Blaze, se cebaron en el viejo...

-¡No! -gritó Chrissy tapándose la cara con las manos. Se sentía enferma. Le hubiera gustado decirle que todo lo que le había contado era mentira, pero recordaba muy bien la ira de su padre al enterarse de que Blaze había dejado a Elaine. Y cuando Jim Hamilton se proponía hacerle daño a alguien, lo conseguía. Pero engatusar a un pobre viejo con el propósito deliberado de arruinarlo.... Recordó el profundo odio que sentía su padre hacia las personas de las clases altas. Aunque se podía decir que había sido así toda su vida, se había hecho aún más intenso si cabe cuando sus aristocráticos vecinos rechazaron las invitaciones que les hacía para visitar su casa. Ni siquiera se le había ocurrido que el problema residía en su conflictiva personalidad, no en sus orígenes sociales.

Su aborrecimiento pareció disiparse cuando Blaze empezó a cortejar a Elaine. Jim Hamilton lo habría olvidado del todo si Blaze se hubiera casado con su hermana. Habría reventado de alegría ante el éxito social de su hija, que vendría a zanjar el abismo existente entre él y sus ricos vecinos. Sin embargo, Elaine fue dejada a un lado, como tantas otras chicas ambiciosas antes que ella.

Pálida y temblorosa, Chrissy se sintió incapaz de afrontar la mirada de Hamish, ya que aunque hubiera querido disculpar a su familia, sabía perfectamente que su padre podía perfectamente haber ideado esa maldad, secundado por una vengativa Elaine.

-Si no fuera por la niña, no te habría avisado -admitió Hamish secamente-. Blaze puede ser terrible cuando se enfada, y tiene muy buena memoria. Antes de que te des cuenta, habrá acabado contigo y con tu hermana. Serás idiota si te quedas aquí.

Tras decir esto, se dio la vuelta y se fue, dejándola completamente aterrada. Ni siquiera era capaz de afrontar lo que su padre y su hermana habían hecho. ¿Sabrían cuando lo planearon que lord Whitley no era un hombre rico? A ella los Kenyon siempre le parecieron muy poderosos, pero ahora sabía que una gran casa y un título no conllevaban necesariamente muchas riquezas: la familia podía limitarse simplemente a mantener su estatus. Incluso las finanzas de Blaze no parecía muy boyantes.

Se dijo que Blaze tenía justificación para no perdonar lo que su padre y hermana habían hecho, y se preguntó cómo afectaría eso a su posición en la casa. Incapaz de soportar la duda por más tiempo, se precipitó fuera en busca de Blaze.

Atravesó a buen paso los campos donde los mozos entrenaban a los caballos. El día era muy frío, y pronto, se arrepintió por no haberse puesto algo de abrigo.

-iKissy! -exclamó Rosie al verla, tirando de la chaqueta de Blaze para llamar su atención. Él se volvió molesto.

-¿Qué quieres? -preguntó abruptamente-. Estoy ocupado.

Ella se detuvo un momento mirando sus zapatos cubiertos de barro. Si no se lo preguntaba entonces, pensó, puede que no lo hiciera nunca.

-Me gustaría saber...

-¿Sí? -insistió Blaze

-Me... me gustaría saber si es cierto que mi padre le exigió a tu abuelo una gran suma de dinero que le ganó al póquer -le dijo de golpe, completamente ruborizada.

Blaze entrecerró los ojos. No hubo más cambios en su expresión que pudieran indicarle a Chrissy si le había pillado o no por sorpresa.

-¿Quién te ha contado eso? -preguntó, aparentemente sin mucho interés.

-No... no creo que... que eso importe mu... mucho...

-Fue Hamish -musitó.

-¿Es verdad? -insistió Chrissy.

-Cuarenta mil papeles nada menos -le dijo Blaze en el mismo tono impersonal que venía utilizando.

-¿Cua... cuarenta mil libras? -exclamó asombrada-. ¡Tiene que haber habido algún malentendido!

-No -le interrumpió Blaze secamente.

Se quedó mirándola tan fríamente que ella sintió que no podía respirar. Aunque él no dijo nada más, fue como si repentinamente bajara la temperatura: era como si estuviera frente a una montaña de hielo, pero, curiosamente, no podía apartar la vista de sus ojos. Se preguntó asombrada cómo podría contener tanta fuerza tras una

aparición tan tranquila.

Había sido una locura ir hasta él sin haber preparado bien sus defensas. Se había dejado llevar por su impulso, algo que, por desgracia, hacía con bastante frecuencia.

-¿Satisfecha? -preguntó Blaze impaciente, disgustado por su evidente conmoción.

-¡Pero tú me diste el trabajo! - exclamó a la desesperada.

-¿Y? -contestó enarcando levemente las cejas.

Chrissy sintió cómo crecía la furia en su interior. Estaba claro que él sabía que no había tenido nada que ver con la trama urdida por su padre y hermana, pero quería saber si iba a castigarla por llevar la misma sangre que ellos. Deseaba derrumbar su impenetrable fachada y saber qué es lo que realmente sentía. Quería la verdad, y no se detendría ante su indeferencia.

-Eso pasó hace mucho tiempo -murmuró Blaze.

-¡No me vengas con ésas! -estalló Chrissy con los ojos centelleantes- ¡No me mientas!

Él apenas movió un músculo, asombrado por su insistencia.

-¿Por qué iba a mentirte? -preguntó suavemente.

-No... no lo sé -con un movimiento brusco se apartó el pelo de la cara, y se quedó mirándole directamente a la cara-. ¡Mantente alejado de mi hermana! -continuó con repentina ferocidad.

Blaze sonrió encantado, como si hubiera recibido un elogio. La modestia no era precisamente una de sus virtudes, y sabía exactamente el efecto de su atractivo en el sexo opuesto.

-Le vendría muy bien que le dieras algún consejo -dijo cínicamente.

-¡Cuánto debes odiarla!

-¿De verdad crees que merece que la defiendas?

Chrissy palideció aún más. Temblaba tan fuertemente que notaba tensos todos sus músculos.

-Si le estás dando esperanzas....

-No necesita que yo le anime -replicó Blaze suavemente.

-Estás destruyendo su matrimonio -le reprochó.

-Esta conversación me aburre -la miró con un brillo acerado en los ojos-. No te metas en lo que no entiendes.

-Te... te en... entiendo per..., perfectamente -Chrissy temblaba ahora de pies a cabeza.

-¡Vaya! ¡Por fin! -exclamó Blaze- Pero te diré que nunca me ha importado que una mujer me entienda o no.

-¡Te lo mereces! -estalló Chrissy, sin poder reprimir su cólera por más tiempo- ¡Ninguna mujer en su sano juicio te haría caso!

-¡Kissy mala, Kissy mala! -lloriqueó Rosie a sus pies, asustada por los gritos. Chrissy, que había olvidado que la pequeña estaba con ellos, se agachó de inmediato para consolarla.

-Tranquila, cariño -susurró Blaze, pasándole la mano por la cabecita para calmarla.

La mirada de adoración que le dirigió la niña enfureció aún más a Chrissy.

-¡No la toques! -exclamó.

-Mamá y yo nos daremos un besito para hacer las paces -murmuró Blaze muy tranquilo, aunque su mirada delataba la furia que sentía.

-¡No te besaría aunque fueras el último hombre...! -empezó a decir Chrissy, pero antes de que pudiera reaccionar, él la agarró por el hombro, atrayéndola hacia sí. Del mismo modo la besó con fiereza. Tendría que haberle parecido asqueroso, pero no fue así, por el contrario, sintió que se inflamaba de pasión.

Blaze empezó a explorar con su lengua cada rincón de su boca, aplastando su cuerpo contra el de ella. Casi parecía un ataque, no podían estar más cerca el uno del otro. Sin darse cuenta, Chrissy empezó a acariciarle el pelo con ansia. Era casi como ser devorada... y devorar a la vez.

Sentía arder cada poro de su piel, mientras el pulso se le aceleraba. Parecía casi que le hervía la sangre. Lo deseaba... ¡Santo cielo! Casi se sentía morir por él, deseaba sobre todas las cosas mantener esa intensa sensación de placer..

De repente, Blaze se apartó, aunque seguía sosteniéndola por los hombros. Su mirada se había ensombrecido, una mirada que Chrissy recordaría después, dándose cuenta de que, en ese preciso instante, Blaze pasó por un momento de debilidad.

-Voy a llevar a Rosie con Floss -murmuró con voz grave-. Tú echa a los obreros. ¡Maldita sea! Voy a pagarles para que se tomen el resto del día libre. Caliéntame la cama... Iré en cuanto pueda.

Chrissy tardó más tiempo en recobrarle que él. De hecho, estaba tan abrumada por el deseo que se quedó allí de pie con la docilidad de una víctima de accidente de tráfico. Pero la sinceridad brutal con que él manifestó sus deseos la devolvió a la normalidad.

-¡Eres..., un animal! -le dijo, apartándose de él-. ¡No puedo creer lo que me has dicho! ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a pensar que..., que yo permitiría... que yo haría algo tan asqueroso?

Blaze la miró como si quisiera matarla. Parecía ultrajado, pero lo más hiriente era que la miraba como si no pudiera creer que lo estaba rechazando. Un beso y ya esperaba que se acostara con ella. Era ella, sin duda, la que tenía derecho a mirarlo con asombro e indignación. De no ser por la presencia de Rosie, le habría dado un puñetazo en la boca.

A pesar de ello, se daba cuenta de que cuando Blaze la tocaba el resto del mundo dejaba de existir y perdía el control de sí misma. Cuando la tocaba no existía en el mundo otra cosa que., no fuera él y el deseo de que siguiera tocándola. Y en aquellos momentos, se sentía avergonzada por no ser capaz de controlar su propia sexualidad.

No había nada más que decir. Era consciente de cómo se sentía y lo único que podía hacer era escapar. ¿Cómo podía seguir trabajando para Blaze después de aquello? La forma en que había respondido... ¿Podía sorprenderla que quisiera

acostarse con ella? Ella tenía a gala su recato, pero no le había dado ninguna razón para que él pensara otra cosa aparte de que estaba deseando que terminara lo que había empezado.

Pero ella tenía tan poco que ver con él... Blaze vivía en un mundo distinto al suyo, sin verse afectado por las inhibiciones que la dominaban. Había querido hacer el amor con ella, eso era todo, no quería nada más, sólo un cuerpo con el que satisfacer sus necesidades sexuales. Y a ella le era difícil aceptar esa verdad. Sin duda, además, él no podría entender lo ofensiva que esa verdad era para ella. Ella no tenía intenciones de ser usada para una noche de entretenimiento y luego apartada como un periódico viejo.

Por Dios Santo, ¿cómo podía haber permitido que la besara? Contuvo lágrimas de desprecio por sí misma. Por lo visto, se parecía más a su madre y a Elaine de lo que pensaba. Le faltaba orgullo y autocontrol y, en manos del deseo, perdía toda objetividad. Se había comportado como una mujerzuela, se dijo, y no sería sorprendente que Blaze hubiera llegado a la misma conclusión.

Horas después, a la hora de comer, Floss asomó la cabeza por la puerta del jardín y se fijó en lo bien puesta que estaba la mesa.

-¿Todavía no has comido?

-Estoy esperando a Blaze.

-¿No te lo ha dicho? -dijo Floss, sorprendida-. Se ha ido a Londres.

Capítulo 5

A CHRISSY le dieron ganas de gritar. Un grifo se había roto durante la noche y la cocina estaba inundada. Los fontaneros lo habían arreglado, pero quedaba que los obreros reemplazaran el suelo estropeado, que estaba completamente sucio. El contenido de los armarios de la parte baja estaba repartido por todas partes y la calefacción, recién instalada, apagada.

Le dolía la cabeza, por el ruido constante de los obreros que reformaban las habitaciones. Estaba sucia y mojada, y, para colmo, Rosie andaba a gatas por el suelo, ensuciándose.

-¡Levántate de ahí! -exclamó levantándola ella.

-Nooo... -dijo Rosie-. Soy una vacaaa.

-¡No eres una vaca!

En toda su vida había estado tan cansada. Llevaba una semana trabajando sin parar y no se veían los resultados en ninguna parte. Blaze no se había puesto en contacto con ella, y cuando le llamó a su apartamento de Londres, le respondió una chica histérica diciéndole que le dejara en paz.

De repente, Rosie dio un chillido de placer y cruzó el suelo a gatas. Con gran sorpresa, Chrissy se quedó boquiabierta al ver a Blaze en el quicio de la puerta. Llevaba botas de cuero, pantalones de montar, suéter de cuello alto y un largo abrigo verde, cubierto de gotas de lluvia.

-Soy una vacaaa -le dijo Rosie, sonriendo, con los ojos abiertos como platos.

-Las vacas comen hierba.

-Yo quiero comer hierba -dijo Rosie.

-He vuelto hace dos horas -dijo Blaze-. Me he cambiado y he ido a ver los establos. Allí no ha habido problemas. ¿Está el desayuno?

-¿El des... desayuno? -dijo Chrissy con un susurro. Ni siquiera se había molestado en decirle que había vuelto y le pedía el desayuno.

Floss le había sugerido que preparase la cena todos los días por si volvía y ella había seguido su consejo cocinando algunos platos que satisfacerían al gourmet más exquisito. Y de repente, se presentaba sin avisar, con la cocina en un estado lamentable.

En aquellos momentos, Blaze le estaba explicando a Rosie la diferencia entre una vaca y un caballo. No podía creerlo, llevaba durmiendo a duras penas toda la semana, preguntándose cómo reaccionaría cuando Blaze volviera y era evidente que, ahora que había vuelto, Blaze se había olvidado por completo de lo que había sucedido hacía una semana.

-No hay des... desayuno -admitió.

-¿Por qué no? -le preguntó Blaze con incredulidad.

-¡A lo mejor Hamish puede darte un cubo! -le espetó Chrissy, dando repentina salida a su ira.

-Perdona un momento -dijo Blaze levantando a Rosie del suelo. La llevó al jardín y se la dejó a un desconcertado Hamish, que andaba merodeando por allí con la esperanza de oír que despedían a Chrissy.

-¿Por qué has hecho eso? -preguntó Chrissy con indignación.

-Estás gritando y no quiero que la niña se ponga a llorar. ¿Has dicho un cubo?

-¡No hay agua! ¡Y Hamish no me deja ir a la fuente porque dice que voy a espantar a los caballos! ¡Y la luz va a volver a irse dentro de diez minutos! ¡Así que no hay desayuno! ¡Eres un machista, más anticuado que un dinosaurio! ¿Quién te crees que soy, Superwoman?

Blaze miró a su alrededor, observando el caos.

-¿Superwoman? Claro que no -dijo.

Y en aquel momento fue cuando Chrissy perdió la cabeza. Llevaba una semana lidiando con un batallón de obreros que no paraban de trabajar y de molestar, ensuciándolo todo, sin molestarse en cubrir los muebles, y ni siquiera tenía aspiradora.

Tenía la sensación de que Blaze se había pasado la vida atendido por muchas mujeres que no tenían otra cosa que hacer que preocuparse por sus deseos, no sólo en la cama sino en todo lo demás. Probablemente, ni siquiera había tenido que molestarse en pedir las cosas.

-¡Mientras tú te lo pasabas en grande con tu bomboncito en Londres, yo me he matado a trabajar! -exclamó Chrissy, con los ojos brillantes como esmeraldas-. ¡Y ni siquiera has llamado! ¡No me dejaste dinero! ¡Ni siquiera tienes aspi... aspiradora! ¡Ni lava... lavadora! ¡Se han caído dos techos y hoy se ha inundado la co... cocina!

-Dios, ésta es la peor de mis pesadillas haciéndose realidad -susurró Blaze-. Esto es igual que estar casados...

-¡No tendrás tanta suerte! ¡Eres el hombre más egocéntrico y ego... ego...!

-¿Egoísta?

-Y -prosiguió Chrissy con los ojos llenos de lágrimas- estoy hecha un asco y no... no tengo ropa limpia que ponerme.

Se hizo el silencio, sólo roto por los sollozos de Chrissy. Se dejó caer en una silla tapándose la cara con las manos, tratando, sin éxito, de no llorar.

-Ya veo que no he debido mencionar el desayuno -dijo Blaze y levantó a Chrissy de la silla tirando de ella.

No estaba acostumbrado a escuchar la verdad. Nunca le habían insultado de aquel modo. Pero no iba a despedirla, se limitó a llevarla hasta su Ferrari.

-¿Dónde... dónde vamos?

-Vamos al pub a alquilar una habitación para que puedas ducharte.

Se detuvo en la parte de atrás del Faisán, se fijó en el rostro hinchado de Chrissy y suspiró.

-Cuando lloras, lloras de verdad, ¿no es así? Tienes muy mala pinta, vamos a entrar por la parte de atrás, no creo que a Percy le importe.

Chrissy se sentía como una estúpida, mortificándose por el ataque de nervios que había sufrido. Blaze le echó su abrigo sobre los hombros y la acompañó rodeándola por los hombros.

-Te sentirás mejor en cuanto bebas algo -dijo Blaze.

-No... no bebo.

-Confía en mí, verás las cosas de otra manera -dijo Blaze, la dejó en el pequeño vestíbulo de la parte trasera del pub y desapareció. Dos minutos después volvió, con una llave en la mano.

-¡Esto es una tontería! -dijo Chrissy al llegar a la habitación.

-Te tomas la vida demasiado en serio. Voy a prepararte el baño -dijo Blaze entrando en el cuarto de baño.

Chrissy se estremecía, preguntándose por qué dejaba que Blaze tomara el control de la situación.

-¿Por qué haces esto?

-Porque me hace sentirme mejor.

Chrissy dejó escapar una risita nerviosa, por lo menos era sincero.

-En la casa hay demasiado trabajo para mí -admitió-. Es demasiado grande. No puedo dominar a los obreros...

-No pasa nada, voy a llamar a una agencia de limpieza. Lo único que quiero es que hagas la comida y supervises a los obreros...

-Y me ocupe de los muebles y decida dónde van los radiadores y tu ropa, y elija la cocina y el papel de la pared y...

Blaze le quitó el abrigo con gran delicadeza y Chrissy dejó de hablar. Exhausta, desconcertada, se quedó inmóvil. Blaze fue a desabrocharle la blusa...

-Ya lo hago yo -reaccionó Chrissy de repente.

Estaba en el baño desnudándose, cuando Blaze entreabrió la puerta y dejó un gran vaso de brandy en el suelo. Chrissy lo contempló con precaución, preguntándose si le serviría de algo. Se metió en el baño y se lo bebió de un trago, sorprendida al comprobar cómo el alcohol quemaba su desacostumbrada garganta.

El agua caliente era una bendición y las burbujas le hicieron sonreír. Se sentía igual que un niño de cinco años encantado con el lujo de un baño caliente. Sí, reflexionó, con una mujer, Blaze estaba en su elemento. En aquellos momentos debía de estar en el pub pidiendo su desayuno.

La puerta volvió a abrirse un poco, y ella se sobresaltó.

-¿Quieres otra copa?

-No puedes entrar, y yo no quiero salir todavía.

-Es increíble que seas tan recatada -dijo Blaze dejando una botella en el suelo.

Chrissy se echó a reír y la alcanzó diciéndose «qué demonios». Se sirvió una cantidad generosa y volvió a sentarse en el baño, sintiendo que todo el estrés desaparecía de su cuerpo.

-¿Quién es el bombón? -preguntó Blaze volviendo al tema de su viaje a Londres. Chrissy le habló de su improductiva llamada de teléfono.

-Se puso histérica.

Silencio absoluto.

-¿Son todas tan inteligentes? -preguntó Chrissy sin poder resistirlo.

-No les hago un test de inteligencia antes de acostarme con ellas.

-¿Dónde estás? Parece que estás aquí al lado.

-En la cama -dijo Blaze.

-Puedes ponerte donde quieras -murmuró Chrissy-. Me das pena.

-¿Por qué?

-Porque, emocionalmente, estás inválido...

-Y tú, físicamente, estás reprimida.

El brandy que Chrissy iba a beberse cayó al agua en vez de en su boca. Contuvo la respiración un instante, y volvió a dar un generoso trago.

-Tienes algo, que no sé qué es... -dijo Blaze con un tono relajado muy poco tranquilizador-. Pero, sea lo que sea, es sexual y... me crea problemas. Quiero hacer el amor contigo, a ver si así puedo quitármelo de encima. Podemos matar la curiosidad y luego olvidarnos de ello.

Chrissy respondió con el silencio.

-¿No tienes ningún comentario que hacer?

-Y pensar que yo creía que tú eras un experto en seducción -dijo Chrissy suspirando y con un tono de evidente decepción.

-Sólo trato de ser sincero y no aprovecharme de tu inexperiencia.

Apurando el vaso de brandy, Chrissy se incorporó torpemente. Le daba vueltas la cabeza y le parecía flotar.

-No... no puedo ni sentirme ofendida. Eres de fiar, aunque me siento

decepcionada -dijo estirando el brazo para agarrar la toalla de baño, que localizó por casualidad-. Te mereces ese bomboncito. Yo quiero una pasión salvaje, quiero un amante que no pueda quitarme las manos de encima. Quiero a un hombre que me mire como si fuera Demi Moore, que esté enamorado de mi mente y que siga creyendo en nosotros después de la boda.

Muy mareada, tambaleándose, se topó con unos ojos azules increíblemente profundos.

-Está en alguna parte... todavía no me ha encontrado -dijo y cayó a los pies de Blaze con un ruido sordo-. Si yo creyera que tú eres todo lo que puedo conseguir, me mataría -concluyó tratando de levantarse.

-Me parece que has bebido demasiado -dijo Blaze ayudándola a levantarse, cosa que ella no podía hacer.

-Parezco una inválida -dijo Chrissy, y se echó a reír a carcajadas.

-Tendrías que haberme dicho que no habías comido y que nunca habías bebido alcohol.

-Deja el tema de una vez -dijo Chrissy, que tenía un enorme dolor de cabeza.

Afortunadamente, cuando abandonaron el Faisán era de noche. Blaze la había dejado dormir y al cabo de unas horas se había presentado con su ropa limpia y una bandeja de comida, que ella había engullido con dificultad.

Al llegar al Hall, Blaze se giró en el asiento para verla bien.

-Borracha... eres muy graciosa -le dijo.

-Me he portado como una idiota.

-No, el que me he portado como un idiota he sido yo. Pero, ¿cómo es que no habías probado el alcohol?

-Por mi madre.

-Pero a ella le encantaba...

-Sí, pero acabó por no poder pasarse sin él cuando llegaron los tiempos difíciles -dijo Chrissy bajándose del coche.

Floss estaba en el cuarto de estar, junto al fuego, mientras Rosie veía la televisión. Cuando Chrissy empezaba a dar disculpas, Blaze la interrumpió.

-Ha sido lo que tú decías, la estaba matando a trabajar.

Floss asintió.

-Y ni siquiera me ha dejado que la ayude con Rosie -dijo, y Chrissy se sonrojó, porque la razón de que no admitiera la ayuda de Floss era el temor de que Hamish pensara que se estaba aprovechando de ella-. Y eso que me encanta cuidarla.

Cuando Floss se marchó a su casa, Chrissy se dirigió a la cocina, que parecía zona catastrófica, y, suspirando, se remangó la blusa.

-Olvídalo -dijo Blaze desde la puerta-. La agencia de limpieza va a mandar a un equipo mañana por la mañana y vendrán cada dos días mientras vivamos en este caos.

-¡Pero te va a costar una fortuna!

-Puedo pagarlo -dijo Blaze-. Así podrás concentrarte en cosas más importantes. Mira, nunca se me ha ocurrido esperar de ti que te arrodilles a limpiar el suelo. Para ser sincero, nunca había tenido que pensar en cosas prácticas como la reforma de una casa.

Blaze se fue, pero Chrissy se quedó mirando la puerta. Cada vez que creía que había llegado a comprenderlo, él hacía algo que la sorprendía. Podía ser amable y cariñoso con Rosie, pero no podía pensar que era así en sus relaciones con las mujeres. En el Faisán, había sido muy sincero a la hora de confesar su deseo de acostarse con ella y todavía más al decir que no serviría más que para satisfacer un deseo puramente físico.

Pocos hombres se habrían atrevido a ser tan sinceros, pero él lo había sido. Sin embargo, no podía creer que Blaze, que era famoso por conseguir cualquier mujer que se propusiera con el menor esfuerzo por su parte, pudiera desearla a ella, a Chrissy Hamilton. Ella nunca se había tenido por una mujer fatal. Blaze se había comportado como si ella fuera muy deseable, pero eso sólo le hacía recordar las palabras de Hamish: Blaze quería vengarse de los Hamilton. Aun así, había sido muy generoso con ella y con Rosie, ofreciéndoles una salvación cuando no tenían nada a lo que agarrarse.

Le estaba dando las buenas noches a Rosie cuando oyó que llamaban a puñetazos a la puerta principal.

-¡Pa... papá! -exclamó retrocediendo con terror.

Jim Hamilton entró como un boxeador abalanzándose sobre su contrincante.

-¡Así que es verdad! ¡Te tiene aquí!

-B... Blaze me ha dado trabajo...

-¿Trabajo? ¿Así lo llamas? También te ha dado algo más, por lo que me han dicho. ¡También tienes una hija de ese bastardo!

Chrissy palideció y miró a su padre con temor.

-¡Rosie no es suya! Yo sólo trabajo para él.

-¿Trabajar para él? -dijo Jim Hamilton, y se echó a reír-. ¿En la cama? Has pasado todo el día con él en el Faisán, ¿así trabajas para él? ¡Todo el maldito pueblo está hablando de ello! ¡No podían esperar a que se fueran los obreros, dicen! Viviendo en pecado, con una niña, diciendo que eres su asistente. ¡Estúpida! ¿Es que no te enseñé nada mejor? Ya te enseñaré lo que es bueno cuando vayamos a casa, por Dios que lo haré.

-Yo no... no voy contigo a ninguna parte.

Chrissy estaba desconcertada y atemorizada, pero no podía dejar de pensar en lo que se estaría diciendo en el pueblo. Blaze tenía fama de conquistador y no le extrañaba que la gente hiciera suposiciones, como tampoco era extraño que pensarán que Rosie era su hija. ¿Cómo podría conservar su empleo cuando Blaze oyera esas habladurías?

-¡No puedes quedarte aquí con él! -dijo Jim Hamilton apresándola por la cintura-. Ese hombre quiere que todo el mundo se ría de mí...

-Pero usted se las arregla muy bien sin mi ayuda -dijo Blaze con desprecio,

apareciendo en el vestíbulo.

Chrissy se giró para mirarlo. De él emanaba un aura de tranquilidad asombrosa. Su padre la soltó y se dirigió hacia él. Sabiendo lo violento que podía llegar a ponerse, temía que le diera un puñetazo a Blaze si ella no intervenía.

-¡Aparta! -le gritó Jim Hamilton-. ¡Déjame!

-No necesito tu protección, Chrissy -dijo Blaze.

-Se viene a casa conmigo. ¡Puedes quedarte con la niña!

-Me... me quedo aquí -dijo Chrissy, que no tenía fuerza para oponerse a su padre-. No puedo evitar que pienses lo que piensas, pero quiero decirte que nada de lo que has dicho es verdad.

-No te molestes, cariño -dijo Blaze, y se acercó a ellos, atrayendo a Chrissy hacia sí, con sus poderosos brazos. Chrissy se estremeció ante la intimidad del contacto y abrió mucho los ojos, preguntándose qué diablos se propondría.

Jim Hamilton, furioso al ver la intimidad del gesto, se puso hecho una furia.

-¡Ha estado con Elaine en Londres! -exclamó-. ¡Y esta mañana la ha dejado en casa! ¿Te da eso algo en qué pensar, estúpida?

-¿En Londres con Elaine? -repitió Chrissy con incredulidad y miró a Blaze-.

¿Esta... estabas con Elaine?

Retrocediendo un paso, Hamilton dirigió a Blaze una mirada triunfante. A Chrissy le palpitaba el corazón, y Blaze no la miraba, aunque tampoco negaba la acusación. Se le hizo un nudo en la garganta, sorprendida, atónita, deseando con toda su alma que Blaze le dijera que lo que había oído no era verdad.

No podía haber estado con Elaine... no podía. Hacía pocas horas le había dicho que la deseaba. Además, odiaba a Elaine... tenía que odiarla por lo que le había hecho. Indiferente a la presencia de su padre, trató de repetir la pregunta.

-¿Has estado... estado con...? -dijo, y fue incapaz de seguir.

Su padre hizo una mueca de repulsión, la misma que siempre hacía ante el tartamudeo de su hija.

-¿Qué hombre va a querer vivir contigo si ni siquiera sabes hablar? Pudiendo tener a Elaine, sólo un imbécil lo haría.

Blaze le golpeó. Jim Hamilton salió despedido hacia atrás, y antes de que pudiera levantarse, Blaze le agarró por el cuello y lo sacó de la casa a empujones.

-Acérquese a cien metros de Chrissy y le mato, Hamilton. Le destruiré. Elaine será el menos importante de sus problemas.

Chrissy estaba temblando y se sentía igual que si estuviera en el interior de una burbuja de cristal. Todo lo que veía ocurría lejos de ella. No podía reaccionar. Lo que su padre había dicho la había dejado sin habla, aunque no alcanzaba a comprender por qué era tan terrible para ella. Elaine había estado en Londres con Blaze, ¿y qué?, trataba de decirse.

Elaine era todo lo que ella no era. Era guapa, ingeniosa y ocurrente, y muy sexy cuando se lo proponía. Pero lo que ella no podía entender era por qué Blaze no se lo había dicho en lugar de jugar con ella en el Faisán. Porque decir que quería acostarse

con ella sólo podía ser un juego. Sentía dolor en todo el cuerpo, un dolor que no había sentido nunca.

-Qué mala suerte tener el padre que tienes -murmuró Blaze, acercándose a ella-. Tranquilízate, no va a volver, es un cobarde. Demonios, sientes miedo de él, ¿verdad?

No era cierto. Su padre chillaba y se ponía furioso, y a menudo era cruel, pero ella nunca le había tenido miedo. La única persona que podía darle miedo estaba justo delante de ella, con una sonrisa de ave rapaz. Porque Chrissy temía que Blaze había disfrutado con la confrontación que había tenido con su padre.

-Venga -dijo Blaze separándola de la pared y llevándola al sofá del salón-. Tú no tienes nada que ver con esto, no te preocupes. Yo no te haría daño, ¿por qué iba a hacerte daño? -dijo Blaze con calma.

Chrissy estaba pegada al suelo, dominada por la fuerza de aquellos ojos color zafiro, unos ojos que controlaban y ordenaban. Se sentía como una mariposa sujeta por un alfiler.

Blaze le acarició la comisura de los labios con un dedo.

-Puedes decirme lo que quieras. A mí no me importa el tartamudeo, en realidad, me parece encantador y no me molesta en absoluto.

Chrissy se dio cuenta, para su sorpresa, de que ésa era la razón de que no hablara.

-Chrissy... -dijo Blaze, y suspiró-. Tu padre y tu hermana te tratan como si fueras basura y tú te morirías de hambre antes de pedirles ayuda. Me parece que no sois una familia muy unida.

-Ya pero yo soy parte de ella -dijo Chrissy-. Y por... por eso me diste este trabajo.

-¿Estuve a punto de atropellarte a propósito? -dijo Blaze riendo-. No voy a negar que me imaginaba la reacción de tu padre al saber que estabas viviendo conmigo. Me divertía pensando en ello, pero no te contraté sólo por eso. Tú estabas en dificultades y yo podía ayudarte, además, yo necesitaba a alguien en la casa.

-Soy muy barata -dijo Chrissy mirándose las manos-. Me has utilizado.

-¿Cómo? Lo único que he hecho ha sido darte un trabajo.

Blaze, al abrazarla, había sugerido una intimidad que entre ellos no existía y Chrissy se daba cuenta de que sólo lo había hecho para hacerle daño a su padre. Por la misma razón le había dado trabajo. Aun más, a él no le importaban los chismorreos, porque suponían, sobre todo, una humillación para su padre. Lo veía con claridad y sentía un intenso frío en el corazón al darse cuenta de su propia estupidez.

Lo había planeado todo. La chica que la había encontrado en su cama el primer día, alojarse en el Faisán... Se ruborizó. No, nadie, en cien kilómetros a la redonda tendría la menor duda de que tenía una relación sexual con Blaze, porque él se había asegurado de que así fuera.

Y lo más irónico era que sólo el enemigo la había advertido de la situación. Hamish decía la verdad al decir que Blaze era un bastardo, y eso era algo que, en el fondo, ella siempre había sabido. Pero, ¿cuándo había empezado a olvidar esa gran

verdad? ¿Cuándo la había rescatado de la desesperación ofreciéndole un trabajo? ¿O cuando la había tocado, despertando en ella la fantasía más ardiente que nunca había tenido?

-Chrissy...

Un estremecimiento perturbó su rigidez. Le daban ganas de pegarle, de gritarle. Quería herirle tal como él la había herido a ella, aunque no tenía poder para ello. Para él todo había sido un juego y ella no era más que un peón sobre el tablero, un peón, ni siquiera una pieza importante. Le daban ganas de llevar a cabo algún gesto dramático, de castigarlo, pero estaba fuera de su alcance. No podía marcharse sin más. No tenía dinero, no tenía donde ir, y tenía que pensar en Rosie. En cualquier caso, ya había desempeñado, sin saberlo, un papel en el juego de Blaze. En cuanto a su padre, después de lo sucedido, ¿le quedaba algo que pudiera salvar su relación con él? No lo creía, pero era mejor así.

-¿Y qué... qué has planeado para mi hermana? -dijo entre dientes.

Blaze se estaba sirviendo un vaso de brandy y el cabello le brillaba a la luz del fuego de la chimenea, que también destacaba su perfil clásico, la forma aristocrática de su nariz y su boca perfecta. Parecía un ángel vengador, incólume ante las emociones humanas. Acabaría con Elaine, la destrozaría.

-Es asunto mío... nada que ver contigo -dijo Blaze mirándola a los ojos-. Y aunque la avisaras, no te creería.

Chrissy no quiso hablar, pero era cierto que su hermana no la escucharía, aunque ella lo intentaría con todas sus fuerzas. No tenía la menor intención de ayudar a Blaze con su silencio.

Poco a poco, sentía mayores deseos de saber hasta dónde había llegado Blaze en sus deseos de venganza. ¿Cuántas veces había visto a Elaine? ¿Le había hecho el amor? Santo Dios, las imágenes que se agolpaban en su indisciplinada mente le daban náuseas. Y sorprendió en su interior una emoción más vergonzosa y humillante que cualquiera que hubiera experimentado hasta entonces.

Estaba celosa y sentía unos celos amargos como la bilis. Ese descubrimiento la destruyó. Que pudiera sentir celos después de todo lo que sabía era odioso, vergonzoso.

-Voy a salir -dijo Blaze.

-¿A ver a Elaine? -le preguntó Chrissy, sin pensar, arrepintiéndose de la pregunta nada más hacerla.

-Cuando crea conveniente que sepas adónde voy, te lo diré -dijo Blaze suavemente-. Y en este momento lo único que tenemos es una relación de trabajo poco convencional, pero más allá de eso, nada.

Nada, se repitió Chrissy. Ya no la necesitaba para nada. Había hecho su parte a conciencia, Blaze ni siquiera había tenido que hacerle el amor de verdad para presenciar su mejor actuación. Subió las escaleras lentamente, como una anciana, y una vez arriba tuvo que precipitarse al baño porque se sentía física, realmente, enferma.

Mientras se recuperaba no hacía más que darle vueltas a lo que le había dicho: nada. Su cruel escarnio había sido como echarle sal a las heridas frescas. Además de humillada, se sentía completamente destrozada. Y muy en su interior sabía que la herida infligida había sido mucho más terrible de lo que podía haber imaginado en sus más horribles pesadillas.

Capítulo 6

CHRISSEY aparcó detrás del Porsche de Elaine. Su padre rara vez se molestaba en usar los garajes y el que no hubiera ningún otro vehículo le hacía concebir la esperanza de que estuviera en su oficina de Reading. Había dejado a Rosie con Floss, diciéndole que tenía que ir de compras.

Blaze había desayunado con una frialdad inhumana, hablando con Rosie de vez en cuando. Chrissy no había podido probar bocado. Había pasado la noche en vela, odiándose a sí misma y buscando un modo de escapar de Westleigh Hall. No quería estar cerca de Blaze, pero escapar requería un dinero que no tenía. Le horrorizaba la trampa en que se había metido.

Elaine, vestida con una bata de raso negra, le abrió la puerta.

-¿Qué quieres?

-¿Puedo pasar?

-Como quieras -dijo Elaine, y se dirigió al salón, dejando que su hermana la siguiera.

-Me sorprende que sigas aquí -dijo Chrissy-. Yo creía que papá te echaría después de saber que estabas viendo a Blaze -dijo, no sin dificultad.

-Oh, le dije a papá que sólo me había traído a casa -dijo Elaine-. Se cree todo lo que le digo. Supongo que a ti no te pasa lo mismo.

-¿Qué quieres decir?

-No te hagas la tonta. Sé que trabajas para Blaze. Me lo dijo en Londres...

«Me lo dijo en Londres», la expresión se clavó en Chrissy como un cuchillo.

Aquella afirmación le indicaba, además, que Blaze no había dejado nada al azar.

-¿Te encontraste con él por casualidad?

Elaine hizo una mueca de sorpresa.

-No quieras ser más estúpida de lo que eres... y, yo que tú, empezaría a buscarme otro trabajo. Cuando yo me mude a vivir con él, no quiero verte por allí. Nadie va a hacer chistes sobre camas redondas a mi costa.

-¿Te vas a vivir con él?

-Claro... Cuando la casa esté en condiciones. Blaze sabe que no puedo vivir en ella tal como está -dijo Elaine mirándose al espejo que había sobre la chimenea y retocando su peinado con una sonrisa de satisfacción-. En cuanto le expliqué lo que había pasado con el viejo, volvimos al lugar donde estábamos hace tres años.

-¿De verdad?

-Sí, de verdad -dijo Elaine, y miró a su hermana-. Yo no sabía lo que quería hacer

papá.

-Mentira.

-Blaze lo comprende así que me importa un bledo que tú no lo comprendas -dijo Elaine-. Lord Whitley aceptó la apuesta. Si no tenía dinero, no tenía que haber jugado. Nadie le obligó. Y ya sabes cómo es papá, no permite que nadie le deba dinero, tenía derecho a cobrarlo. Ganó con justicia y no fue culpa nuestra que el viejo fuera tan débil. De todas formas, algún día tenía que morir.

La facilidad con que Elaine eludía cualquier responsabilidad repugnaba a Chrissy. Su hermana tenía la conciencia tranquila. Evidentemente, Blaze había fingido aceptar su egoísta explicación y a ella le había bastado. Era demasiado egocéntrica para pensar otra cosa.

Chrissy suspiró profundamente.

-Quiero que me escuches...

-¿Qué me vas a contar? -dijo Elaine con aburrimiento-. No hacía falta que vinieras a decirme que entre Blaze y tú no ha habido nada -dijo, y se echó a reír-. ¡Dios mío, no está tan desesperado!

Chrissy palideció. Aunque era la verdad, dolía oírlo en boca de otro.

-Elaine, Blaze te culpa por la muerte de su abuelo. Si te dice otra cosa, está mintiendo. No puede estar planeando ningún futuro que te incluya.

-¡Oh, por Dios Santo!

-Estoy tratando de avisarte...

-¿Cómo te atreves a hablarme así de Blaze? -dijo Elaine perdiendo la calma-. No pienso escucharte. ¡Vete!

Sin hacerle caso, Chrissy siguió a su hermana hasta su habitación.

-Sé que no quieres creerme, pero, ¿por qué iba a mentir?

-¡Porque eres una celosa! Blaze vale millones y tú no puedes soportar que sea mío.

-¿Millones?

-Por lo menos. Su padre le ha dejado todo -dijo Elaine sonriendo-. Su padre se casó y tuvo dos hijos legítimos, pero toda la familia se mató en un accidente de aviación hace año y medio, así que lo ha heredado todo.

Chrissy había dejado de prestarle atención, fijándose en algo que veía en la papelera... Sí, sin duda, se trataba de la caja de un test de embarazo.

-¡Oh, demonios! -dijo Elaine, dándose cuenta de lo que había visto su hermana-. Te lo advierto, si no mantienes la boca cerrada, te mato. Tengo una reserva en una clínica para la próxima semana.

-¿Estás embarazada?

-Sí, no podía haber elegido mejor ocasión, ¿verdad? Hacía mucho tiempo que no hacía el amor con Steve, así que cedí ante su insistencia, y mira lo que ha pasado.

-¿Y vas a abortar? -dijo Chrissy, profundamente consternada-. No puedes hacerlo, Elaine. ¿No será por Blaze?

-¿Y por quién iba a hacerlo? ¡Y deja de mirarme así! -dijo Elaine furiosamente-. La decisión es mía...

-Pero probablemente tú querías tenerlo cuando lo concebiste.

-Los tiempos cambian. Quiero un divorcio rápido y sin complicaciones, para casarme con Blaze cuanto antes.

-¿Te ha hablado Blaze de matrimonio?

-Todavía, no, pero ya lo hará -dijo Elaine, con su habitual seguridad-. Así que imagina lo difícil que sería para mí seguir embarazada de otro hombre.

Chrissy se dejó caer sobre el borde de la cama. Qué dura era su hermana. Quería conseguir a Blaze y nada más le importaba. Si Steve llegaba a enterarse, se derrumbaría, pero lo peor de todo era que Elaine iba a abortar por nada. ¿Cómo podía ella permanecer al margen cuando sabía que Blaze sólo actuaba por malicia, que no había ninguna posibilidad de que Blaze se casara con su hermana?

-Si estás pensando en decírselo a Blaze, lo negaré -dijo Elaine-. ¡Y aunque te escuchara, no te creería!

Como eso era lo que Chrissy pensaba, no dijo nada. ¿Qué podía hacer para convencer a su hermana de que Blaze no pensaba casarse con ella? No podía quedarse parada y dejar que Elaine abortara. Decidiera lo que decidiera, Elaine no podía hacerlo con la falsa premisa de que Blaze iba en serio.

Elaine se echó a reír.

-Me pregunto si ha oído esos rumores ridículos de que él es el padre de tu niña. Estuve a punto de preguntárselo. Sólo papá podía ser lo bastante tonto como para pensar que Blaze podía haberse acostado contigo... Quiero decir, cuándo, dónde, cómo. Pero, claro, papá cree que ninguna mujer entre quince y cincuenta años está segura si Blaze está cerca.

Chrissy se puso tensa, dándose cuenta, de repente, de que había un modo de alejar a Elaine de Blaze. Si podía convencer a su hermana de que ese ridículo rumor era cierto... Rebuscó en su bolso para extraer una foto de Rosie.

-¿Cuándo? -repitió-. Bueno, fue la noche antes de tu boda. Blaze tuvo un accidente en Manor, estaba muy borracho y lo llevé a casa.

Elaine fijó sus ojos en ella, con gesto de incredulidad.

-No tiene ninguna gracia...

-No pretendo ser graciosa.

-¡No pienso escuchar tus cuentos chinos! -dijo Elaine elevando la voz.

-Ésta es Rosie -dijo Chrissy entregándole la foto a su hermana, y continuó explicándole los detalles de aquella noche.

-Chocó con su coche... Yendo a la iglesia vi cómo la grúa llevaba su coche -dijo Elaine mirando la foto, muy rígida y pálida-. Pero no se acostaría contigo. Dios mío, si acababas de salir del colegio.

-¿Recuerdas cuánto lloraba el día de tu boda? -dijo Chrissy-. Me tropecé con él... Estaba borracho y cuando quiso ligar conmigo... bueno, me sentí... me sentí halagada.

-No puedo creerlo. ¡No puedo creerlo! -dijo Elaine rompiendo la foto en varios trozos.

-Cuando supe que estaba embarazada, me quedé destrozada, pero yo estaba en

Londres y sabía que él no estaba interesado -continuó Chrissy, y su voz temblaba. Hasta cierto punto no podía creer que estuviera mintiendo de aquella forma, pero, por otro lado, sabía que era su única esperanza de proteger al niño de Elaine-. Me encantan los niños, ya lo sabes. Por eso la tuve, y me daba cuenta de que era lo único que iba a tener de él.

-¡No es verdad! -exclamó Elaine-. ¡Estás mintiendo!

-Pregúntate a ti misma por qué estoy en su casa -dijo Chrissy con confianza-. Y mientras te respondes, imagina lo que podíamos estar haciendo la otra tarde en el Faisán -dijo, ruborizándose.

-¡Eres una...! -exclamó Elaine después de un largo silencio, y le dio una bofetada a Chrissy-. ¡El único hombre al que he querido! ¡Tú, todos, qué asco! ¡Fuera de aquí, fuera! ¡No te lo perdonaré nunca, nunca!

Cuando Chrissy estaba en el vestíbulo, oyó los gritos de su hermana.

-¡Era mío, ¿lo entiendes?, era mío!

Por lo menos lo decía en pasado, pensó Chrissy. Porque Elaine no podía soportar la idea de haber compartido al hombre que amaba con su hermana, y, además, eso significaba que Blaze la había engañado. Elaine volvería a casa con Steve, porque cuando las cosas se complicaban siempre buscaba seguridad.

Chrissy se dirigió a Reading, decidida a no dejar que Blaze sospechara que había estado con Elaine.

A su vuelta, encontró a Hamish solo, porque Floss había llevado a Rosie al pueblo. Floss había dejado una ensalada en la nevera, para Blaze, pero eran las tres y la ensalada seguía allí. Chrissy empezó a volver a poner los muebles del cuarto de estar en su sitio. Todo estaba muy limpio. La agencia de limpieza se había concentrado en las habitaciones de la planta baja. Los pintores todavía no habían empezado, pero extendió una alfombra y, a pesar de la falta de pintura y de cortinas, el cuarto de estar comenzó a adquirir un aspecto muy acogedor. Estaba pensando en que al día siguiente arreglaría el comedor cuando oyó que Blaze llegaba en el Ferrari.

Frunció el ceño y comenzó a ponerse tensa. Decidió que adoptaría una postura evasiva y se dirigió a la cocina. Salía por el jardín, cuando sintió que Blaze la agarraba por el brazo.

-¿Adónde vas? -le preguntó Blaze con una voz extraña.

-A por Rosie.

-Floss no ha vuelto todavía.

Chrissy no se atrevía a mirarlo a los ojos. Pero desde el momento en que oyó el coche, pensó que llevaba todas las mentiras que le había contado a Elaine tatuadas en la frente.

-¿Quieres la comida?

-¡Mírame! -ordenó Blaze entre dientes.

Chrissy levantó la mirada poco a poco, Blaze le estaba haciendo daño en el brazo. La mirada de Blaze la taladró.

-Elaine ha venido esta mañana, a medio vestir, histérica y loca de rabia -dijo

Blaze entre dientes.

Chrissy sintió escalofríos. No creía que Elaine pudiera ir a ver a Blaze. ¿Le habría contado lo que ella le había dicho? Lo más probable era que no. Pero tal vez se equivocaba al pensar que Elaine tenía demasiado orgullo como para rebajarse a un enfrentamiento como aquél. Estaba paralizada y Blaze le apretaba el brazo cada vez más.

-Me haces daño -dijo con un susurro.

Blaze la soltó. Chrissy se preguntó qué haría a continuación. Por supuesto, no la creería, Elaine la había creído, pero él no, se decía. Pero si no la creía, podría convencer a Elaine de que todo eran mentiras, y eso significaba volver al punto de partida. Tan sólo tenía una ventaja: Blaze no recordaba lo que había ocurrido aquella noche. Y si lo recordaba, no había dado muestras de ello.

-¡No te creo... tienes que estar mintiendo! -dijo Blaze. Estaba conmocionado, iracundo, una condición muy rara en él, ante lo cual, Chrissy pensaba que tal vez tendría razón al pensar que no recordaba nada de lo sucedido aquella noche. Lo único que ella tenía que hacer era no revelar la verdad hasta que Elaine se hubiera marchado.

-Primero -prosiguió Blaze-, sólo tenías diecisiete años, así que, a pesar del estado en el que estaba, yo no te habría tocado. Dos, yo nunca, en toda mi vida, he hecho el amor sin preservativo, ni siquiera cuando tenía quince años. Tres, ¿por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

Tenía aprisionada a Chrissy contra la puerta del jardín, que se clavaba en la espalda. Se sonrojó. Blaze levantó una mano y la pasó por la melena de Chrissy. Estaba realmente turbado. Chrissy no había imaginado que algo pudiera penetrar en la naturaleza impenetrable y cínica de aquel hombre. Por un instante, se sintió culpable, y entonces recordó al niño de Elaine, y pensó en los deseos de venganza de Blaze. En cuanto el niño estuviera a salvo, le contaría la verdad, pero no antes.

-¡Maldita seas! -le espetó Blaze con frustración-. Si no empiezas a hablar, no respondo de lo que pueda pasar.

-¿Qué quieres que diga? -dijo Chrissy, intimidada por la violenta furia que emanaba de él.

-¡Que es mentira! ¡Que te lo has inventado del principio al final!

Pensando muy deprisa, Chrissy se forzó a mirarlo a los ojos.

-No tengo por qué justificarme. Yo no sabía que Elaine iba a decirte nada... Yo no quería que tú lo supieras. Si no te hubieras acercado a mi hermana, nunca lo habrías sabido...

-¿Y se supone que eso va a hacer que me sienta mejor?

-No me importa cómo te sientas -dijo Chrissy, y recordando cómo se había sentido aquella noche, no le importaba lo más mínimo-. Pero no pensaba dejar que arruinaras la vida de Elaine. Ahora, ¿vas a dejar que me vaya?

-Tu actitud no tiene sentido. Si yo soy el padre de Rosie, lo que es improbable, tú

te comportas como si eso no tuviera importancia.

Chrissy trató de escapar, pero Blaze la agarró por la cintura, aunque con cuidado, para no hacerle daño.

-¡Déjame!

-¡Y un cuerno! -dijo Blaze y la llevó a rastras hasta el comedor-. ¡Aunque tarde un día en sacártela, me vas a decir la verdad!

La frialdad que Chrissy trataba de mantener comenzaba a disiparse poco a poco. Blaze cerró la puerta de una patada y la apoyó contra ella.

-Así que, ¿dónde tuvo lugar esa milagrosa concepción?

Chrissy se estremeció, deseando haber contado otra mentira menos intimidatoria que aquélla.

-En tu habitación -dijo mirando al suelo-, en M... Manor.

Silencio.

-¿La noche que tuve el accidente?

-Sí... estabas borracho.

-¡No estaba borracho! Tenía fiebre y gripe.

-Tenías una botella de whisky en el coche -dijo Chrissy y miró a Blaze, viendo una sombra de duda en su mirada.

-Yo creía que era un constipado y me tomé un par de copas para sentirme mejor y luego, me parece, tiré la botella.

-Sí.

-¿Y luego qué ocurrió?

-Después del accidente traté de persuadirte de que teníamos que ir al médico. Luego, te dije que te llevaría en coche a tu casa.

-Yo estaba en un coche, de eso me acuerdo... -dijo Blaze tratando de recordar.

-Tuvimos que atravesar el jardín...

-Nada de lo que has dicho confirma tu historia. Admito que llegaste a mi habitación, sí -dijo Blaze con una oscura sonrisa-. ¿Cómo es que llegamos a la habitación?

A Chrissy le temblaban las manos y cerró los puños. No sabía cómo continuar con la historia. Blaze no dejaba de hacer preguntas.

-Te llevé yo... -dijo.

-¿Por qué? -preguntó Blaze-. ¿O te parece una pregunta muy estúpida?

-Te sentías mal., tenías que acostarte.

-Podría haberlo hecho en cualquiera de las habitaciones de abajo. ¿Por qué tomarte la molestia de subirme?

-No pensé en eso, por Dios. Estaba preocupada por ti... estabas muy mal.

-¿Y entonces qué pasó? -insistió Blaze.

El horrible silencio golpeaba como un martillo en el cerebro de Chrissy. Se mordió el labio y apartó la mirada.

-Yo estaba llamando al médico, pero tú me quitaste el teléfono y... y me diste un beso.

-¿De verdad? -dijo Blaze con escepticismo.

-Sí -dijo Chrissy, que se daba cuenta de que empezaba a reaccionar como si todo hubiera ocurrido realmente-, yo también me quedé muy sorprendida.

Blaze apretó la mandíbula.

-Sigue -dijo.

Chrissy respiró profundamente.

-Y entonces nosotros... no... nosotros lo hicimos -susurró.

-Lo hicimos -repitió Blaze-. Tu talento para inventar historias es más extraordinario cada minuto que pasa. Admites que yo estaba muy mal...

La tensión crecía por momentos.

-Sí, pero...

-Yo apenas te conocía. Tú eras sólo una niña.

-Tenía ca... casi dieciocho años -dijo Chrissy cubriéndose el rostro con las manos. Era como si ya no supiera qué era verdad o mentira, y lágrimas de emoción se derramaron por sus mejillas.

-Para mí eras una niña. Incluso en el estado en que estaba no creo que te hubiera tocado.

Chrissy pensó que no estaba interpretando su papel con suficiente convicción y, si no se esforzaba más, Blaze acabaría por arrancarle la verdad. De modo que se concentró en aquella noche.

-Estabas muy enfadado por lo de tu abuelo... decías que El... Elaine era una mujerzuela... Yo no sabía por qué estabas tan enfadado.

-¿Estás diciendo que te violé?

-¡No! -exclamó Chrissy secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

-Entonces estás diciendo que te hice el amor para vengarme de tu padre y de tu hermana.

La sugerencia colgó en el aire y Chrissy no dijo nada porque ése era el motivo que Blaze necesitaba para aceptar que la historia podía ser cierta.

-Yo no sabía nada de la partida de póquer...

-¿Y caíste entre mis brazos sin una queja? Creías que estaba borracho, admites que estaba enfadado, que había insultado a tu hermana...

-Yo no pensaba en lo que estaba haciendo -dijo Chrissy, consciente de que añadía credibilidad a la historia-. ¡Tan sólo ocurrió!

-Pero yo no lo recuerdo. Sólo recuerdo parte de lo que ocurrió aquella noche, lo demás está en blanco, y tú te estás sirviendo de eso, ¿verdad?

-No puedo evitar que pienses eso -masculló Chrissy entre dientes.

-Y quieres ser tú la que rellene esos espacios en blanco. Y dime, ¿cómo lo hicimos? -dijo Blaze mofándose de la expresión que Chrissy había pronunciado.

Chrissy lo miró con consternación.

-Quiero los detalles -insistió Blaze.

-¡No tienes ningún derecho a humillarme!

-Creo que tengo todo el derecho, cuando me estás acusando de la paternidad de

una niña -dijo Blaze desafiante-. Me temo que esta noche no es posible hacer las pruebas de ADN.

Chrissy se puso más pálida todavía. Blaze estaba hablando de la ley. Pero se tranquilizó al pensar que podría decirle la verdad al cabo de unos días. Entonces, Rosie y ella volverían a la calle. Se preguntó si habría empezado con todo aquello de haber sabido a dónde iba a llevarla.

-Naturalmente, lo más sensato es que acabemos con esto de una vez -dijo Blaze-. Al fin y al cabo, no se puede falsear una prueba de ADN, y si esto es un estúpido intento de alejarme de Elaine, estoy dispuesto a perdonar y olvidar si me dices la verdad ahora mismo. No voy a despedirte. Sólo nosotros tres lo sabemos, todavía.

El silencio que siguió, le puso a Chrissy los pelos de punta. Blaze le ofrecía una salida digna, el completo perdón y ella estaba ansiosa por aceptarlo. La mentira había crecido hasta convertirse en una gran nube negra que pesaba sobre su cabeza. Se había transformado en algo más grande y más serio de lo que ella había llegado a sospechar. Pero recordó al niño de Elaine y aceptó la necesidad de mantener la mentira algún tiempo más.

Trató de encontrar la clase de detalles que disuadieran a Blaze de hacer las preguntas más íntimas. Se acercó a la ventana y suspiró.

-Hicimos... hicimos el amor en... en el suelo. No duró mucho -dijo, ruborizada hasta la raíz del cabello-. Ni siquiera te desnudaste. Luego... me dijiste que me fuera y me marché a casa. ¿Quieres saber algo más?

El silencio resonó como una tormenta. Blaze respiraba pesadamente.

-Creo que no quiero saber más detalles -dijo por fin.

Cuando supiera que todo era mentira, se decía Chrissy, la estrangularía. Pero en aquellos momentos sintió un gran alivio, porque le daba la impresión de que no habría podido soportar el interrogatorio durante mucho más tiempo.

-¿Y cuándo supiste que estabas embarazada?

Chrissy parpadeó.

-En Londres.

-Estabas con tu madre, ¿por qué no insistió ella en que me llamas?

-Yo no le dije quién era el padre de mi hija.

-¿Y la Seguridad Social? Creo que ahora insisten en saber el nombre del padre para obligarle a pasar una pensión a la madre.

-Pero -dijo Chrissy alarmada-, yo nunca pedí ayuda a la Seguridad Social.

Blaze parecía consternado. Andaba de un lado a otro como un tigre enjaulado. Chrissy sintió una pequeña satisfacción. Por lo menos, mientras estaba con ella, no estaba con Elaine, y empezaba a pensar que unos cuantos días de preocupación era lo que merecía por el imperdonable modo en que la había utilizado. Lo odiaba y lo despreciaba, se dijo, apretando los puños.

-¿Y cómo has vivido? -le preguntó Blaze.

-Iba vendiendo las joyas de mamá.

Blaze profirió una maldición. Estaba pálido y tenía el rostro en tensión.

Era hora de soltar un poco la cuerda, se dijo Chrissy, y dejar que se tranquilizara un poco.

-Yo no quería que supieras nada de esto. Es sólo algo que ocurrió en el pasado. Lo mejor es que vuelvas a olvidarlo.

Blaze se detuvo, y la miró con incredulidad.

-¿Olvidarlo? ¿Cómo iba a poder olvidarlo? Me estás diciendo que me aproveché de una de las chicas más ingenuas que he conocido en una noche sórdida y estúpida, ¿y me dices que me olvide de todo? Dime cómo me voy a olvidar de que me acusas de ser el padre de Rosie.

-Yo no te he acusado de nada -dijo Chrissy con temor.

-Y tu silencio de mártir en circunstancias que habrían acabado con la voluntad de un santo... ¿Se supone que te tengo que estar agradecido por eso? -dijo Blaze con desprecio-. ¡Aceptaste que te diera trabajo y no pensabas decirme de ninguna manera que Rosie es mi hija! ¡Dame un respiro! Esto no es un culebrón, esto es la vida real. ¿Por qué me dijiste que el padre de Rosie estaba en la cárcel?

A Chrissy se le hizo un nudo en la garganta.

-Temía que pudieras sospechar la verdad. Quería despistarte...

-¡Pero si yo no tenía ni idea de nada! ¿Qué iba a sospechar? Debiste darte cuenta de que yo no recordaba nada de aquella noche.

Chrissy estaba temblando como una hoja, ya no podía soportar más preguntas.

-Me di cu... cuenta más tarde

-¡Me dijiste que creías que estabas enamorada del padre de Rosie! ¿Cómo demonios ibas a creer que estabas enamorada de mí? Antes de esa noche sólo había hablado contigo dos o tres veces en toda mi vida y solías mirarme como si fuera un bicho raro.

Chrissy se echó a llorar desconsoladamente y salió corriendo del cuarto de estar. Un segundo más y habría acabado por confesar la verdad. Se apoyó en la puerta cerrada de su habitación, y cuando se cercioró de que Blaze no había ido tras ella, se derrumbó sobre el suelo.

Capítulo 7

CON gran esfuerzo, Chrissy metió la segunda maleta en el Land Rover. Estaba, literalmente, temblando por los nervios. Había tanto silencio que podía oír las pisadas del guarda de seguridad que vigilaba el jardín trasero de la casa. Blaze no corría ningún riesgo con los caballos tan valiosos que entrenaba.

Se apresuró a volver a la casa. Tenían que marcharse cuanto antes, no tenían otra elección. Todo lo que estaba haciendo era protegerse de males mayores.

No hacía ni tres horas que había llegado a la casa Guy, el abogado de Blaze, con quien éste había pasado más de dos horas encerrado en su despacho.

-¿Qué es tan íntimo que no podías decírmelo por teléfono? -le había preguntado Guy a Blaze al llegar.

Después de la reunión, Blaze salió en el Ferrari y Chrissy se dio cuenta de que no podía desaprovechar aquella oportunidad de escapar de allí. No podían pasar en aquella casa ni una noche más.

Por lo que ella sabía, había cometido un delito. Probablemente, Blaze podía denunciarla por difamación o algo parecido. Al ver a Guy, se había quedado petrificada.

Metió en el bolso el dinero que Blaze le había dado para compras, porque era el único del que podía disponer, con él podrían comprar los billetes que las llevarían, a ella y a Rosie, a cualquier parte. Tendrían que pasar la noche en el coche, y, antes de tomar el tren, llamaría para decir dónde lo había dejado, para que Blaze no pensara que lo había robado.

Apartó las mantas y levantó a Rosie. La vistió apresuradamente y bajaron deprisa. No dejaba de palparle el corazón. Estaba a punto de llegar al coche cuando alguien salió de la masa de arbustos que crecían bajo la fachada más lejana de la casa.

Se le escapó un suspiro al comprobar que se trataba de Blaze, que se acercó corriendo hasta ella. Estaba furioso, sin duda, y su furia era como una fuerza física enfocada en ella con una intensidad terrible. Durante el momento más largo de su vida, Blaze la miró fijamente, mientras ella sostenía a Rosie entre sus brazos, pesando más y más cada segundo que pasaba.

-¡Dame las llaves del coche!

-Están en el sal... salpicadero.

Blaze abrió el coche en silencio y se guardó las llaves en el bolsillo. Luego se fijó en las maletas, bien visibles en la parte de atrás. Blaze las sacó del coche y las llevó a la puerta. Un segundo después, tomó a Rosie entre sus brazos, quitándosela a Chrissy tirando de ella.

Chrissy lo siguió al piso de arriba, donde Blaze dejó a la niña sobre su cama.

-Desnúdala y métela en la cama -ordenó con frialdad.

Con torpeza, Chrissy desnudó a la niña y la cubrió con las mantas. Maldijo a Blaze. Debía de haber aparcado el Ferrari detrás del establo, por eso no le había oído.

-Ganas de huir, supongo que está en los genes de los Hamilton -dijo Blaze con desprecio.

Chrissy se sonrojó al oír la referencia a la separación de su madre de su padre.

Blaze se acercó a ella y la agarró por la muñeca.

-Si quieres marcharte, olvídate de Rosie. No la vas a sacar de aquí. Un error, cariño, y pido su custodia legal. ¿Lo entiendes o quieres que te lo escriba?

A Chrissy le daba vueltas la cabeza y tuvo que humedecer sus labios resecos con la lengua.

-¿Dónde diablos creías que ibas? ¿A algún tugurio donde no pudiera encontrarte? El próximo error que cometas va a ser el último -dijo Blaze.

Chrissy sintió escalofríos y parpadeó desconcertada, pero, de repente, comprendió: Blaze la creía. Creía que Rosie era su hija. El descubrimiento la sorprendía, porque había pensado que Blaze negaría la paternidad de la niña con todas sus fuerzas. Había supuesto que había consultado a su abogado para librarse de ella y

de la niña cuando era todo lo contrario.

-Yo pensaba que no me... me creías... -dijo Chrissy, deseando que así fuera. Que la creyera era todavía más peligroso que si no la creía. Y además, se le había acabado la inspiración para seguir tramando mentiras.

-Si tenía alguna duda, se ha evaporado cuando he visto que querías marcharte.

-¿Por qué?

-A la primera que se lo dijiste fue a Elaine, no a mí. Tú no querías que yo lo supiera, no me has pedido nada y has tratado de irte a la primera oportunidad. Si estuvieras mintiendo, nada de eso habría pasado -dijo Blaze con frío cinismo.

-Aun así podría estar mintiendo -dijo Chrissy, sin saber por qué, tal vez por la locura de la situación-. Creía que irme era la mejor que podía hacer.

-¿Adónde ibas?

-Iba a marcharme en tren...

-¿Adónde?

-No lo sé.

-Pero, ¿qué clase de madre eres tú? -le dijo Blaze-. ¿No merece Rosie alguna consideración? ¿Qué hay de sus derechos? ¡La sacas de la cama en plena noche y ni siquiera sabes adónde la llevas. ¿Cuánto dinero tienes?

Chrissy se quedó de inmóvil, muda, sin saber qué responder, conteniendo lágrimas de rabia.

-Responde -insistió Blaze.

-Unas cincuenta libras... ¡Son tuyas! ¡Las estaba robando!

-¿Cincuenta libras nada más? ¡No estás más capacitada para andar por el mundo que Rosie! ¿Adónde creías que ibas a llegar con eso?

-¡Lo único que quería era alejarme de ti!

-¡Y un cuerno! -exclamó Blaze con rabia-. Algo te ha hecho huir, pero no han sido las ganas de alejarte de mí, no me lo creo.

-¿De dónde sacas esa idea?

-Ahora tenemos cosas más importantes de qué tratar -dijo Blaze con impaciencia-. ¿Por qué no te sientas para que podamos hablar de esto con calma?

-¡A lo me... mejor no quiero sentarme!

-¡Maldita sea, no seas tan niña! -dijo Blaze acercándose a ella, rodeándola por la cintura y empujándola hasta el sillón que había a su espalda-. Ahora vas a cooperar. Quiero ver el certificado de nacimiento de Rosie.

-No puedes.

-¿Cómo que no?

Belle lo había roto en un ataque de furia y Chrissy nunca había pensado en hacer una copia.

-Lo perdí en una mudanza y no pedí una copia.

-¿Se menciona mi nombre como su padre?

Chrissy negó con la cabeza y Blaze pareció molestarse.

-¿Cuándo nació?

Chrissy mencionó la fecha de su nacimiento de mala gana.

-Entonces, fue prematura...

-Sólo por dos semanas -dijo Chrissy. En realidad, Belle había dado a luz con diez días de retraso.

-¿Dónde nació?

Chrissy mencionó el nombre del hospital.

-En tu posición, la mayoría de las mujeres habría abortado.

-Belle tenía objeciones religiosas... -dijo Chrissy, y se dio cuenta de su resbalón.

-¿Y te convenció de seguir adelante con el embarazo?

Chrissy asintió.

-¿Tuviste dificultades en el parto?

Chrissy palideció, porque, aquella respuesta sí la conocía bien, puesto que conocía la pesadilla que una mujer puede experimentar en el parto.

-Mira, no quiero hablar de eso contigo.

-Es una pena que no fueras tan tajante cuando te eché en el suelo hace tres años -murmuró Blaze apretando los dientes-. Deberías haberme dicho que no y ahora no estaríamos hablando de esto.

-Bueno, no dije nada porque...

-Ya, lo comprendo... pero no es algo que me haga sentirme orgulloso. Nunca he tratado a una mujer así en mi vida.

Era evidente que la escena de sexo que Chrissy había inventado para su propio beneficio había dañado el ego masculino de Blaze.

-¿No? Me sorprendes.

Blaze se inclinó lentamente hacia ella y tiró de ella para levantarla del sillón, ante lo que ella no opuso resistencia.

-No -repitió Blaze muy despacio, y, al agarrarla por el brazo, le rozó el pecho.

Chrissy se estremeció al sentir el roce de su dedo. Debajo de la camiseta, su sensible piel se hinchó y el pezón se endureció. Cerró los ojos involuntariamente y suspiró. Blaze le acarició el pezón con el pulgar, esta vez a propósito, y a Chrissy se le hizo un nudo en el estómago.

-Si aquella vez respondiste así -murmuró Blaze con voz grave-, incluso la mesa de la cocina habría sido un lugar adecuado para hacer el amor.

Chrissy estaba dominada por una repentina sensualidad que le hacía olvidar cuál era la verdadera situación. Abrió los ojos, pero era demasiado tarde. Blaze la besó en la boca y la abrazó, levantándola del suelo para llevarla al sofá, sin dejar de besarla.

El sofá era como una roca y Chrissy se hizo daño en la espalda, pero no le importó. El dolor era irrelevante en comparación con la intensidad de otras sensaciones que empezaban a dominarla. Blaze se echó sobre ella, sin dejar de besarla en la boca, y hasta que sus cuerpos estuvieron completamente pegados el uno al otro. Chrissy empezaba a arder, mientras Blaze exploraba su boca con la lengua. Gimió al sentir que Blaze le separaba las piernas para que su cadera reposara entre su pelvis.

Le subió la camiseta, luego le desabrochó el sujetador. La besó en un pecho. A

Chrissy se le hizo un nudo en la garganta y arqueó la espalda mientras Blaze le lamía el pezón con habilidad y le acariciaba el otro pecho. Chrissy se dejó invadir por una oleada de sensaciones que la hizo gemir.

Blaze murmuró algo y se movió para que Chrissy reposara sobre un costado. Volvió a ocuparse de sus pechos, pero esta vez con pequeños mordiscos que la volvieron loca. Le acarició el estómago y llegó hasta el revoltijo de rizos que tenía entre los muslos. Cuando las braguitas le molestaron, se las quitó delicadamente, y siguió acariciándola hasta encontrar el hueco húmedo que buscaba. Luego, sin avisar, volvió a ponerla de espaldas.

Cada centímetro de su cuerpo estaba caliente, ansioso, hambriento. Temblaba, se estremecía, perdida en una oleada de deseo. Blaze se separó de ella, se quitó el suéter y se desabrochó el cinturón para quitarse los pantalones, arrodillándose entre sus piernas. Por una décima de segundo, se quedó inmóvil, mirando a Chrissy con los ojos ardiendo de deseo.

-Maldita sea -dijo-, nunca me había sentido así. ¡Nadie me había hecho sentir así! Hacer el amor nunca me había excitado tanto.

Chrissy lo deseaba con toda su alma. No podía pensar, sólo desear a Blaze. Y entonces fue cuando oyó el grito, distante y lejano. Y se incorporó, con temor, como si alguien hubiera despertado su fibra maternal.

-¡Rosie! -exclamó, a punto de caerse del sofá.

Se bajó la camiseta y subió las escaleras de dos en dos. Rosie estaba sentada en la cama, muy quieta, sollozando.

-No pasa nada, cariño -dijo abrazándola-. Ya estoy aquí, ya estoy aquí.

En cuanto Rosie sintió su cuerpo y oyó su voz, se tranquilizó. Dejó que Chrissy volviera a echarla sobre la cama y Chrissy le acarició el cabello, hasta que, al cabo de unos segundos, la niña se dio la vuelta y se durmió.

Al ir a salir de la habitación, Chrissy sintió que dos poderosos brazos la apresaban.

-No creo que el servicio de bomberos sea más rápido -dijo Blaze dándole la vuelta y levantándola en el aire.

Le separó las piernas, hizo que le rodeara con ellas y la besó en la boca con suavidad.

El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor y le acarició el cabello, embebida en la intensidad del placer que volvía a sentir. Blaze gruñó al darse con el hombro contra el inoportuno marco de una puerta y dejó a Chrissy sobre la cama. Pero fue un error. Chrissy abrió los ojos, y el techo, adornado de estuco moldeado, le trajo viejos y desagradables recuerdos.

-Oh, no... -susurró con horror, y trató de levantarse.

Blaze, concentrado en las complicaciones de poner a Chrissy en una posición que los satisficiera, trató de acariciarla otra vez.

Chrissy se puso de rodillas con un salto y se tapó con la camiseta, en un ataque de repentino recato.

-¡No!

-¿No? -replicó Blaze casi en un susurro.

Chrissy gateó hasta el otro lado de la cama.

-Lo siento, pero no podemos...

-Claro que podemos -dijo Blaze y se puso junto a ella.

-Lo... lo siento. No... no quería llegar tan lejos.

-Yo ni siquiera he empezado, ¿qué demonios ocurre? -preguntó Blaze con dureza-. ¿Es una clase de juego para que acabe violándote?

-Eso es una... una... una... -dijo Chrissy, y salió corriendo.

Blaze la encontró en el cuarto de estar, a oscuras, hecha un ovillo sobre el sofá. Se detuvo a unos metros de ella y observó su mirada, presa de la culpa y la confusión.

Chrissy lo miró. Era tan guapo que no pudo apartar los ojos de él, aunque sabía que estaba perplejo y, hasta cierto punto, furioso.

-Lo si.., siento.

-Quiero saber por qué. ¿Me estás devolviendo la moneda por lo que sucedió hace tres años?

-¡No!

-¿Te hice daño? ¿Por eso tienes miedo?

-¡No! -respondió Chrissy, que veía el efecto de las mentiras que le había contado. Muy pronto, acabaría por pensar que la había violado. Y la verdad era que sólo la había besado. Le dio una risita nerviosa, poco a poco comenzaba a hundirse en una pesadilla que ella misma había creado.

-¿Has estado con alguien desde entonces? -le preguntó Blaze con molesta insistencia.

Más avergonzada que nunca, Chrissy negó con la cabeza. La rapidez con que Blaze había sabido controlarse la sorprendía. Podría haberla insultado y tendría razón, pero no lo había hecho y con ello sólo aumentaba su poder sobre ella. Además, empezaba a sentir emociones que le hacían sospechar que lo que sentía por él era algo más profundo que el mero deseo sexual.

Se estremeció.

-No tiembles... no voy a abalanzarme sobre ti sin tu permiso. Tranquilízate -dijo Blaze respirando con dificultad-. ¿Tienes miedo de volver a quedarte embarazada? Puede que no lo creas, pero yo no pensaba correr ese riesgo.

-Lo siento -repitió Chrissy. Todo lo que quería hacer era estar lejos de él para comprobar la medida de su propia confusión.

-Como vuelvas a decir eso, yo... -dijo Blaze-. Sabes muy bien cómo aumentar la agonía, ¿verdad? No, no es una acusación, pero, ¿tienes idea de cómo me siento? Yo nunca quiero relaciones complicadas, se puede decir que las evito como a la peste. Sé mis limitaciones mejor que cualquiera. Me gustan las mujeres por dos razones: compañía y sexo. Las emociones y los sentimientos no tienen nada que ver. No quiero ataduras.

-¡Las utilizas!

-Esa es otra cosa que tienes... Me pones furioso. Utilizar es un verbo que se conjuga en dos direcciones, cariño. Mi primera experiencia sexual fue con una profesora suplente en el colegio. ¡Yo tenía trece años! ¿Quién utilizó a quién? Cuando alguna mujer sin escrúpulos le cuenta a los periódicos lo que le hice en la cama, ¿quién utiliza a quién? Y cuando yo pago todos los gastos después de una aventura, ¿quién utiliza a quién?

Chrissy lo miró a los ojos.

-No quiero oírte. ¡Yo no estoy tratando de utilizarte!

-Lo sé, pero me estás haciendo sentir cosas que no quiero sentir.

-Pues dejémoslo. ¿Por qué no me has dejado irme esta noche?

-No lo entiendes, ¿verdad? -dijo Blaze-. Porque quiero a Rosie.

Chrissy se puso tensa. «Porque quiero a Rosie.» Una explicación clara y sucinta. Nada de fingir que la madre de Rosie tenía alguna importancia. Aquella afirmación fue como un cuchillo, y le dolió como un cuchillo. Blaze se había llevado bien con la niña desde el primer momento. ¿Hasta qué punto esa afinidad le nublabla el entendimiento a la hora de creer que era su hija? Pero no podía concentrarse en averiguarlo, el dolor la absorbía hasta tal punto que se daba cuenta de que se estaba enamorando de él. Era una locura, sobre todo cuando estaba claro que él no sentía nada por ella.

-Quieres a Rosie -dijo tratando de concentrarse en la conversación.

-Sí, quiero que se quede conmigo, no tengo la menor intención de eludir mi responsabilidad -dijo Blaze mirándola fijamente-. Voy a tomar un whisky, ¿quieres algo?

Chrissy negó con la cabeza y observó cómo él se servía un vaso de whisky. Estaba descalzo y llevaba los pantalones de montar y una camisa a cuadros desabrochada. Era, sin duda, el hombre más atractivo que había conocido en su vida. ¿Se trataba de eso? ¿De una especie de atracción juvenil por sus encantos? Pero si eso era cierto, ¿por qué le fascinaba tanto el resto de él? Quería meterse en su cabeza y saber lo que estaba pensando exactamente, aunque sabía que jamás tendría ese poder.

Se tienen visiones, intuiciones, confesiones a veces, pero la mayor parte del tiempo se está dominado por el atractivo sexual. El resto del tiempo, todo parece secreto. Chrissy se sentía distanciada, oculta, reprimida por una autodisciplina que, sin duda, había aprendido en la infancia. Blaze compartía sólo lo que quería compartir y ella odiaba esa actitud superficial que asumía a voluntad. En aquellos momentos, sin embargo, no mostraba esa careta, no cuando Rosie estaba en juego.

Actuaba de un modo completamente inesperado,

porque lo que ella habría esperado era que huyera de la paternidad con todos los medios a su alcance. Pero tal vez el hecho de tener un hijo fuera de los opresivos límites del matrimonio tenía interés para él. «Porque quiero a Rosie», se repitió. Pero, ¿qué quería decir?, ¿que estaba dispuesto a hacerse cargo de su hermana y que ella era libre de marcharse?

-He llamado a Guy por dos motivos -dijo Blaze-. Primero porque es amigo mío y segundo porque tu actitud me convenció de que tenía que saber mis derechos.

-¿Derechos?

-En lo que concierne a Rosie. Guy me ha aclarado los pocos derechos que tienen los padres no casados. Ni siquiera está claro que tenga derecho a visitarla si tú me lo negaras.

-Pero...

-Escúchame. Yo no te he pasado una pensión desde que nació, y eso no me hace quedar muy bien que digamos. Tú has llevado una vida muy difícil, todo lo contrario que yo, que, además, no he llevado una existencia muy respetable. Por la vida que he llevado se podría decir que no soy un padre responsable. A no ser que soborne a los jueces, la verdad es que no tengo ninguna posibilidad de hacerme con la custodia de...

-¿La custodia? ¿Por qué quieres la custodia de Rosie? -preguntó Chrissy, horrorizada ante la idea del problema que podía crear una sola mentira, que podía crecer hasta apoderarse de su existencia. Pero no tenía nada que temer. En cuanto Elaine recobrara el sentido común, su pesadilla acabaría.

Blaze se dejó caer, con aquella gracia innata que tenía, en el sofá que estaba frente a Chrissy.

-Tú podrías conocer a otro hombre, casarte, y, antes o después, yo tendría que salir de su vida. Guy me ha dicho que es muy frecuente. La gente empieza llena de promesas y buenas intenciones, y entonces comienza otra relación. Los padres divorciados suelen perder el contacto con sus hijos y yo no estoy preparado para que me ocurra eso.

-Blaze, creo que te estás poniendo muy serio. Te has enterado hoy... Quiero decir, ¿no te parece un poco prematuro...?

-Ya me he perdido los dos primeros años de su vida -dijo Blaze con énfasis-. A partir de ahora quiero estar con ella. No quiero que crezca como yo.

Chrissy guardó silencio, carcomida por la culpa.

-Cuando mi padre -prosiguió Blaze- supo de mi existencia, quiso ponerse en contacto conmigo, pero mi madre no se lo permitió. Esa fue su venganza. Cuando mi madre murió, mi padre vino al colegio sin el permiso de mi abuelo y yo no quise conocerlo. Era el hombre al que acusaba de haber arruinado la vida de mi madre, y la mía. Sabía que estaba casado, que tenía hijos, y lo odiaba. No tenía nada que ver con él y él se sentía culpable. Había persuadido a su mujer de que su deber era ofrecerme su casa de España para vivir con ellos.

Bebió un trago de whisky y siguió hablando.

-Era un playboy, incapaz de ser fiel por naturaleza, pero era un hombre honrado. Su mujer no hablaba, y no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que odiaba tener que vivir con el hijo bastardo de su marido. Pero Jaime no se daba cuenta de ello, tenía fe ciega en lo que llamaba «lazos de sangre». Y yo le mandé al diablo.

Chrissy se compadecía de él, sufría por él.

-Pero él insistió. Me escribía y yo rompía las cartas sin leerlas. Luego dejó de escribir. La ironía es que... si en vez de hablar conmigo lo hubiera hecho con mi abuelo, me habría mandado a España en el primer vuelo.

-¿Quieres decir que... que tu abuelo te habría entregado a él sin dudarlo?
Blaze apuró el whisky y dejó el vaso con un golpe seco.

-Sólo quería que comprendieras mi punto de vista. Siempre he lamentado no conocer a mi padre, era demasiado orgulloso para dejar que se aproximara a mí -dijo, y apretó los labios-. Fue muy triste que Jaime y su familia murieran en ese accidente de avión.

-Debió de serlo -susurró Chrissy.

-Luego deseé haber pasado algún tiempo con él, pero era demasiado tarde -dijo Blaze, y suspiró pesadamente-. Demasiado tarde para conocer a mis hermanos. La mayor parte de las veces la vida no te da segundas oportunidades y yo no la tuve. No puedo describirte cómo me sentí al saber que yo heredaba todo el dinero de Jaime.

Chrissy agachó la cabeza para ocultar sus sentimientos de compasión.

-Jaime nunca olvidó que yo era el primero de sus hijos. Aunque mis hermanos hubieran sobrevivido, yo habría heredado más que ellos. Era multimillonario y todo ha sido para mí. Yo no lo quería... Era del hombre al que yo había rechazado cuando todavía estaba vivo.

-Pero si él quería que tú lo tuvieras todo...

-A esa conclusión he llegado yo, pero sigo sintiéndome culpable. Por eso quiero cuidar de Rosie. Quiero que lo tenga todo, y, además, necesita seguridad.

-Estoy de acuerdo -dijo Chrissy tragando saliva-, pero...

-No hay pero que valga -dijo Blaze con suavidad-. Nunca he querido hijos, no quiero hacer con un hijo lo que mis padres hicieron conmigo. No quería esa responsabilidad, pero ésa era una decisión muy egoísta. Siempre he tenido cuidado de no correr el menor riesgo de dejar a ninguna mujer embarazada... y ahora averiguo que una vez no tomé precauciones y todo cambia.

¿Debía decirle la verdad en aquel instante?, se preguntaba Chrissy. ¿Qué ocurriría cuando dejara de concentrarse en Rosie? Un sexto sentido le decía que volvería su deseo, con renovada intensidad, de vengarse de Elaine. Y si Chrissy le decía que su hermana estaba embarazada y que por eso le había mentado, estaba segura de que no la creería. Pensaría que era otra mentira, porque Elaine no admitiría estar embarazada. Tristemente, comprobó que estaba entre la espada y la pared. Estaba condenada si hablaba, y condenada si no lo hacía. Hasta que confirmara que Elaine había vuelto con Steve, sólo su mentira y su silencio podían proteger al niño que tenía en sus entrañas.

-Estás muy callada -dijo Blaze-. Cualquiera pensaría que esto no tiene nada que ver contigo.

Los acontecimientos se habían escapado a su control, pensó Chrissy. Estaba al borde del precipicio.

-No sé qué decirte -dijo, y era la mayor verdad que había dicho en todo el día.

-Rosie es feliz aquí, pero ahora tú ya no puedes seguir siendo mi asistente.

A Chrissy se le hizo un nudo en el estómago. Ya veía adónde conducía todo aquel razonamiento. Blaze se disponía a echarlas. Quería a Rosie, pero a cierta distancia y

en dosis pequeñas.

-La prensa del corazón nunca me deja en paz. Nunca me ha molestado, pero no quiero que os molesten a ti y a la niña. Me importa un bledo lo que escriban sobre mí, pero no quiero que sufráis por...

-¡Ayer eso no te importaba lo más mínimo!

-Pero desde ayer las cosas han cambiado mucho. Parece que ha pasado un siglo.

Chrissy deseaba que fuera al grano de una vez. Ella estaba sentada en el borde del sofá, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Quería confirmar sus expectativas sobre Blaze Kenyon. Estaba segura de que quería que Rosie y ella se fueran de su casa lo antes posible, antes de que pudieran causarle más molestias.

-La verdad es que... -dijo Blaze, y vaciló, apretando los labios- ...y nunca me había imaginado diciendo esto... pero necesidad obliga... -dijo, y concluyó entre dientes-. Tenemos que casarnos.

Capítulo 8

CHRISSEY se quedó petrificada, sin poder apartar la vista de Blaze. No podía creer lo que acababa de oír, porque no podía haberlo dicho, ¿o sí? -Viviremos como ahora... más o menos -dijo Blaze después de reflexionar unos momentos-. Tú tendrás casa, todo el dinero que puedas gastar y seguridad, y yo te tendré a ti y a Rosie, lo que se podría llamar un intercambio beneficioso para ambas partes.

Chrissy se humedeció los labios y tragó saliva.

-¿Lo dices en serio?

-¿Crees que bromearía sobre algo así?

-No creo que te des cuenta de lo que significa eso -protestó Chrissy débilmente.

-Sé muy bien lo que quiero -replicó Blaze-. No quiero ser más que un padre ocasional para Rosie, y no quiero que en su vida haya un interminable desfile de «papás».

-¡No va a haber tal desfile!

Blaze la miró con impaciencia.

-Por lo menos, sé realista, Chrissy. No creo que permanezcas célibe hasta que ella cumpla los dieciocho.

-En estos tiempos, la gente no se casa sólo porque han tenido un hijo, de casualidad.

-Pues yo lo voy a hacer y tú conmigo -dijo Blaze-. Para ser sincero, no veo dónde está el problema. Sexualmente somos muy compatibles, hay matrimonios felices contruidos con mucho menos. Rosie merece la seguridad de tener a sus padres y una casa adecuada.

-Sí, pero no es tan sencillo.

-Es muy sencillo. Quiero que Rosie tenga todo lo que yo no tuve.

Y ésa era su verdadera motivación, se dijo Chrissy. Había nacido fuera del matrimonio y, por lo que se deducía de lo que le había contado, nunca disfrutó de

estabilidad afectiva. De repente, se sintió como una estúpida. ¿Qué hacía allí sentada discutiendo sobre un matrimonio que nunca se llevaría a cabo? Empezaba: a convertirse en una candidata para el manicomio. Al cabo de pocos días podría decirle la verdad, aunque, a la luz de los planes que estaba haciendo, la verdad le dolería más que la mentira.

Estaba reaccionando muy positivamente ante la idea de ser padre. Chrissy jamás habría pensado que lo que más le preocupara fuera el futuro de Rosie, pero así era. Y aquél era el hombre que hacía dos semanas había dicho que nunca se casaría, porque «no hay ninguna razón para hacerlo y sí muchas para no hacerlo». Pero, evidentemente, Rosie era razón suficiente.

-Bueno, ¿qué dices? -dijo Blaze con impaciencia.

Santo Dios, se dijo Chrissy, quería una respuesta. Estaba exhausta, presa de un torbellino de confusión. Aquella noche había estado a punto de acostarse con él y lo había deseado. Si lo miraba, no le costaba recordar cuánto. En el fondo de su mente, se agolpaban muchas fantasías, pero tal vez fueran las mismas que habían tenido muchas mujeres en el pasado, fantasías que les decían que tal vez ellas eran algo especial para él, que eran la que se quedaría con él, aquélla a la que amaría toda su vida.

Aunque temía la horrible escena que tendría lugar cuando le dijera la verdad, en el fondo sabía que era lo mejor que podía ocurrir. De otro modo, antes o después acabaría en su cama, y una aventura transitoria no haría mucho por su dignidad. Blaze era un hombre muy apasionado y quería hacer el amor con ella... eso era todo, y él había dejado bien claro que no quería más. Incluso aunque no hubiera mentido, entre ellos no había ningún futuro.

-¿Has... has estado enamorado alguna vez? -le preguntó sin pensar.

-No -dijo Blaze sin reflexionar ni un momento-. ¿Me vas a dar una respuesta, sí o no?

-Tengo que pensarlo -dijo Chrissy sin mirarlo.

-¿Te estás haciendo la difícil? -preguntó Blaze con un tono burlón.

Blaze, sin duda, esperaba una respuesta positiva. La falta de confianza no era uno de sus defectos. Ya había condescendido pidiéndola en matrimonio. Pero Chrissy tenía claro que no iba a discutir con él sobre algo que, al cabo de unos días, podrían olvidar: Preparar la ceremonia llevaría por lo menos dos semanas, y, para entonces, aquella farsa habría terminado.

Blaze se puso delante de ella y le puso un dedo en la barbilla, para obligarla a mirarlo.

-Dijiste que si yo fuera todo lo que el futuro iba a depararte, te matarías. Pero eso es porque hace tres años te decepcioné...

-¿Es por eso? -replicó Chrissy, sin poder resistir la tentación de pelearse con él. Blaze la miró con intensidad.

-Yo tampoco te veía en mi futuro, pero ahora mismo no puedo imaginarlo sin ti. Supongo que me he acostumbrado a tenerte cerca. Me siento cómodo contigo... -dijo.

«CÓmodo», repitió para sí Chrissy, «igual que una mecedora o un sofá»-. Cuando no me siento sexualmente frustrado.

-¡Qué fácil es decir cuándo estás pensando en el sexo!

-Eso espero... Ultimamente, son las veinticuatro horas del día... y odiaría pensar que es una miseria no compartida -dijo Blaze y agachando la cabeza muy despacio, besó una de las manos de Chrissy, que se estremeció, con la sensación de que se derretía-. Si la última vez te hice daño, lo siento... Puedo prometerte que no volverá a ocurrir.

Chrissy, llena de rubor, retiró la mano, pero para ello tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad. Cuando Blaze la miraba como la miraba en aquellos momentos, se sentía hipnotizada, débil, indefensa.

-Blaze, yo...

-Tú vas a casarte conmigo. Eso es lo que quiero.

-¿Y siempre consigues lo que quieres?

Blaze la miró con una sonrisa.

-Siempre -dijo.

-Creo que es hora de que me vaya a la cama -murmuró Chrissy, levantándose con dificultad. No quería irse, no quería separarse de él. Era consciente de que dentro de muy poco la odiaría por las mentiras que le había contado, y aquella vez no le ofrecería el perdón y el olvido.

-Tengo que hacer un par de llamadas.

Chrissy, a pesar de que estaba cansada, no durmió bien. Soñó que se estaba casando con Blaze y en mitad de la ceremonia aparecía Elaine y la interrumpía, igual que el hada mala de la Bella Durmiente. Sólo que en vez de proferir una maldición, se llevaba al novio y ella se quedaba sola en el altar mientras todos los invitados se morían de risa. Se despertó temblando.

A la mañana siguiente se encontró una nota en la cocina: «He ido a ver a Theo», decía. No estaba firmada, pero sólo podía ser de Blaze. Y le conmovió porque, cuando salía, Blaze jamás daba explicaciones de adónde iba. Que se hubiera molestado en escribir una nota daba idea de la alteración que había sufrido su relación. Pero todo era mentira, se recordó con tristeza. Por supuesto, a Blaze no se le había ocurrido que ella no tenía ni idea de quién era Theo.

Los obreros estaban en la fase de transformar los áticos en un solo piso, para una asistenta, suponía Chrissy. Ese habría sido el lugar destinado para Rosie y ella. Aquella mañana les llevaron una lavadora, una secadora y una aspiradora. Chrissy se quedó mirándolas mientras las descargaban en la parte de atrás. Blaze debía haberse tomado la molestia de comprarlas, pero cuándo, ¿el día anterior, ese mismo día?

Envuelta en una especie de nube, oyó el timbre de la puerta y fue a abrir. Era Elaine, ostentosamente vestida con un traje de chaqueta blanco que destacaba su cuidada figura.

-¡No sé cómo te atreves a mirarme a la cara! -le espetó a su hermana-. Gracias a ti, ayer me porté como una imbécil con Blaze. ¿Dónde está? Quiero verlo.

Chrissy se puso tensa, alarmada. Después de todo, no debía haber sido demasiado convincente con su hermana.

-Ha salido.

-¿Por qué mentiste así? Hasta que volví a casa no me di cuenta de que Blaze estaba tan sorprendido como yo. Negó ser el padre de tu hija... me dijo que nunca había tenido ninguna relación contigo. ¡Me dijo que había estado bebiendo!

Chrissy la condujo al cuarto de estar. Rosie estaba dibujando en la cocina, de modo que podía estar tranquila algunos minutos.

-No sé cómo te creí -espetó Elaine con rabia.

Chrissy pensaba muy aprisa.

-No sabía que ibas a hablar con él. No recordaba nada de aquella noche, y no sabía nada de Rosie hasta que tú se lo dijiste.

Elaine no había tenido en cuenta ese punto de vista.

Chrissy siguió presionando.

-Yo nunca me habría atrevido a hablarle de Rosie... así que debería darte las gracias.

-¿Darme las gracias? -dijo Elaine-. ¿Darme las gracias por qué?

-Por hacernos un gran favor -dijo Chrissy sonriendo ante su furiosa hermana-. Blaze sí cree que Rosie es su hija, y no sólo le gusta el hecho, sino que quiere a la niña... Quiere reconocerla y...

-Otra vez mintiendo. ¡Ni siquiera le gustan los niños!

-Bueno -murmuró Chrissy con otra sonrisa-. Desde luego, Rosie le gusta. De hecho, me ha pedido que me case con él.

-iTendría que ser idiota para tragarme ésa! -dijo Elaine-. Blaze Kenyon debe de ser el último hombre de la Tierra que se casaría porque una noche tuvo un desliz y dejó embarazada a una chica.

-Creo que estás olvidando su pasado -sugirió Chrissy-. Creció como hijo ilegítimo, sin padre y está decidido a que a Rosie no le ocurra lo mismo.

-Aunque la niña fuera suya, no se casaría contigo -dijo Elaine con desprecio.

-Elaine, ¿por qué no vuelves con Steve? ¿Por qué no te olvidas de todo?

-¿Y dejarte el campo libre? ¡No hablarás en serio! ¡Y sigo sin creer que la niña sea suya! Enséñame el certificado de nacimiento... enséñame una prueba. Estabas gorda y eras fea. No creo ni que se molestara en mirarte, ni borracho. Así que si esa cría no es suya, ¿de quién es?

Chrissy se quedó de piedra y Elaine se dio cuenta de la sombra de perplejidad que cruzó por el rostro de su hermana.

-Es la hija de Blaze -dijo Chrissy débilmente.

-¿De verdad? Me pregunto... -dijo Elaine con tranquilidad-. A los diecisiete años eras la chica más miedosa del mundo, y además muy fea. Cuando lo pienso, me resulta difícil que te acostaras con Blaze -dijo, y sin más palabras dio media vuelta y volvió al vestíbulo, parecía impaciente por irse.

-Kissy... mía lo que he hecho -dijo Rosie, que apareció corriendo desde la cocina.

Elaine se detuvo, con la mano en el picaporte de la puerta y se fijó en la niña. La contempló durante algunos segundos y luego miró a Chrissy, sonriendo con malicia.

-Ya nos veremos, muy pronto, espero.

Rígida por la tensión, Chrissy observó cómo su hermana subía al Porsche.

¿Sospecharía la verdad? No, no podía. Elaine no tenía una sola prueba en qué basarse. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza que Belle hubiera tenido otro hijo poco antes de morir. Blaze volvió después de las cinco, vestido con un traje gris hecho a medida. Se quedó de pie en la cocina, mirándola en silencio durante algunos segundos antes de hablar y esbozando una extraña sonrisa. Entonces Rosie se abalanzó sobre él y Blaze la levantó en sus brazos.

-¿Crees que se parece a mí? -preguntó por fin-. No reconozco ninguno de los rasgos de los Kenyon. Es morena, pero no tanto como yo, y tiene la piel pálida, igual que tú.

Chrissy se mordió el labio y se aclaró la garganta. -Ha venido Elaine... -dijo.

-¿De verdad? Espero que no se acostumbre a venir. -Creo que deberías decirle que... fuera cual fuera tu relación con ella, ha terminado.

-Yo no he tenido ninguna relación con ella -dijo Blaze.

-Pues díselo -insistió Chrissy. Sabía que él era la única persona capaz de convencer a Elaine de que estaba perdiendo el tiempo.

-Chrissy, por lo que a mí respecta, Elaine no existe -dijo Blaze concluyente.

-Elaine tiene que saber eso cuanto antes -insistió Chrissy.

-Lo sabrá cuando nos casemos.

Pero para entonces podría ser demasiado tarde, pensó Chrissy con frustración. Mientras Elaine no aceptara que Blaze estaba fuera de su alcance, seguiría adelante con su idea de abortar.

-Pero...

-Pero nada. Si quieres hablar con la zorra de tu hermana, habla. Y, francamente, prefiero que no me recuerdes tus conexiones familiares, cuanto menos sepa de ellas, mejor.

Zanjado el tema, Chrissy agachó la mirada. Se sentía muy pequeña. Blaze examinó el correo y salió hacia su despacho. Poco a poco una sensación de injusticia fue apoderándose de Chrissy. ¿Cómo se atrevía Blaze a criticar sus conexiones familiares cuando sólo debido a esas conexiones él le había dado trabajo? La había empleado sirviéndose de su ignorancia, con el propósito de utilizarlas a ella y a Rosie como armas arrojadas contra su padre.

¿Estaba, incluso en el momento presente, jugando con ella? ¿Se había negado a decirle a Elaine que había terminado con ella porque, secretamente, había decidido continuar engañándola haciéndole concebir falsas esperanzas? ¿Hasta dónde llegaba el deseo de venganza de Blaze? ¿Cuánto tiempo habían pasado en Londres? ¿Se había acostado con ella?

Se le hizo un nudo en la garganta y se sintió enferma al imaginar a Elaine y a Blaze juntos en la misma cama. Blaze despreciaba a Elaine, pero eso no significaba que

no se hubiera acostado con ella. Era un hombre con una sexualidad a flor de piel y Elaine era muy guapa. Sexo sin sentimiento, eso era lo que él quería.

Blaze levantó la vista de la carta que estaba leyendo al ver a Chrissy en la puerta de su despacho.

-La próxima semana tendré una nueva secretaria. Trabajaremos aquí hasta que los obreros terminen el despacho en el viejo establo.

Chrissy se mordió el labio.

-¿Qué tienes pla... planeado para Elaine?

Blaze se irguió.

-No creo que quieras saberlo. Tú eres muy compasiva y sabes perdonar, pero yo no -dijo con frialdad-. Quería hacerle daño y tenía toda la intención de hacerlo. Y habría disfrutado mucho destruyéndola...

Chrissy lo miró desconcertada, temerosa.

-Pero tú te interpones en el camino. Elaine debería besarte los pies. Rosie y tú sois su única protección -dijo Blaze con suavidad-. Casarme contigo me hace olvidarme de la venganza... ¿Satisface eso tus instintos fraternales?

No, era terrible. Si se marchaba, Elaine abortaría. Si le decía a Blaze la verdad, éste volvería, con renovada ira, a sus planes de venganza. La única solución era casarse con él... pero no podía llegar tan lejos, ¿o sí?

-En cuanto a tu padre -prosiguió Blaze-. No tengo ningún interés en seguir adelante. Sus empresas están al borde de la bancarrota.

Chrissy se quedó perpleja ante la fría indiferencia con que Blaze mencionaba aquella revelación.

-¿Bancarrota? Yo creía que todo le iba bien...

-No debió vender la cadena de comida rápida, conocía ese negocio desde que empezó a trabajar, y se equivocó en algunas inversiones. No creo que pueda seguir viviendo aquí.

Chrissy no sentía gran aprecio por su padre, pero lamentaba su suerte. Había hecho del dinero su dios, la única razón de su existencia. Sin su fortuna, ¿qué haría?

-Le tienes lástima -dijo Blaze apretando los labios.

-Es mi pa... padre.

Blaze la miró fijamente.

-Espero la misma lealtad cuando me prometas amarme, honrarme y obedecerme hasta el resto de tus días -dijo-. Y no me gustaría estar en tu piel si no es así.

Chrissy apartó la mirada primero que él.

-Chrissy, nadie elige a su familia. No tienes nada en común con Elaine excepto el apellido. Tú no mientes, ni manipulas, ni engañas. Que tu familia no se interponga entre nosotros.

De los tres pecados que había mencionado Blaze, ella era culpable de todos ellos. No se atrevía a mirarlo a los ojos. Había sido ella la que se había metido en la boca del lobo, pero Blaze la había forzado a hacerlo, se dijo, desesperada por compartir una parte de su culpa. El niño no nacido de Elaine era el único inocente en aquella historia.

Ojalá pudiera confiar lo bastante en Blaze como para contarle la verdad, pero estaba tan hambriento de venganza que no podía arriesgarse.

-Ven aquí -dijo Blaze apoyando una mano en su espalda y llevándola al vestíbulo. Allí había una caja dorada con un logotipo muy hermoso, junto a varias bolsas-. Vamos a salir, vamos a cenar a casa de los Allan. Te he comprado alguna ropa.

-¿Vamos a salir?

-Quiero que te vistas para impresionar -dijo Blaze dándole la caja y las bolsas a Chrissy-. Floss va a venir a cuidar a Rosie.

-¿Vamos a casa de los Allan? -dijo Chrissy, conmovida ante la idea de salir a cenar con él.

-Es un propietario. Entreno cinco de sus caballos.

Le había comprado ropa, pero Chrissy deseaba que nada le quedara bien. No quería pensar en lo que significaba un gesto como aquél, pero lo peor era que la mentira iba a hacerse pública. Aparecer juntos en un restaurante era como dar un paso adelante. Una vez más, la mentira seguía creciendo, aunque, se decía, no había nada que ella pudiera hacer, lo único que podía hacer era llamar a Elaine y convencerla para no abortar.

Después de darse un baño, abrió la caja dorada y sacó un vestido de noche de terciopelo negro de manga corta y escotado en la espalda. Era justo de su talla. En las bolsas había unos zapatos de tacón alto, de terciopelo y adornados con diamantes, un bolso de noche, medias negras y un juego de lencería negra de seda, que la hizo sonrojar. Y todo le sentaba como un guante.

Blaze la esperaba en el cuarto de estar, leyendo una revista de caballos. Chrissy se aclaró la garganta para anunciar su presencia. Blaze tiró la revista, se levantó y la miró de arriba abajo. Le brillaron los ojos. Se fijó en los labios pintados de rojo y en la hermosa figura de Chrissy, que el vestido realzaba, y en sus largas piernas.

-¿Quién es Demi Moore? -dijo Blaze-. Estás impresionante.

Chrissy suspiró con timidez, sabiendo que aquellas palabras sólo podían tener como fin darle confianza. En su opinión, Blaze era el único que estaba impresionante. Llevaba esmoquin y estaba guapísimo.

-Sólo tengo una queja -dijo Blaze-. He elegido el negro para que parecieras mayor, pero no te hace mayor. Aparentas dieciséis años, como si fueras a tu primera cita.

Chrissy se sonrojó todavía más y apartó la mirada. En realidad, era su primera cita. No había tenido novios; como Elaine había dicho, era una chica gruesa y nada atractiva. Y luego, al abandonar su casa, sólo había pasado dos meses en la universidad antes de que sobrevinieran los problemas de su madre. Aparte de algunas salidas, tenía tan poca experiencia como aparentaba.

-Quiero que lleves esto... -dijo Blaze abriendo una caja de terciopelo, de la que sacó un collar de diamantes, que brillaba a la luz de la chimenea-. Era de mi madre.

-¡No puedo! -dijo Chrissy, vencida por la culpa, pero, ignorando el comentario, Blaze le puso el collar en el cuello-. Pero si era de tu madre...

-Se hace tarde -dijo Blaze, empujándola con delicadeza hacia la puerta.

Floss acudió al vestíbulo.

-Qué feliz soy por vosotros...

-Creías que no ibas a ver este día, ¿verdad? -dijo Blaze.

Una vez en el coche, Chrissy le preguntó:

-¿Por qué le has hablado a Floss de nosotros?

-Hamish me ha tratado como aun corruptor de menores desde que ayer oyó a Elaine -dijo Blaze.

-¿Qué?

-Según Elaine, tú eres una adolescente y yo diez años mayor. Y la verdad es que no puedo decir nada en contra.

Chrissy se retorció en el asiento, cada vez más nerviosa por la importancia y la dimensión que estaba adquiriendo su mentira.

Los Allan vivían en lo que debió ser una antigua granja, que se había convertido en una mansión, rodeada de grandes extensiones. Davis Allan, un hombre de cerca de sesenta años, los recibió en la puerta.

-Siempre eres el último en llegar, Blaze... Ah, ¿quién eres tú?

A Chrissy le dieron ganas de salir corriendo, estaba allí sin invitación.

-No eres Lesley, ¿verdad?

-Chrissy -dijo Blaze.

-No me acostumbro a tu harén, muchacho -dijo Davis dándole a Blaze una palmada en el hombro. Chrissy se sonrojó, y le dieron ganas de atar a Blaze con una cadena y matarlo poco a poco.

En cuanto cruzó una mirada con Janine Allan, se dio cuenta de que su presencia no era bien recibida. La mujer de Davis tenía veinte años menos que él y miraba a Blaze con fervor, sin prestar atención a los otros seis invitados.

-No debías haberme traído cuando no me habían invitado -le dijo Chrissy a Blaze cuando entraban en el comedor.

-Todas mis invitaciones dicen: «y acompañante».

-Eres demasiado joven para ser asistente -le dijo Janine con una falsa sonrisa, y alguien se rió a sus espaldas.

-Me gustan las asistentas jóvenes y frescas -dijo Blaze.

Chrissy se mordió los dientes.

-He oído las historias más extraordinarias sobre ti -dijo Janine.

Davis Allan tosió.

-No creo que...

-¿Que Chrissy en realidad no es mi asistente? -dijo Blaze-. Eso es cierto.

Alguien volvió a reírse y Janine pareció cualquier cosa menos contenta de oírlo. Blaze tomó a Chrissy de la mano.

-Pues veréis, Chrissy y yo vamos a casarnos.

-¿Vais a casaros? -preguntó su anfitriona, perpleja.

A su marido se le cayó el vino, nadie se rió y todos se quedaron boquiabiertos.

Chrissy se quedó muy pálida.

Davis propuso un brindis, y todo el mundo empezó a comentar las ventajas del matrimonio y sus peligros. Janine, finalmente, miró a Chrissy con pena, y no con envidia.

Para Chrissy fue la noche más larga y horrenda de su vida.

En el camino de vuelta a casa, Blaze, de repente, detuvo el coche en el arcén, se desabrochó el cinturón de seguridad y abrazó a Chrissy, para darle un beso en la boca. Un beso explosivo que Chrissy sintió de pies a cabeza.

Luego, Blaze le acarició los muslos, por encima de las medias de seda.

-Lo necesitaba -dijo sin dejar de besarla.

En ese momento les adelantó un coche que tocó el claxon tres veces.

Blaze se rió.

-Vaya fama que tengo. Era uno de los invitados de Allan.

Chrissy hacía verdaderos esfuerzos por controlarse, porque aquella mano sobre sus muslos la estaba volviendo loca.

-¿Por qué les... les dijiste que vamos a casarnos?

-Como vamos a casarnos pasado mañana, no me ha parecido demasiado prematuro.

Chrissy se quedó helada.

-¿Pasado mañana? ¿Estás loco o qué? -¿Por qué te crees que he ido a ver a Theo?

-¿Y quién es Theo?

-Mi padrino. ¿A quién iba a recurrir si no cuando me hace falta una licencia especial?

-¿Una licencia especial? Blaze frunció el ceño.

-Si esperamos, los periódicos se van a alegrar mucho. Antes o después, alguien va a acabar por hablar con la prensa. A Rosie y a ti os llamarían mi hija y mi amante secretas. Incluso Theo ha entendido la necesidad de darnos prisa, y además, como tenía miedo de que yo no me casara nunca, se dio mucha prisa en extender la licencia. Probablemente piensa que, si esperamos, voy a cambiar de opinión. Pero se equivoca.

-¿Theo es un párroco?

-Es obispo. Se ha puesto en contacto con el vicario de la localidad. Quiere officiar la ceremonia. ¿Te importa?

-¿El qué? -masculló Chrissy.

Blaze gruñó con exasperación.

-¿Cuánto vino has bebido? ¿Crees que no será una buena boda? Puedes ponerte un vestido, si quieres, blanco... Ahora ya nadie se fija en que sólo las vírgenes vayan de blanco.

-No, nadie -dijo Chrissy con un susurro, y con un nudo en el estómago-. No puedo casarme contigo, Blaze.

-Claro que puedes -dijo Blaze poniendo el coche en marcha.

-Lo digo en serio... no puedo... ¡No puedo!

-No pienso escucharte -dijo Blaze.

-Buenas noches -se despidió Chrissy al llegar a la mansión.

-¿Qué demonios te pasa?

-Na..., nada... Yo sólo... no me siento bien -dijo Chrissy, y era cierto.

-¿Y no podías habérmelo dicho?

-Estoy muy cansada, con la excitación y las discusiones...

Algo brilló en la mirada de Blaze, un signo de preocupación, y tenía aspecto, por una vez, de estar algo inseguro.

Chrissy no se durmió hasta el amanecer, y se despertó de repente cuando alguien le sacudió en el hombro.

-¿Qué pasa?

-Blaze les ha dicho a los obreros que se vayan para que pudieras descansar -le dijo Floss alegremente-. Y si has dormido hasta tan tarde será porque lo necesitabas. Eran más de las tres.

-¿Y Blaze?

-Se ha ido a Londres.

Chrissy lo sabía, él se lo había dicho el día anterior. Se dirigió al teléfono, para hablar con Elaine, le diría que iba a casarse al día siguiente, pero Elaine no estaba. Se paseó por el salón, preguntándose si Elaine ya habría vuelto con Steve, con temor y esperanza. A las siete de la tarde, sus insistentes llamadas telefónicas obtuvieron respuesta.

Su hermana respondió con calma.

-Blaze y yo vamos a casarnos mañana -le dijo con voz temblorosa.

-Puede que vayas a la iglesia -dijo Elaine con una carcajada-, pero te aseguro que no te casarás mañana ni ningún otro día.

Chrissy tragó saliva.

-¿Cómo puedes...?

-Ya lo sabrás -dijo Elaine colgando el teléfono.

Chrissy trató de volver a hablar con ella, pero fue imposible. Una hora después, llamaron al timbre. Era Hamish.

-Blaze no podía comunicar por teléfono. Me ha dicho que le diga que esta noche no vendrá -dijo Hamish con mucha seriedad-. Debe estar en la despedida de soltero...

-Gracias, Hamish -dijo Chrissy, y le dieron ganas de tirarse de los pelos.

-¡Es una completa desgracia! -dijo Hamish-. Aprovecharse de una jovencita... debería darle vergüenza.

Chrissy sonrió, al menos sabía que contaba con el apoyo de Hamish, pero estaba al borde de la histeria. ¿Qué podía hacer? ¿Qué significaban las palabras de Elaine? En cualquier caso, sabía que no podía ir a la iglesia, y que si iba, allí acabaría su trayecto, porque una vez allí, no podía seguir mintiendo. Su mentira había llegado a su final.

Capítulo 9

ESTÁS preciosa... -dijo Floss, interrumpiéndose, porque intuía que algo no andaba bien. Pero la actitud distante de Chrissy no invitaba a hacer preguntas.

Una combinación de miedo y desesperación la paralizaba, pero una palabra equivocada la haría romper a llorar. En lo único en lo que podía pensar era en lo que la esperaba en la iglesia. Tontamente, no había pensado en que Floss se inmiscuiría en los preparativos, pero allí estaba, ante ella, sonriendo y con el vestido de novia que Blaze había enviado desde Londres el día anterior.

Era blanco y con encajes en rosa, y sólo vagamente parecía un vestido de novia, aunque era muy romántico y con mucho vuelo. El hecho de que Blaze hubiera elegido el vestido, subrayaba la decepción que sentía Chrissy. Para Blaze aquel día era el día de su boda, lo que ella pudiera sentir tenía menos importancia.

Pero, ¿cómo se sentiría cuando le dijera la verdad? ¿Por qué había dejado que las cosas llegaran tan lejos? Y el final iba a tener lugar en la iglesia, el peor escenario para una revelación así. Y su padrino, el obispo, esperando para officiar una ceremonia que no se llevaría a cabo. Si Blaze hubiera llegado el día anterior, se lo habría dicho.

-Pellízcate las mejillas -dijo Hamish cuando se subieron al coche-. Pareces un fantasma.

Ella deseaba ser un fantasma, deseaba estar muerta y enterrada. Hasta aquel momento, había suprimido rigurosamente sus sentimientos en favor de los de Blaze. Sus propias emociones le habían parecido irrelevantes comparadas con la tarea de salvar al niño no nacido de Elaine. Pero en aquellos momentos estaba sumergida en ellas y no podía controlarlas. Amaba a Blaze, veía todos sus defectos, pero lo amaba. Nunca había creído que el amor fuera así, pero así era. No era ciego, era comprensivo.

Sabía que él no la amaba, pero al menos la apreciaba. No era mucho, pero lo poco que era lo iba a perder. Blaze la despreciaría, porque la decepción sería imperdonable. Una vez derribadas las barreras, él había sido sincero con ella, pero lo único que ella había hecho había sido mentir y mentir. No volvería a verlo... nunca. Había hecho las maletas el día anterior, para que su marcha fuera más rápida.

Miró por la ventanilla, la iglesia estaba llena de gente, en su mayor parte vecinos de la localidad. También estaba la prensa, y al ver a un fotógrafo le dieron ganas de llorar.

Bruscamente, se abrió la puerta. Era Blaze, que parecía surgido de ninguna parte. La tomó de la mano y la sacó del coche.

-Malditos buitres -dijo, malinterpretando el gesto aterrado de Chrissy.

-Danos un respiro, Blaze -decía uno de los periodistas, mientras Blaze se abría paso tapando a Chrissy con el brazo y manteniendo su cabeza agachada, privándoles de una buena fotografía.

-Tengo algo que... que decirte -dijo Chrissy, cuando entraron en la parte trasera de la iglesia-. Yo...

Cerrando la pesada puerta, Blaze le dio la vuelta y la abrazó. Luego la miró de la

cabeza a los pies.

-Estás preciosa -murmuró.

Chrissy se sonrojó y se sintió perdida.

-Yo... tengo que... que decirte...

-¿Blaze? -intervino alguien.

Blaze dio media vuelta.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Elaine se quedó paralizada, pero se recobró al instante.

-Llevo aquí más tiempo que tú, cariño. Estaba esperando la llegada de la novia.

Espero que sepas agradecer los esfuerzos que he hecho para librarte de esto.

Chrissy se quedó de piedra. Elaine sostenía un documento en la mano. Ignorando la oferta, Blaze trató de abrirse paso.

-Es la partida de nacimiento de Rosie... Creo que deberías echarle un vistazo

-dijo Elaine dándole el documento.

A Chrissy le temblaron las rodillas. Elaine había conseguido la partida de nacimiento de Rosie, pero ¿cómo... cómo? ¿Cómo podía haber averiguado cuándo nació Rosie? ¿Cómo llegó a sospechar que era hija de su propia madre?

-La cría es hija de Dennis Carruthers -dijo Elaine mirando a Chrissy con desprecio-. Tuve que ir a Londres a buscarlo. Sabía el nombre del abogado que llevó el divorcio de Belle. Le dije que Belle había muerto y que yo quería averiguar dónde estaba mi hermana pequeña, quién estaba cuidando del bebé de mi madre. Y coló. Tenía una copia de la partida de nacimiento en sus archivos.

Chrissy no escuchaba a Elaine, miraba a Blaze. El tiempo pareció detenerse mientras abría el sobre que contenía el documento. Se fue poniendo pálido y la belleza de sus rasgos fue desapareciendo a medida que se le tensaba el rostro. La mano que apoyaba en la espalda de Chrissy fue cayendo poco a poco. Le vio cerrar los ojos y volver a leer el certificado, comprobando su autenticidad.

Y el tiempo volvió a acelerarse.

-Lo... lo siento -susurró Chrissy con la voz rota, desconsolada ante la idea de haber causado tanto daño sin ni siquiera el consuelo de haber conseguido algo a cambio, porque era evidente que Elaine seguiría adelante con el aborto.

-Apuesto a que sí -dijo Elaine, con una sonrisa triunfal.

Chrissy lloró en silencio, mientras Blaze miraba al suelo. Le había hecho daño, aunque no quiso hacerlo. Se había encariñado con Rosie tan pronto, le había agradado tanto la idea de que era su hija... hasta que le arrojaron la humillante verdad delante de la cara.

-Mi querido hijo... aquí estáis. No es éste el momento de llorar. He sorprendido a uno de esos reporteros entrando en la sacristía.

-Me temo que hay un cambio de planes -intervino Elaine.

Con consternación, Chrissy se fijó en el anciano vestido con el tocado púrpura y la mitra de obispo anglicano, que se acercaba a ellos desde el centro de la nave.

Blaze miró a Chrissy, y a nadie más. Sus ojos parecían zafiros incandescentes y

no movía ni un músculo de su rostro. Chrissy retrocedió, como si fuera a pegarla. Había crecido con un padre que perdía los nervios a menudo, pero lo que recibía de Blaze era infinitamente más amenazador. Era una furia explosiva más terrible que la que su padre había descargado nunca sobre ella. Una ira salvaje, física, apasionada.

El órgano comenzó a sonar, interrumpiendo el silencio.

-La boda se anula -dijo Elaine.

Blaze se dio la vuelta y, de repente, sonrió de oreja a oreja.

-¿Sí? -dijo con ironía-. Si pudieras probarme que tu hermana se ha acostado con un equipo entero de fútbol, yo sólo le preguntaría qué tal se lo ha pasado. Estoy locamente enamorado por primera vez en mi vida y nada de lo que puedas decir o hacer va a cambiar eso.

Chrissy se vio sorprendida cuando Blaze la agarró por el hombro.

-¡Sigamos con esto! -le dijo Blaze al obispo.

-Pero... no podemos -susurró Chrissy con incredulidad, mientras Blaze la arrastraba hacia el pasillo, sin prestar atención a sus protestas.

La música del órgano alcanzaba su punto culminante. Chrissy, que no podía olvidar el gesto estupefacto de su hermana. Intentó soltarse, desconcertada ante el extraño comportamiento de Blaze. Todo había terminado, se decía, y poco importaba que hubiera sido su hermana y no ella la que anunciara las malas noticias.

-¡Estáte quieta! -le ordenó Blaze sacudiéndola con fuerza-. Vamos a seguir adelante, no pienso perderme el gran final.

-¿Qué? -dijo Chrissy, y se vio silenciada por las atónitas miradas del reverendo Haynes y su esposa. Se habían dado la vuelta para verlos entrar por el pasillo y se habían dado cuenta de que pasaba algo muy extraño.

El obispo se daba cuenta de lo mismo, pero decidió no prestarle mayor atención.

-Queridos amigos -dijo, comenzando la ceremonia, y a partir de ahí prosiguió con el discurso ininterrumpidamente.

Chrissy, blanca como la nieve, no dejaba de temblar, pero Blaze la sostenía con fuerza. Sus vacilantes respuestas, eran vigiladas estrechamente por la mirada implacable de Blaze, y al cabo de no mucho tiempo, todo terminó. El padrino de Blaze estaba algo pálido y no dejaba de sudar por la frente. Dijo algo acerca de que el matrimonio era un camino sorteado de dificultades, pero la perseverancia, el compromiso y la mutua tolerancia abrirían un paso en medio de las avalanchas.

-¡Sonríe! -ordenó Blaze entre dientes cuando salían de la iglesia.

Chrissy sonrió temblorosamente. Seguía conmocionada y no podía creer que Blaze la hubiera obligado a seguir adelante con la ceremonia, como tampoco podía creer que estuvieran casados. Se vieron rodeados de cámaras. ¿Se había casado para vengarse de Elaine, que había desaparecido en cuanto él dijo que la amaba?

¿O se había casado sólo por orgullo? ¿No se daba cuenta de que, de no llevarse a cabo el matrimonio, era ella la que aparecería como una tonta y no él? La gente se habría reído sin compasión, diciendo que Blaze Kenyon no estaba hecho para casarse y que todo el mundo lo sabía.

Blaze la condujo a través de la multitud, sonriendo, respondiendo a los saludos, estrechando manos, poniendo flores en sus manos. Era como formar parte de la realeza. Durante algunos minutos, se vio bañada en la luz dorada de la popularidad de Blaze, y luego esa luz se apagó, cuando él cerró la puerta del Ferrari.

Mientras se iban, Chrissy esperó el ataque verbal de Blaze, pero éste no tuvo lugar. El silencio, sin embargo, dolía y se extendía hasta que resonaba a su alrededor como un tañir de campanas. Pero él seguía sin decir nada, conduciendo como si el mismo diablo los siguiera. Chrissy esperaba oír una sirena de policía, pero no la oyó. Finalmente, cuando ella ya no podía oír el silencio ni un segundo más, lo rompió.

-Le mentí a Elaine porque está embarazada. Iba a abortar y pensé que si podía convencerla de que Rosie era hija tuya...

Blaze murmuró algo irreplicable.

Valientemente, Chrissy continuó.

-Pensé que volvería con Steve y así salvaría al bebé. Nunca pensé que fuera a decirte lo que yo le dije a ella. Y cuanto tú viniste a hablar conmigo, no te dije la verdad porque, si lo hubiera hecho, tú le habrías dicho que era mentira y entonces ella habría seguido adelante con el aborto... ¿Me estás escuchando? No creía que fuera a llevarnos tan lejos, no quería... Lo lamento.

-Ahora no lo lamentas, pero lo vas a lamentar -dijo Blaze.

No la escuchaba, ella sabía que no la escuchaba. La rabia era una emoción exclusiva. Chrissy tenía la sensación de que todo lo que en aquel preciso momento existía para Blaze era lo que ella le había hecho, no le interesaban los cómo o porqués. Estaba centrado en las mentiras, en lo que le había hecho pensar que pudiera haberse aprovechado de una chiquilla de diecisiete años, en la ilusión construida por ella de que Rosie pudiera ser su hija.

-¿Adónde vamos?

-A Londres.

-Pero, ¿y Rosie?

-Floss se ocupará de ella todo el fin de semana -respondió Blaze secamente.

Presumiblemente, Blaze se proponía seguir adelante con las apariencias. Chrissy se ruborizó, presa de la culpa.

-No... no tengo ropa.

-No vas a salir en todo el fin de semana -dijo Blaze con frialdad-. Hamish nos traerá a Rosie el lunes por la mañana y nos iremos los tres a París, pero ahora no quiero llevarte a París.

A Chrissy se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se esforzó por no llorar. Una luna de miel, Blaze había hecho los preparativos para una luna de miel, incluso había pensado en Rosie. Se sentía muy mal, comida por el remordimiento y la vergüenza.

-No esperaba que tú...

-¡Deja de hacerte la santa de una vez! -la interrumpió Blaze, perdiendo la frialdad de una vez por todas-. Por lo menos, concédeme el favor de reconocer que he sido burlado por una profesional. No puedo creer que haya sido tan imbécil... Guy me

dijo: «Compruébalo, espera a las pruebas de ADN, contrata a un detective y que investigue tu pasado, niégalo todo hasta que estés seguro». Ese fue su consejo de experto. ¿Y qué hice yo? -dijo con una amarga carcajada-. Te creí... Me sentía culpable, no quería humillarte, pensaba que ya habías sufrido demasiado. Y pensar que creía que eras distinta a las demás.

-¡Por favor! -dijo Chrissy sollozando.

-Cuanto más llores, mejor... así que, adelante -dijo Blaze con desprecio-. Pero guárdate alguna lágrima para luego, cariño, la vas a necesitar. Quiero que me supliques, y espero una buena representación. Esta vez quiero ver esos grandes ojos llorando de verdad.

-¡Lo siento! -dijo Chrissy entre sollozos-. ¿Por qué me has obligado a casarnos? ¿Por qué?

-¿Por qué? Muy pronto lo sabrás.

Chrissy sintió temor e hizo un gran esfuerzo por enjugar las lágrimas.

Guardaron silencio durante algunos minutos, un silencio que, esta vez, Chrissy agradeció. Probablemente, Blaze anularía el matrimonio. Acarició las flores que llevaba en el regazo y una angustia amenazó su recobrada compostura.

-¡Voy a tirar eso! -dijo Blaze con desprecio cuando se detuvieron a echar gasolina.

-¡No! -dijo Chrissy, quitándolas de su alcance.

Blaze había reservado una suite en el Savoy. Era preciosa, y le dieron ganas de llorar, pero para ocultar su emoción se acercó a la ventana.

-Te he comprado ropa, debe de estar en el vestidor. Cámbiate, quítate ese ridículo vestido -dijo Blaze con rabia.

-A mí me gusta -dijo Chrissy desafiante, sabiendo lo que Blaze pretendía. Quería destruir toda evidencia física del matrimonio.

Blaze se acercó a ella, y antes de que se diera cuenta de qué se proponía, metió la mano en el escote y rasgó la pechera del vestido. Chrissy se quedó de piedra, boquiabierta, y se cubrió los pechos con los brazos.

Temblando, Chrissy comprobó cómo Blaze le separaba los brazos del cuerpo y deslizaba las hombreras del vestido, dejándolo caer a sus pies. Chrissy tenía miedo de moverse, pero empezó a retroceder hacia el vestidor. Blaze la detuvo.

-¿Por qué molestarse? Me gustas así.

Blaze volvía a tener una mirada incandescente y Chrissy se sonrojó. Tenía la alarmante sensación de que cuanto más piel viera Blaze, más se enfadaría. Él estiro el brazo y le desabrochó el sujetador, quitandoselo y tirándolo al suelo. Cubriéndose los pechos, Chrissy corrió hasta el dormitorio, esperando que el baño tuviera pestillo.

Pero no consiguió llegar. Blaze se interpuso en su camino. Le daba miedo y retrocedió, intimidada por su mirada y su respiración agitada.

-Déjate de comedias -dijo Blaze, quitándose la chaqueta y la corbata-. No eres una santa y sabes muy bien cómo utilizar tu cuerpo para dominar a los hombres. Y apuesto a que eres tan zorra como tu hermana... Después de todo, llevas su sangre,

pero tú eres mucho más lista, ¿verdad? -dijo, clavándole una mirada terrible-. Y has tenido mucho cuidado de no meterte en mi cama hasta llegar a la iglesia. Hay un nombre para las mujeres como tú, y no es muy agradable...

Chrissy estaba destrozada. Blaze no creía nada de lo que le había contado. Se miente una vez y los demás te toman por mentiroso, pensó. Blaze ya no confiaba en ella, creía que había interpretado el papel de mujer inocente para despertar su interés.

-Yo no... no soy así.

-¿No? -dijo Blaze con burla y volvió al salón. Reapareció con una botella de champán y dos copas. Abrió la botella y sirvió las copas sin derramar ni una gota-. Bueno, cuéntame otra vez cómo hicimos el amor en el suelo, refréscame la memoria.

Chrissy no dijo nada.

-Yo no me desnudé, ¿no es así? -dijo Blaze-. Y creo que dijiste que fue muy rápido. Un detalle innecesario, ¿no te parece?

Chrissy lo miró como un animal capturado en una trampa.

-Ya sabes que nunca ocurrió.

-¿De verdad? Fíjate, tengo el problema de separar la realidad de la ficción. ¿Me estás diciendo que en realidad ni siquiera llegué a tocarte?

-Sí -confirmó Chrissy, impaciente por encontrar el momento de escapar.

-¿De verdad? ¿Así que entonces no satisfice mis instintos en tu cuerpo de virgen adolescente y luego te dije que te fueras?

-Lo único... lo único que hiciste fue besarme y luego me apartaste -dijo Chrissy con sonrojo-. Me... me acusaste de echarme encima de ti y hablaste de Elaine. Me humillaste, fuiste muy cruel...

-Violenté tus tiernos sentimientos de adolescente, ¿no?

-Yo... yo no me eché encima de ti.

-Así que, entonces, nunca hemos hecho el amor -dijo Blaze con una sonrisa insolente-. Eso debería añadir un poco de picante a un fin de semana en el que tengo intención de tenerte de todas las maneras posibles... y te aviso que tu imaginación no tiene ni para empezar comparada con la mía.

A Chrissy se le hizo un nudo en la garganta. Blaze no podía hablar en serio. Sólo si el matrimonio no estaba consumado podría anularse, y lo último que él querría hacer bajo las presentes circunstancias era privarse de una salida.

-Te equivocas -dijo Blaze, como si hubiera escuchado los pensamientos de Chrissy-. No me importa lo que este fin de semana pueda costarme.

-Blaze, quise decirte la verdad antes de que apareciera Elaine -dijo Chrissy con desesperación-. Te la habría contado anoche si hubieras venido. No mentí para engañarte, mentí para salvar al niño de Elaine. Quería ab... abortar porque estaba convencida de que tenía un futuro contigo, pero yo no podía dejar que abortara, no cuando sabía que tú sólo querías venganza.

-Impresionante. Mientes de un modo muy convincente -dijo Blaze, aplaudiendo con sarcasmo-. La señorita mártir... sin un solo motivo egoísta.

-¿Qué motivo iba a tener? -preguntó Chrissy débilmente-. No podía pretender ocultarte el parentesco de Rosie siempre.

-¿No? Con el dinero que tengo, estoy seguro de que siendo mi mujer podrías disponer del dinero suficiente para encontrar a alguien que pudiera extender una partida de nacimiento adecuada. Eso era todo lo que necesitabas hacer. Era poco probable que yo pidiera pruebas de ADN después de la boda.

Blaze parecía completamente convencido de lo que decía. Chrissy, sacudiendo la cabeza en silencio, lo miró consternada. Blaze pensaba que había utilizado a Rosie para atraparlo.

-Y yo nunca lo habría sabido...

-Yo nunca te haría algo así.

-Estás predicando en el desierto, cariño -dijo Blaze apurando su copa de champán y estudiando a Chrissy con amenazadora intensidad-. Eres una aprovechada y una oportunista y no me interesa lo que puedas decir.

Dejó la copa en la mesita y se acercó a Chrissy, que empezó a respirar con dificultad, reaccionando al peligro que se avecinaba.

-No... no...

-Se llama recibir tu merecido, Chrissy, y tú vas a estar recibiendo tu merecido hasta que me canse.

Blaze le apartó las manos y dejó sus pechos al descubierto.

-Me parece que estás llevando tu papel de mojígata demasiado lejos -dijo con sarcasmo-. Tú no eres inocente y yo estoy muy excitado.

Chrissy se sonrojó, pero, al mismo tiempo, se echó a llorar.

-No puedes, no puedes.

-Puede que Rosie no sea mía, pero tú sí lo eres.

-Blaze, por favor... -dijo Chrissy, horrorizada ante la idea de que le hiciera el amor en el estado en que estaba.

-Toda mía... y puedo hacer lo que quiera contigo -dijo arrastrándola hasta la cama, y antes de que Chrissy pudiera reaccionar, le quitó las braguitas y las medias de un tirón.

Se tendió junto a ella en el colchón.

-Ahora no hace falta que finjas, cariño -murmuró-. Tienes unos pechos muy bonitos... y no creo que sea el primer hombre en decírtelo.

Chrissy lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, presa del temor y con un nudo en la garganta. Blaze agachó la cabeza y le lamió un pecho, en toda su redondez, hasta llegar al pezón. Chrissy se quedó inmóvil, luchando contra la sensación que comenzaba a surgir en su interior.

-No te resistas... Lo estás deseando tanto como yo -dijo Blaze con voz grave.

Chrissy se estremeció y cerró los ojos. Quería ser igual que un bloque de madera, de ese modo, tal vez ta dejara en paz. Pero reaccionó cuando Blaze tomó ambos pechos con sus manos, se estremeció cuando la lamió y la mordisqueó y luego la besó en la boca, intensamente.

-No -gimió Chrissy al sentir el asalto, porque sabía que Blaze estaba dominado por el desprecio y por el deseo de humillarla y caer en el juego sería una traición imperdonable.

Los pechos casi le dolían, bajo las caricias y el corazón latía en una carrera desenfrenada y fuera de control. Y entonces se dio cuenta de que Blaze ya había vencido, porque un gran deseo por él comenzaba a surgir en grandes olas de abandono.

Blaze volvió a besarla en los pechos y ella gimió desesperadamente, mientras Blaze la torturaba y la excitaba y la atormentaba llevándola al límite de la excitación.

El vello rizado de su pecho rozaba la delicada piel de su estómago y ella se arqueó en un movimiento involuntario, dándose cuenta de que estaba muy excitado.

De repente, Chrissy se sintió liberada y dejó escapar un gemido de protesta antes de abrir los ojos. Blaze se estaba quitando las prendas que le quedaban y volvió a tenderse sobre ella, que notó sus musculosas piernas y toda la fuerza de su excitación, caliente y suave. Y sintió un calor repentino en la pelvis.

Empezaba a descubrir que ella también quería tocarlo, explorar su cuerpo. Enredó los dedos en el vello de su pecho y le acarició con suavidad al tiempo que empezaba a gemir. Lo besó en el hombro. Su piel era suave y tersa. La lamió y la mordió delicadamente, como si hubiera aprendido la lección que él le había enseñado momentos antes.

Blaze echó la cabeza hacia atrás y volvió a besarla en la boca, con urgencia y deseo y ella sintió que tenía todo el cuerpo tenso, herido de pasión. Pero no quería quedarse inmóvil... era imposible quedarse inmóvil mientras Blaze exploraba entre sus muslos con la mano. Gimió, profiriendo un sonido animal y arqueó la espalda.

-Eres pequeña y... tersa -dijo Blaze con voz ronca y luego murmuró otras cosas, íntimas y salvajes.

Chrissy había perdido el sentido, literalmente, presa del deseo, cuando Blaze le separó las piernas y se tendió entre ellas. Su cuerpo entero estaba pendiente de la desnuda necesidad de sentirlo dentro. Temblaba, se estremecía, dominada por un ansia desconocida, cuando notó que Blaze quería penetrarla e, instintivamente, se puso tensa.

-No... -gruñó Blaze, mientras mantenía sus piernas separadas y la penetraba centímetro a centímetro.

Chrissy sintió el dolor y gritó al sentir el duro empuje en su húmedo interior, que rompía la barrera que le impedía entrar. Blaze con un gemido de satisfacción, tomó plena posesión de ella.

Sólo entonces se detuvo un instante y miró a los ojos de Chrissy, que estaba pálida y tensa.

-Rosie habría sido un milagro... Ahora me explico por qué no me has dejado hacerte el amor antes -gimió con indescriptible satisfacción y con un intenso y complacido brillo en los ojos, y luego se movió dentro de ella con delicadeza.

-¡Para!

-Me encanta -murmuró Blaze, con provocación-. Has mentido y me has engañado,

pero, básicamente, eres una buena chica, que se ha estado protegiendo para su marido. Te estoy muy agradecido por una experiencia que creía que no iba a tener. Tranquilízate, voy a ir despacio, pero no voy a parar.

En aquel instante, Chrissy lo odió con todas sus fuerzas, pero un momento después, Blaze encontró su boca y le dio una serie de besos breves y tentadores, que mitigaron el dolor, y ella empezó a excitarse otra vez. Se dijo a sí misma que no era posible que quisiera seguir, pero su cuerpo decía otra cosa, temblando y derritiéndose con cada empuje. Echó la cabeza hacia atrás y el placer empezó a alcanzar extremos insoportables.

-¿Me paro?

-No... -murmuró Chrissy, en la cresta de una ola de éxtasis que crecía y crecía. Ya no podía luchar contra sus propias emociones, contra su instinto natural, y acompañó a Blaze en su rítmico movimiento, acercándose al colmen de las sensaciones en la creencia de que podría volar al estallar en un clímax intenso e interminable.

Blaze se tendió de lado sobre la cama, dejando a Chrissy con una sensación de abandono, mientras poco a poco descendía de las nubes del placer a la cruda realidad de la vida.

La realidad era el silencio. Luego notó que se levantaba de la cama y oyó que se daba una ducha. Se sentía como una víctima que había colaborado en su propia caída. En el campo de la experiencia sexual no era más que una principiante y la incredulidad de Blaze al comprobar que era virgen le había dolido. Después de decirle lo que pensaba de ella, la había forzado a interpretar su papel de novia hasta sus últimas consecuencias, y al hacerlo la había humillado mediante el establecimiento de su poder sexual sobre ella. Se sentía utilizada y era una sensación amarga y triste, sentía lástima de sí misma.

Blaze volvió del baño y la levantó de la cama, observando la evidencia de su inocencia perdida, completamente visible en la sábana.

-Dios mío -dijo Blaze, palideciendo-. Creo que te hace falta un médico. ¿Es normal que sangres tanto?

Chrissy le dio una bofetada.

-¡Eres un sádico!

Blaze evitó el golpe y la llevó al baño, depositándola en el baño, que acababa de llenar.

-Si de verdad fuera un sádico -dijo-, estaría siguiendo mis inclinaciones naturales y tú todavía estarías en esa cama. No me importaría el daño que te he hecho, así que no tientes al destino. Después de todo, fuera de la cama, no me sirves de mucho.

Blaze se marchó cerrando la puerta y Chrissy se puso a llorar. Era algo que ya sabía, pero, de alguna manera, se las había arreglado para olvidarlo. Más que nada en el mundo, lo que ella quería era significar algo para él, aunque fuera como antes. Pero incluso eso estaba ya fuera de su alcance. Ella misma había cavado su propia tumba. Blaze no confiaba en ella y no la respetaba. Ella le había mentado y ése era su castigo.

Además, permitirse el pequeño consuelo de las lágrimas era patético, se dijo. Las lágrimas no podían cambiar nada. Al menos, Elaine volvería a casa con Steve, pero de eso apenas podía alegrarse, Blaze lo había conseguido sin su ayuda.

Capítulo 10

CHRISSEY salió del coche y entró en la casa. Rosie salió a recibirla y le dio un abrazo, y un segundo después preguntó:

-¿Blaze?

-Blaze está trabajando, pequeña -dijo Chrissy.

-Es una pena que no hayáis podido ir a París -dijo Floss-. Como si los establos no pudieran sobrevivir sin él una semana. Con esos obreros tan lentos, sólo tenemos la mitad de trabajo, yo creo que deberías haberle dejado las cosas claras.

-No importa -dijo Chrissy, oyendo las pisadas de Blaze en el vestíbulo.

-Oh, antes de que se me olvide... He hablado con Phyllis Roper, que dirige el jardín de infancia del pueblo. Me ha dicho que podría haber sitio para Rosie.

El momento más temido para Chrissy había llegado, cuando la niña se soltó de sus brazos y salió corriendo a saludar a Blaze.

Cuando Rosie lo interceptó al pie de las escaleras, Blaze se quedó inmóvil y frunció el ceño cuando la niña quiso que la tomara en sus brazos, abrazándose a sus rodillas y esperando recibir lo que ella había aprendido a obtener de él. Durante un segundo, Blaze parecía tan solo que a Chrissy se le hizo un nudo en la garganta.

-Blaze... papá -dijo la niña, y Chrissy sintió dolor.

-Se me escapó -dijo Floss-, pero sólo fue una vez y no deja de repetirlo. Lo siento.

-No te preocupes -dijo Blaze, fríamente.

-Bueno, se me hace tarde -dijo Floss, y se marchó.

Chrissy se quedó inmóvil como una estatua. Todo lo que Blaze se había negado a hablar durante el fin de semana estaba inscrito en sus ojos. Rosie... Pero Blaze no quería discutir sobre Rosie. Ella le había dejado creer que la niña era su hija y en aquellos momentos, en que se enfrentaba a la verdad, quedaba claro el daño que le había hecho.

Inesperadamente, Blaze cedió a los ruegos de la niña y se inclinó para tomarla en sus brazos. Pero, pensando que no querría el contacto con ella, Chrissy se apresuró a su lado.

-Déjamela a mí -dijo.

-Eres una zorra -susurró Blaze.

Chrissy retrocedió como si le hubiera dado una bofetada y palideció. Pero Blaze no soltó a Rosie, mirando a Chrissy con desprecio y aborrecimiento.

Chrissy se dirigió a la cocina y se dejó caer en una silla. ¿Cómo podía haber hecho el amor con ella cuando la aborrecía hasta tal punto? ¿Tan distinto era el temperamento de los hombres? El fin de semana había sido un ejercicio de

humillación, ejecutado con crueldad y precisión. En dos días, no había abandonado la suite del hotel.

La primera noche Blaze pidió que le sirvieran la cena en la habitación. Después de la cena se marchó, aunque ella no supo adónde. Ella, por su parte, se acostó y pudo dormir en paz. Pero entre el desayuno de la mañana siguiente y la hora del regreso, Blaze había estado con ella prácticamente cuarenta y ocho horas. Se ruborizó al recordar lo que había vivido durante aquellas horas. Blaze era un amante insaciable.

Blaze, instintivamente, sabía cuál era su mayor venganza y una y otra vez la había hecho perder el control entre sus brazos, comparándola con las prostitutas o con mujeres que quieren dormir con cualquier hombre sólo por su dinero o por su fama.

Le había dicho que, fuera de la cama, no le servía de nada. Pero lo que ella hubiera deseado era poder anular la instantánea respuesta sensual que sentía cada vez que hacían el amor. Ya no sentía ningún respeto por sí misma, Blaze había acabado con él. ¿Qué clase de mujer era ella cuando respondía de aquella manera a un hombre que la aborrecía?

Blaze entró en la cocina, pero ella no lo miró. Tenía miedo de mirarlo, temerosa de que sus confusas emociones la traicionaran. Blaze no sabía que ella había sido lo bastante estúpida como para enamorarse de él y pensar en lo que él podía hacer si lo averiguaba le helaba la sangre. Temía que se riera de ella, porque sabía que era muy capaz de hacerlo, y no se veía capaz de soportarlo.

-He oído que Floss mencionaba el jardín de infancia del pueblo. Deberías ir a apuntar a Rosie -dijo Blaze.

Chrissy se puso muy tensa, presa de la incompreensión. Blaze hablaba como si Rosie y ella fueran a quedarse... pero, ¿por cuánto tiempo?

-¿Para qué?

-Debería relacionarse con otros niños.

-Sí, pero no vamos a estar aquí para siempre.

-Pero estáis aquí ahora.

-No creo que tú quieras que nos quedemos -dijo Chrissy.

-Mientras quiera que me sigas calentando la cama cada noche, quiero que os quedéis.

A Chrissy se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Luchó con desesperación por no llorar, porque su llanto ponía furioso a Blaze.

-No puedo... no puedo vivir así -dijo desconsoladamente.

-Tres días de matrimonio y ya estás hecha una pena -dijo Blaze acariciando sus manos con un dedo-. No me gusta decir algo obvio, pero, ¿no es esto lo que querías? ¿No querías ser la señora de Blaze Kenyon? ¿Rica, segura y... si no amada sí sexualmente satisfecha?

Chrissy le apartó la mano, pero, aunque ya no la tocaba, era consciente de su proximidad con cada fibra de su cuerpo.

-¡No! Yo no quería casarme...

-Perdona si sigo sin creerme eso.

-¡Te juro que iba a decírtelo! Te lo juro... te lo ju... juro -dijo Chrissy con desesperación, pero en el fondo de su mente recordó cómo se había quedado callada en el fondo de la iglesia cuando él le dijo que estaba preciosa. Por una décima de segundo había dudado porque se dio cuenta de lo mucho que deseaba que todo fuera real. En aquella décima de segundo quiso casarse con él, quiso que Rosie fuera suya... y saber eso la torturaba.

-Esta noche ceno en el Faisán -dijo Blaze, y se fue.

Estaba despierta cuando oyó la puerta de entrada. Miró el reloj, eran más de las doce. ¿Dónde había estado hasta tan tarde? De repente se abrió la puerta de la habitación.

-¿Qué haces aquí? -le preguntó Blaze.

-Intento dormir.

-Pues inténtalo en mi cama.

Iba a decirle que en su cama lo último que conseguiría sería dormirse, pero se contuvo. Ni siquiera se le había ocurrido pensar que él esperaba que se acostara con él, y se lo dijo.

-¡Maldita sea! ¡Estamos casados!

-¿Sí? -se atrevió a replicar-. Ya ves, yo creía que la ceremonia del viernes sólo era tu pasaporte para un fin de semana de turismo sexual.

-Y también el tuyo -replicó Blaze-, considerando que te negaste a concederme tus favores hasta que tuviste puesto ese anillo -dijo y se acercó a la cama, apoyando una mano en la cadera de Chrissy-. Ven a calentarme la cama, cariño.

Chrissy se dio la vuelta.

-No me trates como si fuera una prostituta.

Blaze la agarró por la muñeca y la arrastró hasta su habitación. Chrissy se metió en la cama.

-Te estoy tratando como tú me has tratado a mí -dijo Blaze sentándose en el sofá y estirando las piernas con una actitud posesiva y autoritaria-. Sin la menor consideración por tus sentimientos.

Chrissy bajó la mirada. Era cierto, lo había tratado de ese modo. En ese sentido no tenía defensa que ofrecer. Nunca olvidaría la imagen de soledad que le había dado al verlo recibir a Rosie aquella mañana. Le había dolido ser testigo de su dolor, sobre todo porque tanta vulnerabilidad la sorprendía. Sin embargo, no sabía por qué, ya que Blaze había estado solo toda su vida.

-Me hiciste daño, y hacía mucho tiempo que nadie me lo hacía. Ya me había olvidado de lo que se siente -dijo Blaze-. No me hago amigo de mucha gente, pero me hecho amigo de Rosie...

A Chrissy se le humedecieron los ojos y apartó los ojos, incapaz de sostener su mirada. No estaba preparada para oírle decir que le había hecho daño y se conmovió.

-Antes de conocerla, nunca me había llevado bien con los niños, pero ella es tan

dulce, tan cariñosa... Cuando me dijiste que era mía, puede que una parte de mí quisiera creerlo así.

-Lo sé -dijo Chrissy, más avergonzada que nunca.

-¿Cuánto tiempo llevas con ella?

-Prácticamente, desde que nació. Mi madre no se apañaba bien con ella. Yo volvía de la universidad y me la encontraba llorando, porque no le había dado de comer o no la había cambiado. Al final acabé dejando el curso para cuidarla. Mi madre me dijo que Dennis se puso furioso cuando le dijo que estaba embarazada, cuando ella sólo lo había hecho porque creía que él quería tener un hijo -dijo Chrissy frunciendo los labios-. Pero no era así y empezó a tratarla mal, hasta que acabó por dejarla. Cuando lo arrestaron y la policía fue a interrogar a mi madre, ella no les dijo que estaba embarazada, le daba vergüenza. Nunca se recuperó...

-¿Por qué te quedaste con Rosie cuando murió? -preguntó Blaze.

Chrissy lo miró, sorprendida por la pregunta.

-Porque la quería...

-¿Por eso me hiciste creer que era mía, por su bien?

Chrissy frunció el ceño.

-No. Le mentí a Elaine, no a ti.

-Me mentiste a mí -dijo Blaze con frialdad.

-Sólo porque no quería que Elaine abortara.

-¡No quiero volver a oír esa tontería! -dijo Blaze, levantándose y acercándose al borde de la cama-. Elaine no está embarazada. ¡Quiero la verdad, no una historia estúpida e infantil!

-Esa es la verdad. Pero no puedo probártelo.

-¿Tienes la custodia legal de Rosie?

Chrissy se le quedó mirando.

-No.

-Es bueno saberlo -dijo Blaze suavemente-, considerando que no estás preparada para tener la custodia de una niña tan impresionable.

-¿Tú qué sabes? -dijo Chrissy, herida en lo más profundo-. ¡He hecho lo que he podido!

-Pero no ha sido bastante ni para ella ni para mí -dijo Blaze-. Eres una mentirosa y yo no soporto a las mentirosas. No puedo confiar en ti.

La rabia le daba a Chrissy la fuerza para luchar contra él. Era Blaze quien había empezado, con sus deseos de venganza, sin pensar a quién podía herir.

-Hablas como si yo tuviera la culpa de todo -dijo-. Pero nos trajiste a Rosie y a mí a esta casa sólo para utilizarnos. No te importó que la gente pudiera pensar que era tu hija. No te importaba lo que dijeran de ella o de mí mientras hiriera a mi padre.

-Tú te estabas ahogando y yo te ofrecí una salida.

-Ésa no es la cuestión...

-No tenías elección, y tenías que haber imaginado lo que pensaría la gente.

-Estaba tan agradecida por el trabajo que no lo pensé hasta que fue demasiado

tarde. Pero tú lo tenías todo preparado.

-¿Cómo?

-La primera mañana que pasé aquí mandaste a una de las chicas del establo a buscar tu cartera a tu habitación, sabiendo que me vería en tu cama.

Blaze sonrió con ironía.

-Tonterías, me había olvidado de que habías dormido aquí.

-Llevándome al Faisán... eso fue deliberado.

-Tonterías. Te llevé para que te dieras un baño.

-¿De verdad?

-Y si te hubieras acostado conmigo aquel día, pues... no me habría importado.

Francamente, en lo último que pensaba aquella tarde era en tu familia.

Chrissy enterró la cara en la almohada, reconociendo la derrota.

-La única vez en que podía haberte causado verdadero daño fue hace tres años

-dijo Blaze-. Y no lo hice. Nunca te he echado la culpa por lo que hayan hecho tu padre y tu hermana.

Chrissy odiaba admitirlo, pero era cierto. Aquella noche podía haberla destrozado contándole lo que su familia le había hecho a su abuelo, pero no lo hizo. También podía echarle las culpas, pero no lo había hecho.

Le dio la espalda y se hizo un ovillo. La había llamado zorra y mentirosa. Muy bien, ella no podía compartir la cama con alguien que pensaba en ella en esos términos.

Le oyó desvestirse y meterse en la cama. Tiró de ella y la estrechó entre sus brazos. Ella se puso rígida.

-No me toques -dijo.

-Échate de espaldas y hazte la mártir -dijo Blaze con crueldad-. Una mujer trató de ligar conmigo en el Faisán.

-¿Qué?

-Y, de repente, recordé que tenía una esposa esperándome en casa, una mujer que hizo lo imposible por conseguirme. Y ya que estamos casados... -dijo Blaze acariciándole un pecho- ...creo que puedo aprovecharme de las ventajas del matrimonio.

-¡No! -dijo Chrissy, y, por primera vez, se opuso a él. Blaze se rió y entablaron una lucha por el camisón que Chrissy perdió al cabo de pocos minutos, cuando Blaze le puso ambas manos por encima de la cabeza.

-¿Te rindes?

-¡Te odio! Nunca te per... perdonaré lo que has dicho de Rosie. ¡Acaba de una vez y déjame en paz!

-¿Es eso lo que quieres?

Chrissy permaneció tendida en silencio, llorando. Blaze le hizo el amor sin besarla siquiera, aunque en realidad no había nada de amor, sino sólo la satisfacción de un deseo sexual. No le hizo daño, pero, ¿cómo podía penetrarla con tanta frialdad? Esa frialdad la hizo añicos, la humilló más que nunca.

A la mañana siguiente, se levantó antes que él y bajó a la cocina. Desayunaron sin

que ella pronunciara una palabra. Era evidente que no podían seguir así. Lo único positivo era que, por muy dolido que pudiera estar, seguía tratando a Rosie con el mismo cariño de siempre, pero la ternura que demostraba con la niña no le hacía sentirse mejor, tan sólo servía para acentuar su propio aislamiento.

Blaze la odiaba y ella no era lo bastante fuerte para soportarlo. Se estaba rompiendo día a día. Antes o después acabaría postergada ante él, porque no soportaba estar excluida de su trato, de su cariño, y ser para él sólo un objeto con el que satisfacer sus necesidades sexuales. Cuánto le dolía su falta de cariño, era el mayor dolor que había sentido en su vida.

De repente, tomó a Rosie y fue por su chaqueta. Tenía que salir de aquella casa para aclarar el torbellino de sus emociones.

-¿Adónde vas?

-¿Sabes dónde está el jardín de infancia?

-Al lado de la iglesia, creo. ¿Puedo confiar en que no saldrás huyendo?

Chrissy lo miró con amargura y su triste mirada se enfrentó a la dura mirada de Blaze.

-¿Adónde iríamos?

En el jardín de infancia, Rosie tardó diez minutos en ponerse a jugar con otros niños.

-Si yo fuera tú, aprovecharía para irme -le dijo Phyllis Roper cariñosamente-. Si llora mucho, te la llevaremos a casa. Pero parece muy contenta, ¿verdad? Aunque eso no garantiza nada, no sabremos cómo reaccionará cuando se quede sola.

Cuando Chrissy emprendía el camino de vuelta notó que un coche frenaba a su lado. De él salió un hombre, y Chrissy se dio cuenta, abatida, de que era su cuñado, con su inconfundible pelo rubio y la barba.

-Tenemos que hablar, Chrissy -le dijo tristemente, sin preámbulos.

Chrissy se conmovió al ver su preocupación. Sin más palabras, Steve se sentó en el asiento del acompañante del conductor. Parecía ido, obnubilado, con la mirada perdida.

-Lo siento -dijo, y suspiró, con evidentes esfuerzos por mantener la compostura-. Siento mucho que tú también te hayas visto mezclada en esto.

Era obvio que había ido a ver a Elaine, lo cual significaba que Elaine, al contrario de lo que Chrissy esperaba, no había vuelto a casa. Al contrario, el aspecto de Steve indicaba que, si había tenido una reunión con su esposa, las cosas habían ido mal. Agachó la cabeza y trató de pensar con claridad y rapidez. ¿Qué sabía Steve de lo que había ocurrido? ¿Cuánto sabía? Lo último que quería era empeorar las cosas siendo indiscreta.

-Has visto a Elaine.

-Había venido para llevármela a casa -dijo Steve, y se rió amargamente-. Creía que ésta era otra de sus rabietas. A veces me pregunto porque sigo queriendo que

vuelva.

-Porque la quieres...

-¿Tú lo quieres? Ese bastardo, ese perverso bastardo -dijo Steve con asco-.
¿No le importa a quién hace daño? Yo puedo competir con cualquiera excepto con él,
con cualquiera. Pero yo no parezco una maldita estrella de cine y no soy rico y la única
vez que monté a caballo acabé con el trasero en el barro.

-Cálmate, Steve -le rogó Chrissy, preguntándose cuánto sabía, qué le habría
dicho Elaine.

Steve se mesó los cabellos y suspiró.

-Pero él es tan perfecto, tan inhumano... Aunque tiene la altura moral de un gato.
Tú deberías saberlo cuando te casaste con él.

-Steve...

-Así que lo que voy a contarte no puede suponer ninguna sorpresa para ti -dijo
Steve, dándose un puñetazo en el muslo-. Elaine nunca se ha olvidado de él, se casó
conmigo por despecho y, si te digo la verdad, a mí no me importó.

Chrissy apartó la mirada. Santo Dios, se decía, ¿habría pensado Blaze en cómo
afectaba toda la historia al marido de Elaine? ¿Le había importado alguna vez? Ciertamente,
era Elaine la que había abandonado a su marido para echarse en sus brazos, pero él la
había alentado a hacerlo.

-Yo sabía lo que estaba haciendo cuando vino aquí -continuó Steve-, pero pensé
que él le diría que lo olvidara.

-Y eso le...

-Lo siento, Chrissy... Iba a volver a casa conmigo, estoy seguro de que iba a
hacerlo, y entonces sonó el teléfono. Y me quedé de piedra, era él...

Chrissy se quedó boquiabierta.

-¿Blaze? ¿Blaze llamó a Elaine? ¿Cuándo?

-Hace media hora. Si seguimos sentados aquí el tiempo suficiente, lo verás pasar
hacia allí. A Elaine le ha faltado tiempo para echarme -dijo Steve con infinita
tristeza-. Así que dime... Si él la odia, ¿qué está pasando?

Chrissy no dejaba de jugar con la llave del coche, nerviosamente.

-No hace ni cuatro días que se ha casado contigo y en cuanto sales se va con
Elaine.

-¿Te importa salir del coche?

-¿Pero qué...? -dijo Steve frunciendo el ceño, y tomó la mano de Chrissy-.

Chrissy, deja que sigan adelante. Se merecen el uno al otro...

-¡Lo mataré!

-Eso es lo que yo siento -masculló Steve con desconsuelo-, pero, ¿para qué?

-¿Para qué? Es mi marido -dijo Chrissy-. Ahora, sal del coche.

Steve negó con la cabeza.

-Si hablas con él sólo conseguirás humillarte.

-¡Y un cuerno!

Steve se bajó del coche.

-Mira, estaré en el Faisán hasta la hora de comer. Tal como me siento no creo que deba conducir.

Chrissy salió como un cohete. Un rabia como no había experimentado nunca la poseía. ¿Cómo se atrevía Blaze a hacerle eso a Steve? ¿Cómo se atrevía a volver a acercarse a Elaine? ¿No le había causado bastantes problemas? Steve debía de estar en un error. No podía haber sido Blaze el que llamara a Elaine, decidió de repente. No sería extraño que su hermana ya tuviera a otro hombre con el que curar su ego.

Blaze se dirigía al Ferrari cuando Chrissy se detuvo junto a él con un frenazo. Blaze la miró con incredulidad.

-¿Es así como conduces normalmente? Acabas de estropear los neumáticos. Dame las llaves.

-¿Adónde ibas?

Blaze le quitó las llaves con mucha tranquilidad.

-Me imagino que Rosie está en el jardín de infancia.

¿Cuándo sale? La recogeré cuando vuelva.

No le había respondido y se dirigía al Ferrari. Su creencia de que Steve se había equivocado sufrió una repentina falta de confianza.

-¿Adónde vas?

-Volveré a la hora de la comida... Creo.

Chrissy corrió y llegó al Ferrari antes que él, interponiéndose en su camino.

-Me he encontrado con Steve en el pueblo. Me ha dicho que ibas a ver a Elaine.

-Sí... -dijo Blaze apartándola de la puerta sin dificultad.

Para Chrissy fue como si el mundo se hubiera detenido de repente.

-Pero tú... pero tú... no puedes...

-Sí puedo -dijo Blaze con impaciencia-. Y cuando necesite tu permiso para ir a alguna parte, estaré dos metros bajo tierra, criando malvas.

-No... no pienso dejarte ir -gritó Chrissy-. Preferiría estar muerta.

Blaze la miró fijamente, observando su ferocidad, su rabia, su total abandono de autocontrol. Y esbozó una brillante sonrisa.

-¿Dónde están las llaves de repuesto del Land Rover? -preguntó.

-¿Qué?

-Olvidalo -dijo Blaze y fue hasta el Land Rover, abrió al guantera y sacó algo-. Tengo la extraña sensación de que cometer adulterio contigo cerca puede ser peligroso.

Chrissy sintió una gran angustia, mientras le veía meterse en el Ferrari y marcharse. La rabia y la incredulidad la estaban partiendo en dos. No podía creer que pudiera irse a ver a Elaine sin más, pero eso estaba haciendo, dejando claro que ni sus sentimientos ni los del marido de Elaine le importaban lo más mínimo.

Le daba vueltas la cabeza. ¿Sería posible que Elaine le importara de verdad? ¿O seguían siendo sus deseos de venganza? Chrissy no lo sabía... Ya no sabía nada de nada. Lo único cierto era que el hombre que amaba se dirigía al encuentro de su hermana y que le importaba tan poco que ni siquiera se había molestado en disimular.

La verdad era muy dolorosa. Ella no era su esposa, no de un modo real, porque él no pensaba en ella como en una esposa. Dormía con ella, pero la despreciaba. Pero tenía que tranquilizarse. Se estaba comportando como una esposa engañada y él no le había dado ese estatus. Le dolía todo el cuerpo. Él iba a buscar a Elaine y ella tenía ganas de morir.

Se pasó una hora dando vueltas por la habitación y la siguiente con la cara enterrada en la almohada. Empezó a sentir pánico, llegaba la hora en que Rosie saldría del jardín de infancia. No podía creer que Blaze estuviera allí para recogerla. Pero al cabo de un rato oyó el inconfundible ruido del Ferrari.

No se atrevía a bajar, no quería más peleas. Rosie y ella abandonarían Westleigh Hall con dignidad, se prometió. Oyó los pasos de Blaze en las escaleras, Rosie debía haber ido a la cocina a buscarla.

-Rosie está con Floss.

Chrissy agarró lo primero que encontró a mano y el reloj despertador salió volando hasta el otro lado de la habitación, chocando contra la pared.

-¡Eres un maldito donjuán! ¡Me voy!

-No sé, a lo mejor es una buena idea -dijo Blaze con increíble frialdad, cerrando la puerta con el pie-. ¿Por qué no me dijiste que Elaine estaba embarazada?

Chrissy lo miró con los ojos muy abiertos.

-De verdad, tengo que cambiar la imagen que tienes de mí -prosiguió Blaze-. Me habría apartado de tu hermana en cuanto me lo hubieras dicho. No me habría gustado tener un aborto en mi conciencia...

-Elaine... Elaine ha admitido que...

-Con un poco de persuasión -dijo Blaze-. ¿Por qué crees que fui allí?

-Yo... yo creía que...

-Estabas celosa, ¿eh? Pensé que tenía que comprobar tu historia, darte el beneficio de la duda una vez más.

-¡Yo no estaba celosa! -exclamó Chrissy con rabia, y frunció el ceño, tratando de comprender cómo había conseguido arrancarle la verdad a Elaine.

-Estaba tan enfadado que no te creí, perdóname -dijo Blaze-. Pero que estuviera o no embarazada no es lo importante. La razón principal para ir allí ha sido Rosie.

-¿Rosie?

-Quería saber el nombre del abogado de tu madre. Pero Elaine me ha dicho algo que nos hará más fácil adoptar a Rosie...

Chrissy estaba perdida.

-¿Adoptarla?

-Dennis Carruthers ha muerto. Le atropelló un coche dos semanas después de salir de la cárcel.

-¿Quieres adoptar a Rosie? -repitió Chrissy, incapaz de reaccionar.

-Pues, sí. Nos pondremos en contacto con la Seguridad Social en seguida. Quiero hacerlo todo legalmente. Cuando sea lo bastante mayor como para comprender, le contaremos la verdad, pero quiero tratarla igual que si fuera nuestra.

«Nuestra», había dicho, señalando que ella jugaría un papel en la adopción, pensó Chrissy con un estremecimiento.

-Blaze... no creo que se... sepa de qué estás hablando.

-Le he dicho a Elaine que no tengo ningún interés en ella -dijo Blaze, acercándose a la cama-. Incluso he pasado una hora hablando con Steve en el Faisán.

-¿Con Steve?

-Le he dicho que entre Elaine y yo no ha pasado absolutamente nada.

-¿De verdad? -respondió Chrissy.

-Nunca me he acostado con tu hermana. Hace tres años se acostó con otro hombre porque creía que así me daría celos, pero no fue así, sino todo lo contrario, por eso la dejé.

Chrissy lo miró con sorpresa. Siempre había asumido que su relación con Elaine había sido muy íntima.

-¿Nunca? ¿Quieres decir...?

-Nunca.

-¿Y qué has hablado con Steve?

-Me ha parecido que merecía la verdad -dijo Blaze con una mueca-. Creo que su mujer no se la dice muy a menudo. Elaine me dijo que iban a divorciarse, pero me parece que es una exageración. Me dio mucha pena, sabe cómo es su mujer, pero no le importa. Habla de ella como si fuera una niña traviesa y me parece que, cuando se entere de que está embarazada, le va a encantar...

-Pero estuviste con ella en Londres -dijo Chrissy con tensión-. ¿Qué pasó?

-Se presentó de improviso -dijo Blaze con una sonrisa irónica-. ¿Es que no conoces a tu hermana? Sabía dónde estaba mi apartamento y llamó. La invité a cenar y la llevé a casa a la mañana siguiente.

-¿Y la chica que estaba en tu apartamento?

-Si quieres que te sea franco... -dijo Blaze.

-Oh, sí. '

-Estaba pensando en acostarme con ella, pero no lo hice. No podía dejar de pensar en ti.

-¿Y se supone que tengo que creerte? -dijo Chrissy, sintiéndose muy vulnerable-. ¿Por qué has ido a ver a Elaine y a Steve?

Blaze se sentó en el borde de la cama.

-Anoche -dijo, suspirando-, me sentí muy mal...

-Estabas dormido...

-No. Descubrí que hacerte daño me hacía daño a mí. Anoche fui demasiado lejos y me di cuenta de que tenía que asegurarme de todo antes de acabar con nuestra relación.

-No sabía que tuviéramos una -murmuró Chrissy. -No hablaba en serio cuando dije que no te merecías a Rosie, sólo quería hacerte daño.

-Puede que tuvieras razón -susurró Chrissy.

-Estaba completamente equivocado. Tú la quieres de verdad y eso es algo que me

impresionó desde el momento que os vi juntas a las dos. Si mi madre hubiera tenido que luchar así por mí, yo habría acabado en un orfanato.

Chrissy, sin pensar, le acarició el muslo.

-No...

-Sí. Traerme al mundo fue muy difícil para ella, la excluyeron de la sociedad y a nadie le habría importado lo más mínimo si me hubiera abandonado. Pero rompió las reglas y la castigaron por ello. Mi abuelo me dijo que yo arruiné su vida...

-¡Eso es una maldad!

Blaze la miró a los ojos y sonrió.

-¿Qué te dije de los hombres que cuentan historias tristes? -dijo y la estrechó entre sus brazos.

Chrissy se estremeció, Pero no sabía si la quería o si la perdonaba porque quería que Rosie se quedara en su casa... Y seguía reflexionando cuando empezó a quitarle la ropa.

-No... no debemos -dijo.

-Volví de Londres decidido a acostarme contigo -dijo Blaze besándole en el dulce surco de los senos-. Y entonces tú te emborrachaste después de decirme que yo era lo último que querías.

-Creo que mentí -dijo Chrissy, con dificultades para concentrarse en lo que decía.

-Fue como ser herido por un rayo. Ése fue el momento en que me di cuenta de que me había enamorado por primera vez en mi vida. No sabía qué hacer -dijo Blaze, y le besó los pechos.

Chrissy se estremeció.

-¿Amor?

-Tenía que ser amor porque me sentía muy mal. Y durante días no pensé en otra cosa que no fuera en hacerte el amor... Estaba obsesionado con la idea de que, si te tenía, podría olvidarte.

Chrissy iba perdiendo el control poco a poco.

-Deja de hablar.

-Y tú me llamas hedonista -murmuró Blaze, provocativamente-. Te acabo de decir que estoy: enamorado de ti y tú me dices que me calle.

Chrissy lo miró con incredulidad.

-¿Eso has dicho? ¿Eso he dicho?

-¿Por qué crees que me casé contigo?

-Le dijiste a Elaine...

-Que estaba locamente enamorado... Y debía estarlo para soportar la revelación acerca de Rosie y seguir adelante. No podía dejarte marchar. Quería estrangularte, pero no quería dejarte marchar. ¿Por qué te crees que estaba tan rabioso? Me dije que iba a convertir tu vida en un infierno.

-Yo no quería decirte la verdad en la iglesia -confesó Chrissy, avergonzada-. Quería...

-Querías mi cuerpo -dijo Blaze con una sonrisa-. Creía que no ibas a admitirlo nunca.

-Te quiero -dijo Chrissy, y sintió una punzada en la boca del estómago, cuando Blaze hincó las caderas en mitad de sus piernas.

-Lo que pasa es que te da vergüenza confesar que no tienes buen gusto.

-Tengo un gusto exquisito.

Blaze la besó con intensidad, devorándola... y mucho, mucho, mucho tiempo después, cuando hubo descendido de las nubes, murmuró:

-Siento mucho haberte mentado.

-No te preocupes -le dijo Blaze, jugueteando con su pelo-. Puede que cuando tengamos el sexto te haya perdonado.

-¿El sexto? -dijo Chrissy con un sobresalto.

Blaze la acarició la espalda y volvió a ponerse encima de ella.

-Es que quiero tenerte muy ocupada en la habitación...

Lynne Graham - Errores y mentiras (Harlequín by Mariquiña)